
HARLEQUIN
Jazmín™
ANIVERSARIO
2,99€
precio
especial
Kim Lawrence
Oscura venganza

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Oscura venganza, n.º 2580 - octubre 2015
Título original: Passionate Retribution
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 1997

I.S.B.N.: 978-84-687-7286-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

UNA figura oscura salió en silencio de detrás de unos arbustos y Emily soltó un grito de alarma. Cuando la luz de la luna reveló los rasgos del intruso, hizo una mueca de sorpresa que fue reemplazada de inmediato por otra de irritación.

–¿Es necesario que aparezcas así? Casi me da un infarto –frunció el ceño–. Creía que estabas en Las Bahamas –añadió con aire crítico–. ¿Qué haces aquí?

–Sabía que te alegrarías de verme –murmuró una voz grave y profunda–. ¿Cuánto tiempo ha pasado? –sonrió con ironía–. Y no eran Las Bahamas, sino las Seychelles –corrigió.

–Un lugar cálido, de todos modos –asintió ella.

–Hablando de calor, pequeña, ¿qué haces escondida en el invernadero? –mientras hablaba, se aflojó la corbata y tomó una uva de la parra que colgaba sobre su cabeza.

Emily apretó los labios molesta. Había utilizado aquella palabra con sorna. Luke siempre había aprovechado el hecho de ser doce años mayor que ella y, de niña, aquella palabra siempre la había puesto rabiosa. Estaba segura de que había sido algo calculado; casi todo lo que hacía Luke lo era y su humor malicioso se complacía en burlarse de la familia de ella.

–Buscaba algo de intimidad –repuso, decidida a que ni siquiera él pudiera estropearle la euforia de aquel día.

–Es una fiesta increíblemente aburrida –musitó él, comprensivo–. No aprietes los dientes así; es malo para el esmalte –le aconsejó.

–Si es tan aburrida, no sé por qué te has molestado en venir –repuso ella–. Nadie te ha invitado.

–¿Cómo? ¿Y perderme una ocasión así? ¿El compromiso de mi Stapely favorita? Era una obligación.

Emily hizo una mueca de desprecio.

–Tú no sabes lo que son obligaciones. En cuanto a lo de ser tu favorita… –la opinión que tenía él de su familia no le daba muchos

motivos para considerar aquello como un cumplido.

–Admito que no tienes mucha competencia. Con Charlotte me duermo si tengo que pasar más de dos minutos y tu hermano posee el encanto y el ingenio de un pollino. Y lo peor es que se empeña en parecer listo.

–Mi hermana… –empezó a decir ella con ojos brillantes.

Se detuvo. La verdad es que no podía dejar de mostrarse de acuerdo con la opinión de él sobre su hermano; su pomposidad le hacía casi imposible mostrarse amable con él. Por fortuna, se veían poco, pero se sentía muy protectora hacia su hermana. Charlotte podía no ser una gigante intelectual, pero era más interesante de lo que sugería el comentario condenatorio de Luke.

–Es increíblemente boba.

–Tú te muestras tan desagradable con ella que sospecha significados siniestros y ocultos en todo lo que dices.

–¿Y no produzco el mismo efecto en ti?

–Yo sé que todo lo que dices oculta un significado siniestro –repuso ella con franqueza–. Y si has venido aquí a estropearme la noche, te advierto que si sales con alguno de tus trucos…

Luke se adelantó un paso y, por primera vez, pudo ver su rostro con claridad. Su expresión de inocencia debería haber parecido absurda en aquellos rasgos morenos y bien cincelados, pero no era así. Había cambiado poco en los cuatro años que hacía que no lo veía, mucho menos que ella. Aunque nunca fuera a ser una belleza deslumbrante, sabía que ya no era la adolescente confusa y nerviosa de entonces. Por fortuna, ahora era además inmune al encanto de él.

–¿Trucos, Emily? –preguntó el hombre con burla.

La joven hizo un gesto de desaprobación al recordar las ocasiones en que solía aparecer él en acontecimientos familiares, preparado siempre para burlarse de su estirado formalismo.

–¿Estás solo? –preguntó con suspicacia, recordando a la voluptuosa actriz que lo acompañaba en las bodas de plata de sus padres.

Su padre se esforzó mucho por evitar mirar el amplio escote de la dama, aunque sin mucho éxito. Luke le había indicado sin duda que mostrara admiración por él y animado al fotógrafo que captó el momento para la sección de cotilleos de un periódico nacional.

–Acabo de bajar del avión –se frotó la mandíbula–. Ni siquiera he tenido tiempo de afeitarme. ¿No te sientes halagada, Emily? –suspiró–. Eres demasiado escéptica. Tócalo tú misma.

Emily, demasiado sorprendida para apartarse, permitió que le tomara la mano y la frotara contra su mandíbula. Parpadeó para desvanecer la confusión que se apoderó de ella al encontrar los ojos azules de Luke.

–No seas ridículo –dijo.

Apartó la mano y miró con furia los dedos de él sobre su brazo. El hombre sonrió y la soltó con lentitud, pero no antes de que sus dedos acariciaran la parte interna de su muñeca.

–Me gustaría que no te hubieras molestado por mí –dijo Emily, frotándose la muñeca.

–Me portaré de modo ejemplar, seré tan estirado y superior como corresponde a un Stapely.

–Tú no eres un Stapely –le recordó ella.

–Eres muy amable al recordármelo –una sonrisa cínica curvó sus labios–: Después de conocer bien a los Stapely, eso siempre me ha parecido un motivo de alegría. Y creo recordar que solías acompañar ese comentario con una mueca de desprecio.

–Superé aquella costumbre –repuso ella.

¿Imaginaba acaso que iba a sentirse culpable por su crueldad infantil? De todos modos, le sorprendió comprobar que sí sentía ciertos remordimientos, aunque no sabía por qué, ya que sus burlas de entonces siempre habían resbalado sobre él.

–Ahora he crecido –dijo.

Los ojos azules la examinaron de arriba abajo.

–¿Por eso vas a casarte, Emmy, para probar eso?

La joven se dio cuenta de que había esperado sus palabras conteniendo el aliento. Se llevó una mano a la garganta y frunció el ceño; el examen de él la había turbado.

–No siento la necesidad de probar nada, Luke, en especial a ti.

–¿Por qué en especial a mí? ¿Soy yo especial, Emmy? –su voz profunda resultaba muy melosa.

–Ya me doy cuenta de que tú crees que el mundo entero gira a tu alrededor, y sé que esto te sorprenderá, pero algunos de nosotros tomamos decisiones sin tener en cuenta tu opinión –apretó los dientes al ver que los ojos de él brillaban por efecto del humor.

–Eres tan apasionada e infantil. ¿Estás segura de que no eres tú la que no se comporta como una Stapely? –se burló Luke–. ¿Estas explosiones de emoción no resultan algo vulgares?

–Creo que se habló en su día de que podía haber habido un cambio en el hospital –no pudo evitar responder ella.

Los miembros de su familia no habían estado nunca muy unidos; había aprendido pronto que sus estallidos impetuosos no eran considerados con magnanimidad.

–¿Cómo es él? ¿Tu sueño de amor? –volvió él al tema.

–¿Quieres que crea que te interesa? Eres demasiado paternalista –murmuró.

Luke enarcó una ceja y arrancó otra uva.

–Te lo pregunto porque me interesa saber qué clase de hombre ha conseguido hacer que abandones el nido; o mejor dicho, que cambies un nido muy cómodo por otro. ¿Quieres una? –le tendió una uva y se encogió de hombros al ver que la rechazaba–. Supongo que no es ningún pobre.

–No sé por qué tienes que suponer eso –repuso ella con frialdad. Era molesto que la considerara una mujer calculadora–. ¿Qué tiene que ver el dinero con esto? –preguntó con altivez.

–Oh, nada –asintió él–, cuando uno es asquerosamente rico. Quería decir que nunca se te habría ocurrido hacer algo de tan mal gusto como enamorarte de un hombre pobre, ¿verdad, preciosa?

Emily se dijo con firmeza que no consentiría que él le estropeara la noche.

–Asumo que has decidido despreciar a mi prometido antes incluso de conocerlo –observó con frío desdén.

–Hay cosas en la vida que son inevitables, Emmy. El día que permitiste que tu padre dirigiera tu vida, pusiste en marcha una rueda. Tengo la impresión de haber conocido a Gavin desde siempre.

–Mi padre no dirige mi vida.

–Sé sincera, Emmy; tú no has salido nunca de este capullo cerrado. Has sido asidua de las fiestas desde que podías andar. ¿Te eligió papaíto el novio o se limitó a darte una lista de candidatos?

Emily se clavó las uñas en las palmas para liberar parte de su rabia. ¿Cómo se atrevía a presentarse allí con la presunción de conocer todos sus motivos? Un solo encuentro con el maldito Lucas

Hunt bastaba para hacerle darse cuenta de la suerte que había tenido al conocer a Gavin. Comparó mentalmente a los dos hombres y comprendió que su prometido era la antítesis de Luke.

–Oh, encontré a Gavin yo solita –repuso.

–Impresionante. ¿Y a qué se dedica Gavin?

Emily levantó la barbilla. ¿Por qué se sentía de repente a la defensiva? ¿Qué tenía de malo que su prometido trabajara en el banco de su familia?

–Trabaja en el banco –dijo.

–Y su linaje es impecable, por supuesto.

–Me daría igual que procediera de una larga serie de bastardos –replicó ella con calor.

¿Cómo se atrevía a llegar de aquel modo y empezar a juzgarla?

–Eso es muy liberal por tu parte; como bastardo de segunda generación, lo encuentro muy consolador.

–Estoy segura de que tú no hubieras permitido que el nacimiento te impidiera alcanzar ese estadio de todos modos. Lucas Hunt, eres un…

Un dedo de él en los labios le impidió terminar la frase. Lo golpeó con la mano, pero los dedos largos de él se cerraron en torno a su barbilla.

–No te lo aconsejo, Emmy.

–¿Qué?

Hizo una mueca de rabia y trató de soltarse, pero sin conseguirlo.

–Morder. ¿No es por eso por lo que has apretado los dientes? Mala idea. ¿Cuántas personas saben que detrás de ese aire de compostura se oculta una pequeña salvaje?

–El único salvaje que hay aquí eres tú –la intensidad con la que deseaba clavarle los dientes en la mano la alarmó–. No dudo de que tengas tus propios motivos para estar aquí, y que el interés por mi bienestar no es uno de ellos. Quizá tenga que tolerar tu presencia a causa de mi familia…

–A quien un sentido erróneo de la lealtad impedirá echarme de aquí, ¿verdad, pequeña? –dijo él con lentitud al tiempo que recorría sus labios con el dedo índice–. Esto es un acontecimiento público. Estoy seguro de que todas las personas importantes estarán presentes y hay que mostrar unidad familiar. Por mucho que

Charles desee arrojarme de Charlcot, no lo hará.

Emily movió la cabeza con desesperación y él la soltó al fin; su contacto físico había producido en ella una reacción desproporcionada. Se dijo que debía ser la tensión por la fiesta; todo aquello había sido demasiado elaborado, no la celebración íntima que ella hubiera querido. Pero Gavin se alió con su familia en esa ocasión y no le quedó más remedio que ceder.

–Supongo que crees que el ser una especie de celebridad convierte tu presencia en indispensable –se burló.

–Ser un rostro famoso significa más para tu padre que para mí. No solo tiene que aceptarme públicamente; tiene también que fingir orgullo –sonrió con complacencia–. Te resulta más cómodo aceptar las cosas así, ¿verdad? Te has vuelto hipócrita, Emily.

–Eres tú el que continúa con esta batalla, un remanente de algún rencor infantil. ¿No crees que ya es hora de olvidar el pasado? No me importa lo que pienses de mí, pero no tiene nada que ver conmigo.

Aquella lucha constante le molestaba; el desprecio de Luke tenía algo de maligno.

–Mientras tu apellido sea Stapely, te incluirá también a ti –replicó él con dureza.

–En ese caso, debería complacerte que esté a punto de cambiar de apellido. Así tendrás una Stapely menos a quien odiar –frunció el ceño–. No pareces entusiasmado por mi boda –dijo, confusa al notar por primera vez el excesivo interés de él.

Luke se encogió de hombros con aire aburrido?

–¿Necesitas la aprobación universal para estar tranquila? No creo que importe mucho que oigas algunas verdades de mis labios, ¿o es posible que tengas dudas?

–No –protestó ella.

Algo que vio por el rabillo del ojo la distrajo. Apartó los ojos de él y, en aquel momento, se le ocurrió que parecería raro que saliera de entre los arbustos con otra persona que no fuera su prometido, en especial si la otra persona era Luke. Oyó el sonido de la voz de su prometido e hizo una mueca.

No miró a Luke; estaba segura de que aprovecharía la oportunidad para hacer que la situación resultara aún más incómoda. Por otra parte, Gavin no creería nada que no fuera

inocente; a diferencia de Luke, no poseía una visión distorsionada y cínica de la naturaleza humana.

–No deberíamos, Gavin.

Emily, que había hecho ademán de adelantarse, se detuvo en el acto.

–Tenemos que decírselo, Charlotte.

Llegó hasta ella un grito suave de agonía y el murmullo inconfundible de un abrazo. Emily se sintió extrañamente imparcial, como si lo que oía no tuviera nada que ver con ella; era tan impersonal como un drama radiofónico. Los que se abrazaban con pasión no eran su novio y su hermana, sino dos desconocidos.

–No es posible, Gavin; no podemos hacerle esto a Emmy. Es mi hermana –dijo la voz suave de Charlotte, precedida de unos sollozos.

Un grito mental empezaba a formarse en su cabeza; aquello era real… ocurría de verdad. Sintió que le iba a explotar la cabeza; ningún grito podría liberarla de la angustia que la embargaba. ¡Con su propia hermana! Era demasiado terrible para creerlo, pero la respuesta de Gavin no dejaba lugar a dudas.

–Pero es a ti a quien quiero, cariño.

–No podría vivir sabiendo que he arruinado la felicidad de Emmy.

Emily se tocó la mejilla, sorprendida al encontrarla húmeda de lágrimas. ¿La pobre Charlotte no podría vivir con ello? Pensó con amargura que su hermana era una embustera. Una mezcla de rabia y asco se apoderó de ella y deseó gritarle a su hermana que era demasiado tarde para sentir remordimientos.

–Pero te necesito a ti…

Nunca había oído aquel tono en la voz de Gavin y deseó no haberlo hecho en ese momento. El dolor era intenso, y la humillación, la más profunda que había sufrido nunca, le suscitó un recuerdo largo tiempo olvidado.

–Emily te necesita.

Sacudió la cabeza para borrar la imagen de las uñas color escarlata en el cabello moreno del hombre. La imagen resultaba increíblemente vívida. Se concentró en las uñas rosa suave de su hermana y la cabeza rubia de su prometido; el dolor era muy agudo.

–Emily necesita a alguien que le dé la razón –la amargura resultaba inconfundible y la joven se mordió el labio inferior para reprimir un gemido–. La realidad es que nunca me escucha.

Aquella duplicidad la golpeó como un puñetazo. ¡Gavin estaba enfadado con ella! La ironía resultaba muy amarga. No podía seguir escuchando; tenía la sensación de que las paredes se cerraban a su alrededor. Se tapó los oídos con las manos y corrió hacia la puerta abierta que salía al jardín, sin importarle si la oían o no.

El aire suave de la noche resultó muy consolador después de la atmósfera del invernadero. Siguió corriendo y no se detuvo hasta que sus pulmones empezaron a protestar. Cayó de rodillas y echó la cabeza hacia adelante, con el cabello rubio esparciéndose a su alrededor. El contacto de una mano en el cuello le hizo dar un respingo y levantar el rostro.

–¡Márchate! –exclamó con veneno.

Lo último que necesitaba en ese momento eran los comentarios burlones de Luke.

Este observó impasible sus ojos marrones empañados por las lágrimas.

–De acuerdo –asintió tras una corta pausa.

Emily lo vio volverse.

–No, no te vayas.

Luke la miró.

–¿Necesitas un hombro donde llorar? –preguntó enarcando una ceja.

–Si buscara compasión, no te la pediría a ti –repuso ella. ¿Por qué le había pedido que se quedara?–. Estoy llena de manchas de hierba –dijo, preguntándose por qué se preocupaba por el estado de su ropa cuando su futuro entero acababa de hacerse pedazos.

¿Cómo habían podido? El horror de aquello la hizo olvidar dónde se encontraba; olvidó al hombre que seguía mirándola con ojos enigmáticos. ¿Cómo habían podido? ¡Habían sido amantes! Lo eran todavía. Lo sabía sin ninguna duda; sus voces traducían esa clase de intimidad.

Recordó el rostro sonriente de Gavin cuando sus padres brindaron por los dos; nada en su exterior había denotado la infidelidad y traición que planeaba. ¿Había continuado con la farsa porque no estaba completamente seguro de Charlotte? Se preguntó

si habría guardado a su hermana como reserva.

Luke se acercó y le tendió una mano para incorporarla.

–Con ese vestido, Emily, nadie se molesta en bajar la vista hasta la falda –le aseguró.

Miraba sin reservas la parte superior de los pechos de ella, que brillaban sobre la tela negra del vestido sin mangas.

–No todo el mundo tiene la misma mente sórdida que tú –repuso ella.

Su comentario sexual no había sido algo corriente entre ellos. Luke se burlaba de ella, intentaba escandalizarla, pero jamás buscaba nada íntimo. A pesar de su confusión mental, estaba segura de que aquel comentario había sido hecho solamente con intención de distraerla. ¿Era aquel el modo que tenía Luke de mostrarse amable? Sus siguientes palabras le demostraron lo equivocada que estaba.

–Si una sana admiración de un buen escote te parece algo sórdido, quizá ese sea el motivo de que tu amado haya buscado en otro sitio –sugirió con rudeza.

Emily se sintió dividida entre el fuerte deseo de echarse a llorar y una rabia intensa por aquel comentario. El orgullo la obligó a mirarlo sin pestañear, esforzándose por no levantar las manos. El placer de abofetearlo se vería diluido por el hecho de que él le devolvería el golpe; lo había intentado en el pasado y hay cosas que no cambian nunca.

–Mi vida sexual no es asunto tuyo.

–Menos mal. Ya sabes que me aburro fácilmente.

–A ti te divierte esto –lo acusó ella con voz temblorosa–. Yo acabo de…

–… descubrir que tu novio prefiere a la hermana mayor –terminó él. Se encogió de hombros–. ¿Y por qué te preocupas? Ya la has oído sacrificarse en aras del amor fraterno –hizo una mueca de disgusto–. Creí que iba a vomitar. Lo único que tienes que hacer es guardar silencio.

–¿Tú crees que yo haría eso? –dijo ella, incrédula.

Luke la miró pensativo.

–En realidad, creí que saldrías allí y te enfrentarías a ellos, pero veo que tienes mucho tacto.

–Ahora suelo pensar las cosas antes de actuar –repuso ella con

voz ronca.

Pensó que él disfrutaba con aquello; suponía una oportunidad de ver sufrir un poco a una Stapely. Luke no se había esforzado nunca en ocultar su desprecio por toda la familia y ella no iba a ser una excepción.

–Una lástima; siempre me gustó tu espontaneidad. Es posible que Gavin haya alentado este otro aspecto de tu carácter y eso hace que se me ocurra una idea horrible, pequeña: podrías acabar convertida en tu madre.

Emily lo escuchó impasible. Se dijo que el hecho de haberle pedido que se quedara demostraba claramente su inestabilidad mental. Podía haber buscado los brazos de su madre, claro, pero eso era algo que no había hecho nunca por miedo a arrugarle el vestido o estropearle el peinado. En cuanto a contarle que estaba a punto de romper el compromiso… soltó una carcajada. Su madre lo consideraría una verdadera locura. ¿Qué Iba a pensar la gente?

–¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

–¿La ironía de la vida? –musitó ella–. Bueno, al menos tu esfuerzo se verá recompensado. Piensa en la que se armará cuando anuncie que esta boda no tendrá lugar.

Luke se sentó en el tronco de un árbol y Emily se dio cuenta por primera vez de que su carrera la había llevado hasta la orilla del río.

–Entonces, ¿no piensas luchar por él?

–¿Luchar? Quiere a mi hermana.

Aquello la llenó de angustia. ¿Había estado ciega? La rabia, dirigida en parte contra sí misma, la llenó de adrenalina y echó a andar con nerviosismo por la hierba.

–Debe de ser un error –murmuró para sí misma sin convicción.

–Vamos, Emily; todo esto no tiene nada de inesperado. Tu Gavin sabía exactamente lo que hacía y Charlotte, a pesar de sus lágrimas y sus asquerosos remordimientos, también. Sabían que estaba mal, pero lo hicieron de todos modos –le recordó él.

–Teniendo en cuenta mi defensa anterior de Gavin, debes de sentirte muy satisfecho –repuso ella. Se volvió a mirarlo con aire acusador–. Cualquiera pensaría que ya debería haberme acostumbrado a los engaños. Vivo rodeada de ellos. El matrimonio de mis padres es pura apariencia…

–Lo creas o no, cuando hablamos antes, yo no esperaba una revelación tan dramática –replicó él con sequedad–. Lo que importa ahora es lo que vas a hacer tú. ¿Piensas luchar por él?

Emily lo miró, sorprendida por su pregunta y sin saber definir su tono de voz.

–No quiero hacerlo.

–¿Lo amas?

–No seas absurdo; estaba a punto de casarme con él.

–No es lo mismo; la gente se casa por muchos motivos.

Apartó una hoja seca de sus pantalones y la observó con atención.

–Charlotte lo ama –añadió ella con voz estrangulada.

–Al menos, puedes permitir que toda la ira de Charlie caiga sobre su cabeza; tú eres inocente. Eres la parte injuriada y Charlotte es la mala. ¿Te das cuenta de que no podrá sobrevivir a los remordimientos de ser feliz a costa de la felicidad de su hermana? Su instinto de mártir es demasiado fuerte.

Emily frunció el ceño al oír su tono de burla, pero comprendió que sus palabras eran ciertas. Sintió cierta satisfacción.

–Me alegro.

–¿Quién dijo que la caridad empieza en casa? –comentó él con sequedad.

–¿Quieres que se lo entregue envuelto en papel de regalo? Yo soy la traicionada –le recordó ella con ojos brillantes.

–Y estoy segura de que todos te compadecerán en cuanto se hagan públicos los detalles. Una venganza dulce sobre tu hermana y ni siquiera lo amas, ¿verdad?

Sus palabras fueron como una bofetada.

–¿Cómo te atreves…?

–Ahórrate ese tono de maestra de escuela para aquellos que se dejen intimidar por él, pequeña –le aconsejó con suavidad–. Tu hermana acaba de robarte lo que te pertenecía y tu novio ha herido tu orgullo y eso te duele; pero tu reacción no es la de alguien que tiene roto el corazón, así que no esperes compasión de mí.

Emily decidió que era el hombre más cruel e insensible que había sobre la Tierra.

–Debo decir que me divierte oírte hablar de amor como si fueras un experto. Seguir soltero a los treinta y dos años puede suscitar

comentarios.

Luke aceptó sin parpadear aquel reto a su virilidad.

–Hace un rato he visto a tu novio –le recordó–. Es un niño bonito. ¿Por eso lo elegiste? ¿Para propagar la especie?

–A mí no me interesa tanto una cara bonita como parece interesarte a ti.

El hombre la miró a los ojos.

–¿Me estás pidiendo que te ofrezca pruebas de mi virilidad? –preguntó.

–¡Luke! –se estremeció ella, alarmada por su respuesta.

Nunca se le había ocurrido que fuera un hombre afeminado: la idea era terriblemente absurda. Se había limitado a atacarlo sin pensar que era poco probable que él no respondiera a su vez.

–La vanidad masculina es algo muy débil, Emmy –dio un paso en su dirección–. Hay que cuidarla.

–Tú eres tan frágil como una barra de acero; e igual de insensible.

Pensó que su reacción solo tenía por objeto asustarla. Por supuesto, lo conocía ya, pero en aquel momento se le ocurrió que su conocimiento era bastante superficial.

Cuando ella era niña, él estaba en la escuela; no en la misma de su hermano, Paul, claro, sino en un internado de segunda clase, que era lo más que había considerado necesario su padre para el hijo de su prima adoptiva. La historia de la madre de Luke había sido un misterio. Rechazó todas las ventajas que le había dado su adopción y optó por criar a su hijo sola, volviendo la espalda a los padres adoptivos que la habían rechazado. Los padres de Emily se sintieron muy frustrados cuando Luke, el pájaro perdido del nido, resultó mucho más brillante que su hijo en todos los aspectos. Los dos asistieron a la misma universidad, pero Luke lo hizo con una beca y Paul consiguió licenciarse a duras penas.

Su hermano, aunque no era su persona favorita, seguía siendo su hermano, y su actitud hacia Luke tenía mucho que ver con el resentimiento de Paul. Les dijo que Luke se había mezclado con elementos indeseables, embarcado en todo tipo de actividades extrañas y, aun así, conseguido salir airoso de todo. Ella, mucho más joven, no había entendido los detalles, pero sí comprendió la frustración y la antipatía de su hermano.

Al mirar hacia atrás, se alegraba de que Luke hubiera rehusado la oferta de un puesto en el banco fundado por su abuelo. Nunca había encajado bien en su mundo; su relación había sido débil. Ella era más una conocida que una pariente. Aun sin los vínculos sanguíneos, él había sido la oveja negra que no tiene la decencia de ser un fracasado. Recordaba haber oído a menudo que la mala sangre siempre rebrota y que era un desagradecido por rechazar la ayuda familiar, pero, al menos, Paul no había tenido que empezar a trabajar a la sombra de su primo.

En aquel momento, la familia confió en que Luke lamentara su arrogante presunción de que podía salir adelante sin la seguridad de la familia. Pero no fue así y, aunque sus visitas no eran frecuentes, mantenía el contacto tanto para presumir de su éxito como de su estilo de vida poco convencional que tanto contrastaba con la tradición de aquella casa.

Abrió la boca para decir algo y el impacto de lo ocurrido hacía poco la hizo palidecer. Todos sus sueños… sus planes… la humillación. Pensó que, mientras ella hablaba de su boda con Charlotte, esta se acostaba… cerró los ojos y lanzó un grito.

–No te desmayes.

La voz sonaba impaciente y las manos que la obligaron a sentarse y le metieron la cabeza entre las piernas eran eficientes, pero no muy amables.

Emily respiró hondo varias veces y el rugido de sus oídos se aplacó. Levantó la cabeza con precaución.

–Nunca creí que eras de las que se desmayan.

Emily miró los rasgos duros del hombre y lanzó un juramento.

–No me entero todos los días de que mi novio prefiere a mi hermana.

Teniendo en cuenta que el primer libro que publicó él la había hecho llorar, no podía creer que resultara tan inhumano. Recordó las fotos en blanco y negro, cada una acompañada de unas líneas sucintas que ilustraban la desigualdad entre los niños del mundo y el modo en que la mano arbitraria de la geografía sellaba sus destinos.

–Lo superarás.

–Eso es el futuro; lo que me preocupa es el presente. ¿Qué voy a hacer?

–Nadie te culpará por ello.

Emily parpadeó, herida por la implicación de que la culpa podía ser suya.

–Supongo que todo el mundo pensará lo mismo, que yo he tenido la culpa de que se fuera con Charlotte. Ya me lo imagino. No era lo bastante mujer… –pensó en las miradas de lástima–. No quiero compasión.

–Yo no te la daré –le aseguró él–. Me parece que eso lo haces muy bien tú sola. Espero que no te importe que te lo diga, pero cuando empiezas a hundirte en la autocompasión, te sale un tono de voz horriblemente quejumbroso –le dio un golpecito en la cabeza–. Procura no olvidarlo.

La joven se apartó con furia.

–Eres odioso. Un reptil.

Luke sonrió.

–Solo intento ayudarte.

–Pues tírate a un autobús en marcha –dijo ella con rabia infantil. Un instante después se dio cuenta de lo que había dicho–. Perdona, no quería…

–Crees que puede ser hereditario, ¿verdad, pequeña? Te aseguro que no tengo tendencias suicidas.

–No sabes si fue un suicidio –olvidó por un instante su problema en su afán por reparar su metedura de pata–. Tu madre estaba enferma, los testigos no pudieron decir si se cayó o…

–Se tiró deliberadamente –terminó él con voz inexpresiva–. Se tiró, estoy seguro.

–Luke, no puedes saberlo –protestó ella, asiéndolo instintivamente por el brazo.

El hombre la miró a los ojos.

–Se tiró, pero no fue suicidio, fue asesinato, Emily – prosiguió–. Tu padre la mató con tanta eficacia como si le hubiera clavado un cuchillo en el corazón; en realidad, eso habría sido más amable.

Emily retrocedió un paso.

–Es una maldad decir eso.

–Mi querida Emmy, tú no conoces el significado de esa palabra. En el mundo hay maldad suficiente para matar tus sueños e inundar tu alma. La mayor catástrofe de tu vida es que se han reído de ti. Yo he presenciado baños de sangre y atrocidades increíbles, así que si

buscas mi compasión…

–Comparado con otras cosas, ya sé que esto es bastante trivial, pero yo no siento las desgracias globales, solo las personales –musitó ella, extrañamente tranquilizada por lo inusual de su estallido.

Se alisó la falda del vestido y levantó los ojos hacia él. La vida había endurecido a Lucas Hunt, pero experiencias que ella no podía ni imaginar habían dejado también su marca. Los ojos azules le devolvieron la mirada y ella se estremeció. Tuvo la sensación de estar mirando a un extraño.

–Creo que ya deben de estar buscándome –dijo, echando a andar en dirección a la casa.

–¿Qué vas a hacer? –preguntó él, colocándose a su lado.

–No lo sé todavía –admitió ella.

–¿No tienes un gran plan?

–Me dejaré llevar por la inspiración –le informó la joven.

Ninguna solución mágica se había formado en su cabeza. De hecho, estaba segura de que todo iría a peor a medida que avanzaba la velada.

–No sé por qué me sigues. Estos problemas domésticos y triviales son poca cosa par ti, ¿no?

–¿Curiosidad morbosa? –sugirió él; la tomó por el brazo–. Quiero estar presente cuando llegue la inspiración. Estoy seguro de que será interesante.

Capítulo 2

ENTRARON por una puerta lateral. Emily sintió náuseas al pensar que la confrontación era inminente.

Se preguntó de nuevo por qué lo habría hecho Gavin. Era todo lo que podía desear en un esposo: considerado, amable, inteligente y, comparado con los hombres de su familia, muy respetuoso con sus sentimientos. La novedad de que tuvieran en cuenta sus deseos y la sensación de sentirse querida le habían hecho creer que lo suyo podía ser permanente.

En cuanto a Charlotte… el pensar en su hermana la hizo sentirse traicionada. No sabía cuándo sería capaz de afrontar su presencia con un cierto grado de educación.

–Me gustaría que te marcharas –dijo a la espalda de Luke.

La vitalidad de él suponía un insulto añadido. Se reflejaba en su modo de moverse, en su aire de esperar algo… Comprendió con furia que estaba disfrutando. Su desgracia le parecía algo estimulante. La consoló pensar que ni siquiera él podía estropear más las cosas en aquel momento.

–Estoy aquí para prestarte apoyo.

–¿Por qué será que no te creo? –preguntó ella.

Los dos oyeron voces en el mismo instante. Se abrió una puerta y el sonido de la música llegó hasta el pequeño vestíbulo.

–No puedo… no creo que pueda soportarlo –un ataque de pánico la inmovilizó un instante–. Tengo que… –tenía que huir, alejarse de allí. Buscó una salida con desesperación.

Luke se volvió hacia ella sin advertencia previa y la atrapó entre la pared y su cuerpo. La joven, aturdida, abrió la boca para intentar respirar.

Era un hombre alto y musculoso y estaba lo bastante cerca para que fuera consciente del calor de su cuerpo y el olor masculino que emanaba de él, un olor limpio, no manchado por el abuso de perfumes ni lociones. Levantó las manos en un gesto inconsciente, destinado a salvaguardar su propio espacio.

–Respira hondo –dijo él con impaciencia, observando su rostro alarmado.

–¿Qué haces…?

–Inspiración, ¿recuerdas? Eso es lo que intento darte. Y si quieres salir de este lío con tu orgullo intacto, sígueme la corriente.

Inclinó la cabeza y ella cerró los ojos con la sensación de que se avecinaba una tragedia.

Al parecer, la inspiración no requería preliminares, ya que el vientre de él se apretó contra sus palmas al tiempo que una mano acariciaba su cabello. Emily abrió los labios para pedirle que la dejara escapar, pero su voz se perdió en el movimiento de la boca de él.

Luke la estaba besando. La idea resultaba demasiado extraña para ser asimilada por completo. Se quedó inmóvil. El roce de los muslos de él contra los suyos alteraba aún más su ya debilitado sistema nervioso.

–Abre la boca, pequeña –musitó él, exasperado.

¿Qué diablos se creía que hacía manejándola como a una muñeca y dándole instrucciones? Abrió la boca para decirle lo que pensaba de aquello, pero él pareció interpretar su gesto como uno de aquiescencia. Su beso le produjo una profunda excitación física al tiempo que destruía la poca coherencia que le quedaba. La invadió tal debilidad que, de no ser porque él la sujetaba por la espalda, habría caído al suelo.

Nada en su vida la había preparado para el pozo de sensaciones en que se hundió. No se le ocurrió combatirlo; aquella intensidad requería una cooperación total. Se dejó llevar y absorber por el beso. Había encontrado agradables otros besos, pero siempre había podido interrumpirlos sin la sensación de pérdida que experimentó cuando Luke levantó la cabeza.

Lo miró con una mezcla de horror y fascinación antes de captar el sonido de la voz de su padre. Los ojos azules la observaban con una expresión ambigua de burla y rabia. ¿Por qué estaría Luke enfadado? ¡Era ella la que tenía todo el derecho a estarlo!

–¿Qué te crees que estás haciendo?

Luke le guiñó un ojo y se hizo a un lado.

–Charlie, yo creía que eso era evidente –repuso sonriendo con provocación.

Rozó con los dedos el hombro desnudo de Emily.

En cualquier otro momento, la expresión de incredulidad de su padre le habría hecho reír. Pero se sentía tan atónita como él. Su padre tenía la boca abierta y el rostro rojo en violento contraste con la melena leonina de cabello plateado del que tan orgulloso se sentía. Una parte de ella recordó que no debía agitarse demasiado.

–Hola, padre –dijo.

Alguien tenía que hablar y Luke parecía disfrutar demasiado para ser de alguna ayuda. No podía mirarlo; aquel hombre acababa de destrozar la poca dignidad que le quedaba. Decidió que lo mataría lenta y dolorosamente.

–¿Qué haces con él?

Miró a Luke con expresión de odio y pareció notar detalles que le habían pasado desapercibidos antes: el vestido rasgado y manchado, el pelo revuelto; detalles de los que Emily tampoco había sido consciente hasta aquel momento.

Se llevó una mano temblorosa a los labios. ¿Acaso Luke podía haber creído ni por un momento que accedería a representar aquella ridícula farsa solo para librarse de su compromiso sin perder la dignidad? En cuanto a su beso… recordó la respuesta de su cuerpo y pensó que no se lo perdonaría nunca. Le lanzó una mirada fulminante y Luke le sonrió con calor.

–Emily me estaba consolando, Charlie –dijo con cierta emoción en la voz.

Emily miró sus ojos azules y sintió una punzada de lástima por cualquier mujer con la que decidiera poner a prueba sus encantos, ya que resultaba muy difícil no creer en la aparente sinceridad de su expresión.

–No hablaba contigo –replicó Charles Stapely, mirando con rabia cómo Luke acariciaba con ternura el pelo de su hija.

Emily se obligó a aceptar sus caricias con pasividad, pero anhelaba poder apartarle la mano. Tenía que acabar con aquella farsa al instante.

Los labios de él rozaron su oreja.

–¿Qué prefieres, el papel de víctima inocente o el de mujer caída? –le susurró.

La batalla interna fue intensa pero breve. No dudaba de que Luke la había metido en aquella farsa por los motivos equivocados,

pero le había dado una elección, un modo de escapar a la compasión, a las miradas de suficiencia…

–Comprendo que esto debe de resultarte muy duro, padre –dijo.

Luke sonrió, complacido. Había adivinado su debilidad, que ella no podría soportar la lástima. Le rodeó la cintura con el brazo para impedirle escapar.

–La verdad, Charles, es que Emily y yo sabíamos bien cómo reaccionarías a… –la miró un momento a los ojos, como si compartiera con ella un secreto profundo– lo nuestro –dijo con expresión sincera.

Emily se preguntó dónde habría adquirido aquella facilidad para mentir; cuanto más escandaloso era el embuste, más convincente parecía.

–Empezó a salir con Gavin para olvidarme, pero hay cosas…

La joven dio un respingo. Aquello estaba yendo demasiado lejos para que su padre pudiera creerlo, pero miró el perfil de Luke y pensó que quizá él no quería convencer a su padre; mentía para hacer creer deliberadamente al otro que él había sido el autor de aquello, lo cual, por supuesto, era cierto. El control de la situación se le escapaba cada vez más. Luke, por su parte, sabía bien lo que hacía, y la malicia con que miraba a su padre resultaba demasiado evidente.

Aunque Emily no estaba muy unida a sus padres, la incomodaba pensar que estaba apoyándolo en su campaña contra ellos.

–En estas circunstancias, no puedo seguir adelante con mi compromiso –dijo con suavidad.

Por el modo en que la miraron los dos, comprendió que ambos habían olvidado su existencia por un momento.

–Me alegra mucho contar con vuestra atención –prosiguió con dulzura–. Esto no ha sido intencionado, padre y, con el debido respeto, creo que debería hablarlo antes con Gavin. Ya sé que te he ocasionado muchas molestias y gastos –añadió con sequedad–, pero es mejor descubrir estas cosas ahora.

–Muy cierto –le susurró Luke al oído–. Eres muy profunda, pequeña.

Emily lo miró con fingida adoración.

–Retira esa mano o te la corto –susurró a su vez.

Luke soltó una risita, pero no obedeció.

Su padre no había tenido ocasión de oír sus palabras, pero había presenciado la aparente intimidad de los murmullos. Soltó una carcajada amarga y miró a su hija con una mezcla de burla y desprecio.

–¿No ha sido intencionado? –preguntó–. Si te crees eso, es que eres aún más estúpida de lo que pensaba. No supondrás que él –miró a Luke con aborrecimiento– habría perdido el tiempo contigo si no fueras mi hija, ¿verdad? Gavin vale cien veces más que él. Te arrepentirás de esto, Emily, y a no tardar mucho –le advirtió–. Tú no puedes enterrar el pasado, ¿verdad? –preguntó al otro hombre.

–Yo siempre cumplo mis promesas, Charlie –repuso este con suavidad–. A veces surgen oportunidades, ¿y no eras tú el que siempre decías que hay que saber aprovecharlas?

–¿Entonces lo admites? –preguntó el otro con voz ronca.

–Padre, cálmate, por favor –dijo Emily.

La vena que le latía en la sien hizo que se le encogiera el estómago. Sabía que su padre iba a enfadarse, pero todo aquello estaba yendo demasiado lejos.

–¡Cállate! –se volvió hacia ella–. Ya me ocuparé de ti más tarde.

–Tu corazón… –dijo ella con ansiedad.

Tenía que contarle la verdad. Quizá no le pareciera tan mala después de aquella farsa. Había sido una egoísta al pensar en salvar su orgullo a costa de la salud de su padre.

–A mi corazón no le pasa nada, idiota –repuso él con desprecio.

Emily se quedó inmovilizada por la confusión.

–Pero…

–No creo que te importe que caiga muerto a tus pies.

La joven había visto una sombra de miedo en los ojos de su padre y aquella observación truculenta no consiguió borrar la idea que empezaba a cobrar cuerpo en su cabeza.

–Acabas de decir que a tu corazón no le pasa nada.

–¿Y por qué creías tú que le pasaba algo, pequeña? –preguntó Luke con interés.

–Está enfermo del corazón.

–¡No te atrevas a discutir estas cosas con él!

Emily iba a decir que había oído al médico hablar con él; fue un accidente, algo que oyó por casualidad, pero la sospecha que empezaba a embargarla le impidió ser clara.

–Yo no tenía que oírlo –dijo en voz alta–. ¿O sí? –terminó con horror.

Charles Stapely la miró con aire beligerante.

–Ya te has dejado contaminar por ese cerdo… tú, mi propia hija.

Emily estaba en aquel momento a punto de marcharse de casa e instalarse en un apartamento propio. La oposición inicial fue muy dura. Su padre tenía ideas muy victorianas sobre cuál era el lugar de una mujer y su papel en la sociedad. Quería que estuviera donde pudiera vigilarla y controlarla. Convencerlo era una tarea fútil, pero no había nada que él pudiera hacer. Y, de repente, para sorpresa de ella, capituló y le dio su bendición. La joven estaba en el séptimo cielo: tenía un trabajo como profesora de primaria y un apartamento propio.

Aun después de que escuchara por casualidad la conversación entre el médico y él, su padre insistió en que no debía permitir que la fragilidad de su estado le impidiera vivir su vida.

Emily pasó unos momentos a solas con el especialista del corazón. Este le dijo que no había posibilidad de operar y que los disgustos contribuirían a acercar lo inevitable. Aquellas palabras la asustaron, haciéndola consciente de la gravedad del estado de su padre.

Cuando decidió quedarse, Charles se mostró agradecido casi hasta las lágrimas; le dijo que era una preocupación que le quitaba de encima. En aquel momento, le juró que guardaría el secreto, ya que, si se enteraban de la verdad, el banco podría verse comprometido. Le prometió que se tomaría la vida con más calma, pero ella comprendió e incluso admiró su determinación de no vivir como un inválido.

–Me mentiste –dijo con lentitud–. Todo fue una farsa.

–Era por tu propio bien. Y no era mentira –protestó él–. Solo una exageración. Gavin y tú estáis hechos el uno para el otro. No tenías necesidad de desperdiciar tu vida en un mísero apartamento y un empleo que no necesitabas.

La joven respiró hondo.

–Querrás decir por tu bien –repuso–. He oído decir que no todas las familias se dejan llevar por él egoísmo, pero me resulta difícil de creer –endureció la expresión y se volvió hacia Luke–. Sácame de aquí –ordenó.

No tenía intención de explicarle el significado de aquella conversación. En una sola noche había descubierto que tres de las personas a las que mejor creía conocer la habían estado engañando. Se preguntó con resentimiento si todo el mundo la tomaba por tonta.

–Nunca creí que fueras tonta hasta esta noche –musitó Charles con desprecio–. Si tan estúpida eres, puedes quedarte con él. Pero, si crees que va a casarse contigo, piénsalo mejor…

–La verdad, padre, es que todavía no hemos pensado en eso –lo interrumpió ella.

–¿Pensado? –Charles apretó los puños–. No creo que hayas pensado en absoluto; y solo porque se acueste contigo, no creas que tienes derechos exclusivos sobre él. Es igual que su madre… no discrimina mucho.

Emily percibió la tensión repentina que se apoderó de Luke. Este seguía inmóvil detrás de ella, impidiéndole la retirada.

–Eres un asno pomposo y pretencioso –dijo con calma–. Y si vuelves a mencionar a mi madre…

Pronunció su amenaza con voz agradable que la hizo aún más siniestra. Emily vio encogerse a su padre.

–He llegado a arrepentirme de haberte acogido bajo mi techo, ingrato –miró a su hija–. Y si tú te vas con él, es que no eres hija mía –le dijo con voz temblorosa por la rabia–. Ya verás cuando tu madre se entere de esto.

Después de haberse visto repudiada, sus últimas palabras le parecieron tan poca cosa, que Emily no pudo reprimir una carcajada nerviosa.

Luke la miró sorprendido.

–No parece que te moleste mucho que te deshereden –dijo, al tiempo que le tendía un pañuelo limpio.

–Ha sido un toque de histeria, nada más; además, ¿de verdad te interesa a ti lo que yo sienta? –se secó los ojos y le devolvió el pañuelo.

Decidió que él era igual que su padre; los dos la utilizaban para ganarle puntos al otro. La manipulaban sin compasión.

–Quédatelo –le aconsejó Luke, sin tomar el pañuelo–. Puede que lo necesites antes de que termine la noche. ¿Piensas contarme de qué hablabais hace un instante?

–No –volvió a tenderle el pañuelo–. No tengo dónde guardarlo.

Luke miró su traje.

–Muy cierto –musitó.

Cuando volvió la mirada a su rostro, Emily leyó en sus ojos curiosidad y algo más que no supo definir, pero que hizo que le diera un vuelvo el corazón.

–Yo te lo guardaré.

–No necesito nada tuyo –movió la cabeza–. No puedo creer lo que acabas de hacer. No puedes resistir la tentación de complicar las cosas, ¿verdad? –lo acusó con voz ronca.

–Solo te he dado una inspiración. Tú querías salir huyendo.

–Ríete si quieres, pero a veces huir es menos doloroso. Además, una colisión frontal no siempre resuelve el problema.

–Tampoco lo resuelve huir; solo pospone lo inevitable.

–Gracias por tu sabiduría. Al menos, mi padre era lo bastante listo para disfrazar el hecho de que me estaba manipulando. La única diferencia es que contigo lo sé. Aun así, ya ha terminado todo.

–Oh, en esta situación quedan aún muchas posibilidades.

Emily echó la cabeza hacia atrás.

–Olvídalo, Luke; estoy harta de todos vosotros. Voy a pasar algún tiempo a solas y no estoy disponible para seguir la comedia, aun en el caso de que mi estómago pudiera soportar más caricias de tu parte.

–Me parece que no lo has pensado bien –repuso él con frialdad.

–Desde luego que no lo he pensado, idiota –dijo ella con furia–. Esto es una crisis emocional; me ha arruinado la vida. Pensar no me resulta muy fácil en este momento. De no ser por eso, jamás habría permitido que montaras esa escena por puro sadismo.

–Ya imagino que no te agrada ver trastocados todos tus planes. Estoy seguro de que no esperabas este tipo de sorpresas –replicó él con burla–. Siempre te gustó hacer planes. Supongo que habías calculado bien los próximos veinte años. Tu error consistió en decirle a ese niño bonito antes de tiempo cómo sería su vida; probablemente salió corriendo hacia tu hermana llevado por el pánico.

–Tú no sabes nada de eso –contestó ella, acalorada–. No tiene nada de malo planificar. No todos somos unos vagabundos.

Luke soltó una carcajada.

–¿Todavía no has aprendido que los planes se hacen para incumplirlos? Aunque un hombre se haya colocado en una posición en la que el resto de su vida parezca inevitablemente aburrido, no quiere que se lo digan así. Seguro que hasta habías calculado vuestros hijos con precisión matemática.

–No hay nada de malo en un compromiso –repuso ella, picada por aquel ataque inesperado.

¡La hacía parecer tan fría como una computadora! Gavin nunca se había quejado de sus planes para el futuro; estaba segura de que deseaba las mismas cosas que ella. Soltó un gemido y se mordió el labio inferior. Era evidente que no había sido así.

–¿Por qué no lo admites, Emmy? Tu Gavin no era más que alguien que respondía a tus criterios en un momento de tu vida en el que habías decidido que debías casarte.

Aquella acusación la dejó sin aliento.

–Yo quiero a Gavin –declaró con fiereza.

Luke no pareció impresionado por su declaración de amor.

–Entonces, quizá deberías haber pasado más tiempo diciéndoselo entre las sábanas y menos organizando su vida. Tu único problema es que ese hombre tiene más agallas de las que habías anticipado. Empezaste a moldearlo demasiado pronto, querida; debiste esperar hasta después de la boda.

Emily sintió que unas lágrimas de furia llenaban sus ojos y parpadeó; no quería darle la satisfacción de verla llorar.

–Te odio –dijo. Pero lo peor era que había cierta verdad en lo que él decía y no estaba tan ciega como para no comprenderlo así.

Respetaba a Gavin. Era el único hombre que había conocido con el que había considerado compartir su vida. Estaba segura de que él no la controlaría como hacía su padre con las personas de su entorno. Por supuesto, se había preguntado si el hecho de ser la hija del presidente del banco tenía algo que ver con su interés por ella.

–No puedes ir por ahí diciendo eso, querida –musitó Luke–. Estamos juntos en esto.

Emily lanzó un gemido de disgusto.

–No te dejes llevar por la imaginación. No había necesidad de ir tan lejos y acosarme en público. Si te hubieras molestado en consultarme, te lo habría dicho así.

–¿Prefieres que te acose en privado? –preguntó él con cortesía–. Puedo…

–No se te ocurra tocarme –dijo ella con frialdad–. No me parece divertido. Ya sé que para ti solo es un juego, pero se trata de mi vida.

–Yo me tomo los juegos muy en serio. Para ser una planificadora innata, no pareces haber pensado más allá de la próxima hora. Emily lo miró con suspicacia.

–¿Debería hacerlo?

–Aparte de que tu padre te ha repudiado, pareces olvidar nuestra profunda pasión.

La joven comprendió que se reía de ella.

–¿A qué te refieres?

–Nuestra relación no puede haber surgido de la noche a la mañana.

–¿Relación? Nosotros no tenemos una relación.

–O todo lo anterior habrá sido en vano –prosiguió él como si no la hubiera oído–. Hasta la imbécil de Charlotte descubriría nuestra farsa. Y surgirían los comentarios sobre la pobre Emily que no puede retener a un hombre y este prefiere a su hermana.

–No soy tan buena embustera como tú, así que será mejor que dejemos esto –dijo ella.

–Infravaloras mi inteligencia, pequeña.

La joven cerró los ojos y soñó con borrarle aquella sonrisa de satisfacción del rostro.

–No me llames así.

–Es un apelativo cariñoso. Y creía que te gustaba.

–Sabes que lo odio. Por eso lo haces.

Luke la miró con sorna.

–Volvamos a mi inteligencia –dijo con suavidad.

Emily deseó fervientemente poder alterar su odiosa compostura. Casi en el acto, recordó una imagen de él rodeado de gritos y humo, mientras informaba de lo que ocurría a su alrededor al tiempo que las balas le pasaban por encima. Aquella fue la primera vez que Luke apareció ante las cámaras, pero no la última. Después de eso, empezó a informar desde distintos puntos conflictivos del globo, aunque la fotografía fue siempre su primer amor y no la abandonó nunca.

Cuando salió de la universidad, su padre le ofreció un trabajo en el banco, pero Luke prefirió una oferta de reportero gráfico para un periódico. Cuando surgió la oportunidad, aceptó el reto de pasarse a la televisión. A su padre, que siempre había odiado su carrera imparable, le resultó más fácil soportar su anonimato como fotógrafo que su reconocimiento público posterior. Emily le había visto aceptar cumplidos sobre su famoso pariente con los dientes apretados, deseando claramente que Luke hubiera fracasado en todo lo que emprendía. Cuando publicó su libro de fotos, apenas pudo contener su furia: no se contentaba con brillar en un solo aspecto, sino que quería abarcar varios campos a la vez. Los suspenses políticos que siguieron le produjeron dinero y más fama, ya que entraron de pleno en las listas de los libros más vendidos. Emily sentía en general una mezcla de envidia y admiración, pero en ese momento compartía una parte de la frustración de su padre. La imperturbabilidad de él le producía deseos de golpearlo.

–Creo que eres inhumano –anunció.

–Es muy perverso por tu parte atacar a tu salvador –enarcó una ceja– y no mencionar para nada la infamia de tu prometido. Como intentaba decirte, voy a ir a mi casita de Escocia a trabajar en mi libro.

–No sabía que tuvieras una casita en Escocia –dijo ella, sorprendida.

–¿Por qué ibas a saberlo? Pero puedes venir conmigo.

–Gracias, pero no –dijo ella sin pensar.

–Veo que vuelves a estar confusa –comentó él con simpatía–. Puedes desaparecer conmigo durante un tiempo prudente y reaparecer luego después de haberme desenmascarado o como quieras llamarlo. Te aconsejo que digas que prefiero las pasiones intensas pero breves, aunque te dejaré los detalles a ti.

–Me sorprendes. ¿De verdad me dejas algo a mí? No me gusta que me organicen la vida –repuso ella, entre dientes.

No tenía intención de acompañarlo a ningún sitio. La había sacado de aquella situación y necesitaba tiempo para pensar. Lo que no quería era pasar más tiempo con Luke.

–Sé que prefieres ser tú la que organice, pero mira a dónde te ha llevado eso. Las mujeres mandonas no son universalmente admiradas.

La joven se irguió con dignidad.

–Siento no ser muy femenina –musitó con sarcasmo–. ¡Cerdo machista! ¿Crees que puedes darme órdenes?

–Solo era una sugerencia –repuso él con sequedad. No me importa nada lo que hagas ahora –anunció, como si le aburriera la conversación–. Me ha parecido lo más lógico y, si sabes escribir a máquina, podrías ser de utilidad –añadió pensativo.

–Y supongo que así podrías seguir atormentando a mi padre.

Luke sonrió.

–Tengo entendido que tú también tienes algunos motivos para estar descontenta de papaíto. Admito que se me ha pasado por la cabeza la idea de hacerle sufrir un poco más.

Emily lo abofeteó por puro reflejo. Observó la marca oscura de su mejilla y se preguntó si le devolvería el golpe. El hombre seguía imperturbable y ella estaba furiosa por haber perdido el control.

–Siempre fuiste un gamberro.

–Y tú siempre fuiste una niña mimada –replicó él con frialdad. Le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos–. Siempre querías ser el centro de atención, si no recuerdo mal.

La joven trató de negar con la cabeza.

–Tienes una memoria muy acomodaticia, pequeña. Oh, olvidaba que ahora eres una mujer madura –dijo con burla–. No sé por qué, a pesar de las apariencias, no termino de creérmelo.

Acarició con la otra mano el borde de su escote y aquella acción provocó una respuesta automática en ella. Tragó saliva, consciente del contacto de él. El talle de su vestido le parecía de repente demasiado ceñido.

–La atención que tú me prestabas no era muy halagüeña –repuso–. Recuerdo que me arrojaste al lago en noviembre y me metiste la cara en el barro y…

–Todo lo cual era preferible a la indiferencia.

–Te portaste muy mal conmigo.

–Yo creo que el castigo iba en consonancia con la falta.

–Los niños no saben defenderse –replicó ella, sin aliento–, pero ahora soy independiente y no tengo intención de ir a ninguna parte contigo.

–¿Cuánto tiempo crees que tardarás en volver a Charlcot? –se burló él–. Vivir en casa hasta los veinte tiene que haber limitado de

algún modo tu desarrollo emocional, aunque la casa sea tan anónima como un hotel –la miró con desprecio–. Un hotel de cinco estrellas, desde luego. No me extraña que sigas actuando como una niña mimada.

–A ti no te importa nada cómo viva mi vida.

–¿Vida? –preguntó él con sarcasmo.

–Me habría ido de casa… –empezó a decir ella, picada por su desprecio.

Para él resultaba muy fácil. Jamás lo había retenido nada. Siempre había envidiado su libertad. Recordó que en ese momento ella también era libre: no tenía prometido ni un padre enfermo en el que pensar. Se preguntó si debería celebrarlo y una risa histérica subió por su garganta.

Luke la observó con atención.

–Emily…

Lo interrumpió la voz estridente de la madre de ella.

–Así que es cierto.

Emily suspiró, repentinamente cansada. Luke se interpuso entre su madre y ella. La mujer se mostraba muy fría y su tono de voz daba a entender que no le sorprendía el comportamiento de Emily. La joven oyó una versión de su vida que consistía en una serie de acciones encaminadas a causar disgustos a sus padres. Casi tenía la impresión de que su madre se sentía reivindicada por aquella muestra final de ingratitud.

La observó en silencio salir del cuarto, preocupada solo por minimizar el escándalo que suponía romper un compromiso antes casi de que se hubiera producido.

–Una mujer muy cálida y comprensiva –oyó murmurar a Luke.

Lo miró sorprendida y él le colocó su chaqueta sobre los hombros. La prenda contenía aún el calor de su cuerpo y ella se estremeció involuntariamente.

El rostro de él no expresaba ninguna burla. Emily se mordió el labio inferior y ese gesto atrajo la atención de Luke.

–Todavía no ha terminado –dijo con brusquedad–, así que no te derrumbes ahora.

Emily tragó saliva y bajó los ojos, confusa. ¿De verdad había esperado compasión y comprensión por parte de él? Se dijo que debía de estar perdiendo el juicio. Además, no necesitaba ese tipo

de apoyo. Había visto cómo la indiferencia de sus padres convertía a Charlotte en una criatura deseosa de agradar, impregnada de la necesidad de tener al lado a una persona más fuerte. Eso la había llevado a apoyarse mucho en Emily y a una serie de experiencias con hombres que tenían en común una gran estimación por sí mismos que su hermana confundía con fuerza. Emily, por su parte, había evitado deliberadamente la trampa de buscar alivio en las relaciones casuales; en lugar de ello, se había vuelto autosuficiente y se enorgullecía de su falta de dependencia.

Se quitó la chaqueta. Cualquier gesto amable de Luke era sospechoso por principio; solo se mostraba apasionado cuando le convenía como un acto de venganza. No conocía en detalle lo que habían hecho sus padres para ganarse aquella enemistad de por vida, pero sabía que él no desperdiciaría nunca su gentileza con una Stapely.

Recordó su extraña acusación de un rato antes; de algún modo, responsabilizaba a su padre de la muerte de su madre. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. Aquel era un aspecto oscuro de Luke que no deseaba ver.

–No voy a derrumbarme –dijo con dignidad. Le tendió la chaqueta–. ¿Puedes esperarme en el coche? Quiero hablar a solas con Gavin y recoger algunas cosas. Luego puedes llevarme a un hotel.

–Te daré treinta minutos y entraré a buscarte.

Emily aceptó el ultimátum con una mirada de enfado, pero reprimió la réplica infantil que tenía en la punta de la lengua.

Capítulo 3

ESTA noche nos quedaremos en mi casa.

Emily asintió, sin percibir la sonrisa de victoria que curvó los labios de Luke. Ni siquiera tenía fuerzas para interesarse por dónde dormiría aquella noche. Era tarde y ya buscaría un hotel al día siguiente.

Iba sentada con rigidez, incapaz de relajarse y disfrutar de la comodidad del asiento. No podía dejar de revivir su entrevista con Gavin. Había sido como hablar con un desconocido, no con el hombre con el que había pensado compartir su vida. Se preguntó por qué había estado dispuesta a casarse con él. ¿Su motivo podía ser tan superficial como sugería Luke? No quería creerlo.

La respuesta de Gavin a su confesión fue confusa. Vio una pequeña chispa de alivio en sus ojos, tan pequeña que, de no haber estado esperándola, le habría pasado desapercibida. Su enfado la sorprendió más. En cierto modo, su hipocresía resultó peor que su traición. Podía ver que, aunque se alegraba de haber escapado al compromiso, le enfurecía que ella hubiera tenido la temeridad de admitir que había buscado consuelo en otra parte.

Al oír sus palabras de decepción y dolor, casi olvidó que ella era inocente y él había sido el que la traicionara. Se mordió el labio inferior para reprimir una réplica airada. Había deseado atacarlo a su vez, pero el orgullo se lo impidió. Era mejor ser ella la que diera por terminado el compromiso.

–¿Has visto a Charlotte?

Miró el perfil de Luke al volante.

–No.

No había podido ver a su hermana. No se fiaba de su reacción; estaba confusa y podía haber dicho la verdad. No podía aceptar que su hermana la hubiera hecho sufrir conscientemente.

–¿Qué sentirás si Gavin se casa con ella?

–No lo sé, ¿de verdad te interesa?

–No siento lástima por ti, si te refieres a eso, Emily; de hecho,

creo que es una suerte que el destino te haya impedido vivir esa fantasía que habías construido en tu mente.

La joven contuvo el aliento y contó hasta diez.

–Qué tonta soy. Hasta que no me lo has hecho notar, no me había dado cuenta de mi buena suerte.

–A tu servicio –sonrió él.

Emily no respondió. El sueño se apoderó de ella y no fue consciente de que Luke detenía el coche para colocarla en una postura más cómoda.

La despertó un rugido repentino.

–¿Qué pasa?

–Un grupo de motos.

La joven reprimió un bostezo y se desperezó. Miró por la ventanilla. La autopista estaba poco transitada.

–¿He dormido mucho?

–Cuatro horas.

Se puso tensa y se volvió hacia él, que no apartó la vista de la carretera.

–¿Cómo has dicho?

Debía de ser un error. Desde Charlcot hasta la casa de Luke en Londres no había más de una hora y media.

–Cuatro horas, Emily, acompañadas por la dulce melodía de tus ronquidos.

–Yo no ronco –contestó ella automáticamente.

–¿Es eso lo que te decía Gavin, pequeña?

Emily frunció el ceño y luchó contra los últimos remanentes del sueño.

–Has dicho cuatro horas.

–Esta conversación empieza a dar vueltas en círculos, Emmy. No espero que seas muy ingeniosa, pero…

–No intentes hacerte el listo conmigo. ¿Dónde diablos estamos? No vamos a tu apartamento.

Luke le lanzó una mirada complaciente.

–Yo no he dicho que fuéramos allí.

La joven se ruborizó.

–Has dicho que pasara la noche en tu casa, en tu apartamento de Londres. ¿A dónde me llevas?

–A mi casa. Pero no he especificado a qué casa. No me gusta

presumir, pero tengo una granja en la Toscana, sin agua corriente y con unas vistas por las que vale la pena morir…

–Me gustaría que lo hicieras.

Luke chasqueó la lengua.

–Como decía, tengo la casa de la Toscana, un apartamento modesto en Nueva York y mi retiro escocés.

–No te creo.

Lo miró horrorizada. Ni siquiera Luke era capaz de hacerle algo así.

El hombre la miró con aire de inocencia ofendida.

–¿Acaso te mentiría yo?

–¿Me llevas a Escocia?

–¿Habrías preferido Nueva York? –preguntó él, comprensivo–. Otro día, quizá, si mejoras tus modales.

Emily soltó un gemido de frustración y rabia.

–Preferiría que pararas el coche ahora mismo. Eres un lunático.

Luke se echó a reír.

–¿No crees que exageras un poco? –observó.

–¿Exagerar? Acabas de secuestrarme.

–Una palabra muy fuerte –dijo él con un tono que sugería que daba poca importancia a la situación.

–Una palabra acertada.

–Sugerí que fuéramos a mi casa y no protestaste –le recordó.

–Tu casa de Londres. Te dejé muy claro que no tenía intención de ir a Escocia.

–¿No te gusta el campo?

–No me gustas tú.

Sus ojos se encontraron un segundo; la expresión que impregnaba los azules de él era violentamente intensa. La afectó como una roca y anuló las palabras de protesta que permanecían aún en su garganta.

–Mantén la vista en la carretera –dijo con voz ronca. Cuando él obedeció, se dejó caer contra el asiento. Esto es absurdo. No se puede ir por ahí secuestrando a la gente.

–Yo me dirigía a Escocia y no he visto motivo para cambiar mis planes por ti, pequeña.

–No te he pedido que lo hicieras; yo no te he pedido que te metieras en eso.

Una sonrisa curvó los labios de él.

–Ha sido un placer.

–No iré contigo.

–Ya estás conmigo –señaló Luke con paciencia.

Su actitud le dio la impresión de que estuviera golpeándose la cabeza con un muro de cemento.

–¿Es que no tienes conciencia? ¡Me has secuestrado! ¡Eso no está bien!

El hombre le lanzó una mirada breve y fiera.

–Siento que mis métodos te parezcan tan malos, pero a menudo son muy eficaces. Mostrarse civilizado puede hacerte perder mucho tiempo.

Emily miró su perfil y comprendió que era ella la que perdía el tiempo. Con un gemido de frustración y los ojos llenos de lágrimas, apretó la manecilla y trató de girarla.

–Más de cien kilómetros por hora y decide saltar –Luke enarcó las cejas–. Muy inteligente.

–Esto es un delito y haré que te arresten –lo amenazó ella. Se pasó una mano por el rostro para secarse las lágrimas –se lo diré a mi padre –añadió con aire miserable.

–Cuento con ello.

La joven lo miró sorprendida.

–Así que es por eso –dijo–. Estás dispuesto a hacer lo que sea con tal de irritar a mi padre.

–¿Irritar? –preguntó él, sin molestarse en negar su acusación–. Creo que infravaloras tu importancia, pequeña. Tú eres la niña de sus ojos. La idea de que estás compartiendo mi humilde techo, con todo lo que eso conlleva, tendrá un efecto muy satisfactorio para mí.

–Me alegro de poder serte útil –comentó ella con rabia–. Supongo que lo que yo sienta no cuenta para nada.

–Creo que un cambio de escenario te vendrá bien.

Emily lanzó un gemido.

–Estoy harta de que todo el mundo sepa lo que me conviene. Pues te advierto que puede que me lleves a tu casa, pero no esperes que me quede. Me marcharé a la primera oportunidad y te denunciaré a las autoridades.

–Lo tendré en cuenta –replicó él–. ¿Música? –añadió al ver que

ella no respondía.

La joven apretó los labios y se encogió de hombros. Las notas de Debussy no consiguieron aplacar su furia. La sensación de impotencia para resolver situaciones le daba ganas de gritar, pero no quería darle el placer de ver hasta qué punto la había afectado. Sabía instintivamente que debía evitar quedarse a solas con Luke.

Solo pararon una vez durante el resto del viaje y fue después de que ella le explicara la urgencia de sus necesidades. El hombre parecía muy descansado a pesar del viaje mientras Emily se sentía agotada, tanto física como emocionalmente.

–Ullapool –dijo él al pasar un pequeño pueblo situado en las orillas del lago Broom–. Desde ahí se puede ver pescar a la flota rusa –señaló hacia el mar– cuando el día está despejado.

–Lo cual no ocurre a menudo –repuso ella con sarcasmo.

Habían viajado toda la noche y la luz del amanecer mostraba un paisaje húmedo cubierto de niebla espesa. A lo lejos se veía la sombra amenazadora de las montañas y el mar no era más que ruido y una extensión de vacío.

–Espera y verás.

–No me quedaré lo suficiente –repuso ella–. ¿Falta mucho? Estoy cansada.

–Unos cuarenta kilómetros.

Emily no dijo nada, limitándose a mirar la carretera llena de curvas. Luke necesitaba toda su concentración para conducirlos a salvo a su destino. La joven, que a veces se sentía inclinada a gritar en las curvas más pronunciadas, se quedó impresionada por la calma con que controlaba el enorme coche.

***

Emily miró la cocina. En una de las paredes había una chimenea, con un montón de troncos cortados colocados convenientemente a un lado.

Vio con sorpresa que había también todo tipo de electrodomésticos modernos, ocultos en su mayoría por puertas que hacían juego con los armarios de pino rústico de la estancia. El techo de vigas era bajo, pero los colores suaves la hacían parecer un lugar iluminado, aireado y cómodo.

–Es muy bonita –dijo con sorpresa.

Luke dejó sobre la mesa las bolsas que llevaba.

–¿Qué esperabas? ¿Algo sin agua caliente ni electricidad? –la miró a la cara–. Mujer de poca fe; yo jamás sometería a una flor delicada como tú a semejantes indignidades.

La flor delicada le lanzó un puñetazo que él eludió sin esfuerzo.

–Y ahora esperarás que te dé las gracias.

–¿Esperar que una Stapely dé las gracias? Jamás. Pero ayúdame a meter las cosas.

Lo observó tomar un sobre que había en el centro de la mesa y abrirlo. Recorrió con la vista su contenido.

–Mételas tú; son tuyas –repuso ella con petulancia.

Como siempre, había pronunciado su apellido como si le causara mal sabor de boca. Había visto el de él escrito en mayúsculas en el sobre, que asumió de inmediato que procedía de una mujer.

Los ojos de él se oscurecieron y metió la nota en el bolsillo del pantalón.

–Si quieres tus cosas, tráelas, señorita Stapely. Yo no soy tu lacayo. Y si vas a dedicarte a explorar, ten cuidado. Esta es la única estancia habitable de la planta baja. La estoy renovando cuarto por cuarto, pero no es fácil.

–Quiero irme a casa, Luke –repuso ella.

El hombre metió el resto las bolsas en la cocina y cerró la pesada puerta de roble. La miró pensativo.

–Encenderé el fuego –dijo. Se acercó a la leña–. Hay cerillas en el cajón inferior del aparador.

El modo imperioso en que le tendió la mano reforzó la sensación de injusticia de ella.

–Te he dicho que quiero irme a casa –repitió.

–Creía que te habían echado de allí –murmuró él.

Se acuclilló ante el fuego y se arremangó la chaqueta. Emily no pudo evitar mirar sus antebrazos desnudos.

–¿O ha sido un puro gesto teatral? ¿Pensabas volver dentro de un par de días y pedirle perdón a papá? Estoy seguro de que hasta Gavin te parecerá aceptable en cuanto haya comprendido su error.

Volvió la cabeza y la miró con desprecio.

–Antes me casaría… –buscó el peor destino que pudiera ocurrírsele– contigo que con Gavin –terminó.

–Eso sí sería una buena noticia para tu familia –sonrió él–. ¿Ha sido una proposición?

–No seas estúpido –repuso ella, sin saber qué decir–. ¿Dónde están las cerillas? –preguntó, más para salir del paso que por deseo de ayudarlo.

–En el cajón inferior del aparador. Gracias –retuvo innecesariamente la mano de ella al agarrar la caja y le acarició la muñeca con el pulgar.

Emily lo miró a los ojos sorprendida. Una chispa eléctrica bajó por su cuerpo. El contacto terminó y la corriente se cortó, pero no así el efecto placentero posterior. Se sentó en un sillón sintiéndose incapaz de seguir más rato en pie.

–¿Por qué exactamente nos odias tanto?

Luke esperó a encender el fuego antes de volverse.

–¿Nos? –preguntó.

Emily respiró hondo; había sacado el tema tabú y tenía intención de llegar hasta el final. Ya no era una niña a la que pudieran distraer con una sonrisa.

–Sabes exactamente a lo que me refiero –dijo con impaciencia–. ¿Qué pecado en particular hemos cometido los Stapely?

Se lo había preguntado toda su vida. Lo que sentía él no era una antipatía normal, sino algo mucho más complejo. Su desprecio ocultaba algo que ella deseaba descubrir.

–¿Estás intentando decirme que no lo sabes? –preguntó él con incredulidad.

–Sé que tu madre fue repudiada por su madre adoptiva y que huyó porque… –se sintió repentinamente avergonzada. Hablaban de aquello como si los protagonistas fueran los personajes de alguna novela.

–Estaba embarazada de mí –terminó Luke con una sonrisa cínica–. Puedes decirlo sin problemas. Mi madre nos alimentó a ambos hasta que yo tuve diez años. No te aburriré con los detalles de una vida que a tus ojos parecería muy pobre. Entonces, descubrió que padecía una enfermedad que, probablemente me dejaría huérfano muy pronto.

Emily lo escuchaba con atención. Sus ojos se oscurecieron al pensar en el problema de aquella mujer desconocida y una parte de ella se preguntó si ella habría sido capaz de criar a un niño sola.

–Así que se tragó su orgullo y decidió recurrir a su familia. Su madre adoptiva había muerto ya, dejándoselo todo a tu padre con la condición de que se ocupara de su nieto en el caso de que mi madre muriera. Charlie le hizo notar que no había muerto todavía.

Miró con dureza la expresión horrorizada de la joven, que comprendió en ese momento todo su odio y rabia. El desprecio de Luke adquirió una nueva dimensión. ¿Había sido una estúpida al no averiguar antes la verdad?

–No entraré en los detalles de lo mucho que sufrió –dijo él con voz inexpresiva–. Era una mujer fuerte, pero yo la vi hacerse cada vez más frágil y débil. Era impotente para ayudarla. ¿Te parece raro que me jurara entonces que algún día me vengaría?

–Eras un niño –protestó ella con voz ronca.

–La infancia es un concepto moderno. Los niños son capaces de grandes pasiones, igual que algunos adultos son capaces de una apatía insípida –la miró con desprecio.

Emily no dudaba que su comentario pretendía ser personal, pero estaba demasiado afectada por sus revelaciones para dejarse turbar por él.

–¿Me estás utilizando?

No podía evitar pensar que hacía todo aquello en beneficio propio. Por otra parte, él no podía haber previsto la escena del invernadero. No, se había limitado a aprovechar la oportunidad que le brindaba el destino.

Luke la miró con burla.

–Creía que ya habíamos acordado que esto era un acuerdo beneficioso para los dos. Tú lo sabías, así que, ¿por que te muestras ahora horrorizada?

–Yo no he accedido a nada. Me has obligado. Además, eso fue antes de… –empezó a decir.

Lo que decía él era cierto, pero entonces no había tenido el mismo significado. No había anticipado la intensidad de su odio ni sabía hasta qué punto estaba dispuesto a llevar su cruzada. Se estremeció, consciente del frío de la estancia, que parecía surgir de las paredes de piedra.

–¿Antes de que echaras un vistazo al mundo real?

–Nada de esto me parece muy real –dijo ella con cansancio–. Yo no te pedí que me trajeras aquí. Tú no me has hecho ningún caso

desde el comienzo. ¿Qué te ocurre? ¿Por qué no puedes enterrar el pasado?

–¿Como a mi madre?

–Antes dijiste que mi padre mató a tu madre. Pero no fue así.

No sentía necesidad de defender a su padre, pero la injusticia de aquella acusación seguía doliéndole.

–Ella ya no podía cuidar de mí –repuso él con voz fría–. Charlie dejó muy claro que cumpliría con sus obligaciones literalmente. ¿Te imaginas la desesperación que debió de sentir para tirarse ante aquel autobús? Lo hizo por mí, Emmy, para que pudiera tener una casa, comida, seguridad, todo lo cual no te ha faltado nunca a ti.

La joven lo miró sorprendida.

–¿Por eso has decidido arruinar mi vida?

–Eso es muy melodramático, ¿no te parece? En especial, cuando lo único que he hecho ha sido ayudarte y cargar con una neurótica que espera que la sirvan.

–¿Qué? ¿Este es un caso de pecados de los padres que caen sobre los hijos? –replicó ella–. ¡Ojalá no me hubiera dejado convencer para tomar parte en esta farsa!

–Ya es hora de que decidas asumir la responsabilidad de tus actos, Emily. Tú deseabas salvar tu orgullo. Yo no he tenido que convencerte de nada. Siempre estás dispuesta a tomar el camino más fácil.

En aquel momento, comprendió que habría sido más fácil afrontar la indignidad de ser abandonada que pasar un segundo más en compañía de Luke.

–¿No era eso lo que hacía tu madre, pagar las consecuencias de sus actos? ¿O es el dinero lo que te molesta? ¿Que papá heredara el dinero que debía haber sido tuyo?

Luke le clavó los dedos en los brazos. Emily no había sido muy consciente de la acidez de sus comentarios. En realidad, el saber que su padre era capaz de un comportamiento tan frío y corrupto le producía deseos de llorar. Había atacado a la defensiva, pero sin elegir bien sus armas. Deseaba desesperadamente herirlo tanto como él a ella. Le mortificaba pensar que no era más que un peón en manos de dos hombres manipuladores.

–La idea de hacerte pagar los pecados de tu padre me parece cada vez más atractiva –dijo él con aire sombrío–. Tú eres su

favorita.

–Creo que entiendo tu punto de vista –repuso ella con voz temblorosa por la emoción–. Después de todo, tú pagaste los pecados de tu madre. ¿Por qué no la culpas a ella?

–Eres una perra –dijo él con lentitud–. Tienes menos escrúpulos de los que yo pensaba. Para algunas personas, es mucho más pecaminoso elegir marido con frialdad que entregarse sin reservas en un momento de pasión. Pero los Stapely prestáis mucha atención al pedigrí, ¿verdad? Mi madre os decepcionó, ¿pero qué se puede esperar de una perdida cuyos antepasados no descienden de Guillermo el Conquistador?

Emily, mareada, era incapaz de apartar la vista de la mirada despreciativa de él. Deseaba negar con fuerza sus acusaciones. No había elegido a Gavin con frialdad. Puede que no sintiera un amor ciego por él, pero, después del trauma que le produjo superar un enamoramiento a los dieciséis años, había dejado de confiar en su instinto y huido de los experimentos emocionales.

Al final había decidido que, o bien no era capaz de grandes pasiones o se había exagerado mucho el amor en los libros.

–Creo que estás hablando de sexo –musitó, consciente de que algunas de las acusaciones de Luke podían parecer justificadas. ¿Qué tenía de malo buscar amistad, intereses comunes y compatibilidades en el matrimonio? Sería algo más perdurable que una explosión química producto de una locura temporal.

–Las dos cosas no deben mezclarse nunca, ¿eh, Emily? –preguntó él con voz acariciadora.

La joven lo miró y sintió el impulso de apoyarse contra él.

–Ahora irás a decirme que eres un romántico –replicó.

Los ojos de Luke la miraron con intensidad antes de posarse en su garganta.

–¡No! –protestó ella, asustada.

No quería saber lo que le estaba ocurriendo; se sentía sin fuerzas para combatir aquella extraña sensación. Era muy consciente de su cuerpo, del modo en que le latía el pulso, del contacto de su camisa sobre sus pechos, del dolor sordo de su vientre y de una vaga mezcla de miedo e impaciencia.

Luke lanzó un gemido y la besó. Fue un beso duro y hambriento; Emily respondió con una intensidad inusitada; lanzó un grito y le

rodeó la cintura con los brazos al tiempo que se aplastaba contra él.

Cuando él se apartó, tardó unos segundos en poder reaccionar. Entonces, sintió una profunda humillación. Su propia debilidad la abrumaba.

Había creído que podía controlar la sensualidad de Luke, pero no era así. Y eso que él ni siquiera había intentado seducirla con ternura. Pero lo más humillante era pensar que había sido él el que detuviera el abrazo y no ella.

Miró a los ojos a la persona que podía jugar de aquel modo con su fuerza de voluntad.

–Creo que has mencionado el sexo –dijo él con lentitud–. Ya sé que no ha sido muy educado, pero me parece que has entendido mi significado.

La expresión fría y analítica de su rostro hizo que algo se rebelara en el interior de ella. Se preguntó con desesperación cómo podía haber reaccionado de aquel modo. Cada vez resultaba más palpable que su presencia allí era un error, aunque no había mucho que pudiera hacer al respecto.

–¿Por qué has hecho eso? –preguntó con voz acusadora y temblorosa.

Luke se encogió de hombros.

–Tú lo deseabas –anunció con aire casual–. No pensarás que te he besado por ser hija de tu padre, ¿verdad? –preguntó con voz extrañamente airada–. Siempre ha sido igual. Miras con esos ojos y uno tiene la impresión de haberte herido mortalmente. Con esos ojos, conseguías que uno olvidara que tú eras la niña que lo tenía todo, incluida una sensación innata de superioridad y la convicción de que conseguirías todo lo que quisieras sin levantar un dedo. Tu papaíto se encargaría de ello. ¿Por eso te duele tanto que te engañara Gavin? ¿No puedes creer que haya alguien que no actúe según tus planes?

La joven lo miró con furia. Ni siquiera se molestó en defenderse; su infancia no había sido una bendición precisamente y, si había sentido algún tipo de afinidad con Luke, probablemente se debió a que él era la única persona que la trataba como si no fuera el equivalente humano de la comida rápida: algo destinado a proporcionar un placer inmediato en las ocasiones en que se quería exhibirla y a la que luego se ignoraba.

Pero había algo que no encajaba. Por un momento, había parecido que él la deseaba, aunque al minuto siguiente se comportara como si le diera asco. ¿Podían los hombres fingir de un modo tan completo?

–Si vuelves a tocarme, te arrepentirás –dijo con rabia.

–Quizá solo quería jugar con el pragmatismo de tu mente. El sexo puede hacer eso –soltó una risita burlona–. Vaya, veo que te ruborizas virginalmente. ¿A Gavin le gustaba que te hicieras la ingenua? No sé por qué te enfadas tanto, pequeña, ¿o solo te dejas tocar por los hombres que tienen intenciones serias?

–Si tanto te molestan mis antepasados, no veo qué puede importarte a ti mi vida sexual –repuso ella. Maldijo en silencio al destino que la hacía desear a un hombre que no podía ser para ella. Acababa de descubrir lo que se había perdido y hubiera preferido que no fuera así.

–Estamos solos en un lugar alejado… –dijo él con tono reflexivo–. Es fácil que un hombre olvide sus propósitos y aproveche ciertas oportunidades.

Emily estaba segura de que se trataba de un farol, pero aun así… ¿intentaría aprovecharse de ella solo para vengarse? Una sensación de alarma recorrió sus venas. Lo miró a través del velo de sus largas pestañas y la autocomplacencia de él casi la hizo gritar.

No era mejor que su padre. No, en realidad, era mucho peor. Y tenía además el poder de anular su voluntad solo con un beso. Se estremeció.

–¿Quieres asustarme? –preguntó con toda la calma de que fue capaz–. Porque si es así, ahórratelo. Después de todo, puede que consigas engañar a la gente que tiene la suerte de no conocerte, pero yo te conozco y nunca me has gustado –dijo con voz temblorosa–. ¡Siempre tan superior a todo el mundo! Por supuesto, mi padre es despreciable. No soy tonta y eso puedo aceptarlo. Pero es mi padre. Tú miras a la gente con superioridad y luego la manipulas igual que él. Sois los dos iguales.

En la estancia se formó un silencio opresivo.

–¿Conocía Gavin tu temperamento? –preguntó él al fin–. Quizá por eso te seguía la corriente, por miedo a tu lengua afilada.

–Gavin jamás hizo nada que… –empezó a decir ella.

–¿Excepto acostarse con tu hermana? –se encogió de hombros–.

Pero todo queda en familia, ¿verdad? Me resulta raro que te moleste tanto mi pecadillo. Después de todo, unas cuantas verdades y un par de besos no es tan grave como acostarse con la hermana de tu prometida.

Echó la cabeza hacia atrás y la miró sin parpadear. Emily sintió un sudor frío en la espalda al pensar que había conseguido olvidar con tanta facilidad al hombre con el que solo un día antes estaba dispuesta a compartir su vida.

–Pero esas cosas son relativas –continuó él con voz aterciopelada.

–Quiero irme a casa –repitió ella.

–¿A qué casa? –preguntó él.

–Eso te alegra, ¿verdad? A decir verdad, también estoy sin empleo. Gavin iba a ser trasladado a París, así que rehusé el trabajo de profesora que me ofrecieron. Supongo que eso te hará muy feliz. Se me acaba de ocurrir que ahora que me han repudiado, no tiene mucho sentido que me quede aquí. Ya no puedes utilizarme para hacer daño.

–A lo mejor yo te quiero aquí –repuso él.

–¿Y arriesgarte a ser contaminado por una Stapely? –repuso ella con voz ronca–. Yo no seré un cordero de sacrificio, Luke –le advirtió.

–¿Qué es lo que quieres sacrificar? ¿Tu cuerpo? Ya rechacé esa oferta en una ocasión –le recordó él con crueldad–. Estoy seguro de que todo este estrés emocional te habrá agotado –le lanzó un saco de dormir que ella atrapó al vuelo–. Solo tengo un dormitorio habitable. No me mires así. En el cuarto de vestir hay una cama plegable justo de tu tamaño.

El recuerdo de su indiscreción juvenil la había hecho enrojecer. Su comportamiento en aquella ocasión no había sido nada sutil; aquel verano, su imaginación se apoderó de ella hasta el punto de que llegó a convencerse de que sus sentimientos eran correspondidos. Bajó los ojos para ocultar hasta qué punto la mortificaba todavía aquel recuerdo.

–¿Dónde? –preguntó.

–En el piso de arriba; el baño está a la izquierda.

La observó subir las escaleras con la espalda tensa y el pelo caído sobre el rostro. Cuando la perdió de vista, suspiró con

cansancio. Abrió un armario, sacó una botella de whisky de malta y se preparó un vaso. Lo bebió de un trago, hizo una mueca y miró de nuevo la escalera con expresión de disgusto.

Capítulo 4

CUANDO Emily terminó de hacer la cama, apenas podía mantener los ojos abiertos. No se molestó en sacar un camisón de su pequeña bolsa de viaje, sino que se metió en el saco vestida solo con unas braguitas y se quedó dormida al instante.

Tuvo una pesadilla y se despertó gritando. El sueño desapareció al instante, dejando solo un miedo profundo. De niña y adolescente se había despertado muchas veces de aquel modo, pero hacía tiempo que no le ocurría. Su cuerpo se estremecía de modo espasmódico.

Se sentó, con la piel cubierta por un sudor frío, y buscó una luz en la oscuridad. Su mano tocó algo cálido, humano; lanzó otro grito y una luz tenue iluminó la estancia.

–Tranquilízate –Luke se inclinó sobre ella.

Parecía enfadado, probablemente porque lo había despertado. Recordó de repente los detalles de su pesadilla. Luke le hacía el amor a la mujer rubia y ella no podía moverse del umbral, aunque sus fantasías juveniles se hacían pedazos por momentos y el sonido de la risa de los otros dos no terminaba nunca. Se sentía profundamente traicionada y humillada. Su subconsciente le había traído a la memoria el pasado. Hubiera sido fácil ignorar un enamoramiento de adolescente, pero no el dolor y la humillación que aquel fantasma del pasado conseguía suscitar en ella después de tanto tiempo. La pasión, el deseo obsesivo, habían decaído con los años, dejando tras de sí un antagonismo hacia Luke. No creía que se hubiera permitido a sí misma sentir nada con tal intensidad desde entonces.

Luchó por recuperar la compostura. Luke se sentó en la cama y esta crujió. Emily abrió los ojos.

–Siento haberte despertado.

Su voz sonaba ronca; el esfuerzo por parecer normal le producía un dolor físico. Quería que él se marchara y la dejara entregarse a su pena; no podía hacerlo delante de él. Era muy importante que él

no viera su dolor y utilizara su debilidad para burlarse de ella.

El hombre frunció el ceño.

–¡Por el amor de Dios, deja de portarte así y suelta lo que llevas dentro!

La tomó por los hombros y la atrajo hacia sí. Emily se quedó demasiado sorprendida para protestar. El gesto de él no era muy tierno, pero bastó para que diera rienda suelta a sus sentimientos. Luke la dejó sollozar largo rato.

La joven presintió que la tolerancia de él estaba a punto de terminar y luchó por apartarse, ya que en ese momento se dio cuenta de otros detalles: estaba desnuda de cintura para arriba y sus pechos se apretaban contra el torso de él. La sensación fue de repente tan intensa que no podía creer que hubiera tardado tanto en darse cuenta.

Se apartó con un gemido de desmayo. Su movimiento rompió el contacto físico, pero comprendió demasiado tarde que ahora él podía verla mejor. Su mirada azul bajó de su rostro a sus senos y su respiración se hizo jadeante. Parecía transfigurado por lo que veía; sus ojos siguieron el rastro azul de las pequeñas venas que se veían a través de la piel. Su expresión se volvió feroz.

Emily se quedó paralizada por su mirada silenciosa. Luke solo llevaba una bata negra atada a la cintura. Bajó involuntariamente la vista hasta las piernas de él, bronceadas y cubiertas de vello oscuro.

Subió de nuevo los ojos, confusa, intentando analizar las sensaciones que todo aquello despertaba en su cuerpo. Los ojos brillantes de él la hicieron ser consciente de su profunda sensualidad.

Su mente era un laberinto desordenado de impresiones e ideas a medio formar; anhelaba quedarse a solas para poder analizar todo aquello.

–No merece que sueñes con él –dijo Luke con voz tensa.

–¿Él? –lo miró sin comprender, hasta que se dio cuenta de que se refería a Gavin. Agarró el saco de dormir y lo subió hasta la barbilla. Se acurrucó en él.

–Solo era una pesadilla –dijo con voz ronca.

–¿Era una pesadilla muy mala?

Su tono suave de voz consiguió que se relajara un poco. Se recordó que a él no le importaba en realidad, que era un hombre

que carecía de compasión y humanidad. La estaba utilizando, lo cual quizá no fuera tan malo, ya que ella también podía hacer lo mismo. Lo que no era normal era sentir aquel interés erótico por él. Debía evitar a toda costa volver a caer en su obsesión de adolescente.

–No lo sé. Nunca me acuerdo. Solo me queda una sensación de miedo, pero ya estoy bien –soltó una risita nerviosa.

–Parece que tengas fiebre.

Emily lo miró a los ojos; él le devolvió la mirada y ella empezó a sentirse paranoica. ¿Conocía él la atracción irracional que intentaba racionalizar?

–Hace calor –repuso de mala gana, tratando de ocultar el impacto que le producía su presencia.

Luke siguió mirándola en silencio con ojos brillantes que ella encontraba muy perturbadores. Tuvo la sensación de que podía leerle el pensamiento.

El hombre se desperezó con calma y su movimiento hizo que la bata se abriera aún más, dejando al descubierto un vientre musculoso. Emily miró su cuerpo mortificada y se preguntó qué le estaba ocurriendo. Cerró los ojos y se esforzó por controlar sus sensaciones.

–Debes de estar cansado. Siento haberte molestado, pero ya estoy bien –dijo con cortesía, deseosa de quedarse a solas.

–Para mí no sería ninguna molestia quedarme –repuso él tras una corta pausa.

La joven abrió los ojos sobresaltada. El significado de su oferta resultaba muy obvio. Sus ojos expresaban burla y una especie de calor que ella optó por ignorar.

Sabía muy bien el efecto que su presencia producía en ella y probablemente se estaba divirtiendo a su costa. Sería una idiotez no pensar que estaba acostumbrado a aprovechar su atractivo en beneficio propio.

–No creo que ni siquiera tú pudieras llevar una broma tan lejos –contestó–. Además, te respeto demasiado para utilizarte como sustituto –insinuó con ironía.

Lo miró desafiante.

–¿La muerte antes que la deshonra? –sugirió él con suavidad–. ¿O lo llamamos mejor frustración?

–Estoy demasiado cansada para jugar a las adivinanzas –repuso ella.

–Solo te estaba ofreciendo el consuelo de mi presencia por si volvía tu pesadilla.

–Tendría que estar mucho peor de lo que estoy para aceptar consuelo de alguien incapaz de distinguir entre el afecto y la lujuria –replicó ella, furiosa a partes iguales consigo misma, por desearlo en el peor momento posible, y con él, por disfrutar de la situación y no molestarse en ocultarlo.

–Al menos yo nunca he estado dispuesto a construir un matrimonio basado solo en afecto –repuso él con un asomo de desprecio.

Emily palideció y sus dedos soltaron el saco de dormir.

–¿Cómo te atreves?

–Muy sencillo –tendió una mano para tapar sus pechos descubiertos a medias–. No deberías mostrar la mercancía si no está a la venta –le aconsejó.

–Ahora que estoy aquí, y te aseguro que es una situación temporal, me gustaría aclarar que este arreglo es solo por pura conveniencia.

Luke sonrió.

–¿En serio?

–Si crees que no me repugnaría acostarme contigo, es que estás más pagado de ti mismo de lo que imaginaba.

–¿En serio? –repitió él con sorna.

Emily se sintió muy culpable de repente. Había salido con Gavin durante más de ocho meses y nunca había tenido problemas en resistir los intentos de él de convertirla en su amante. Él pareció inclinado a considerar una tontería su deseo de esperar a los votos matrimoniales, pero ella pensó que, si podía controlarse, también podía hacerlo él. Imaginaba que su relación se basaba en algo más que una simple atracción física pasajera, pero en las últimas horas había descubierto la falsedad de muchas de las cosas que creía.

En ese momento, estaba experimentando una rebelión hormonal debida a sus años de abstinencia y tenía que ser precisamente con Luke. Se imaginaba bien el cinismo con que se reiría él si llegaba a sospechar lo pobre que había sido su vida sexual. Solo pensarlo la horrorizó; no, tenía que preservar la poca dignidad que le quedaba,

al menos delante de él. Después de todo, no podía ser tan difícil superar una atracción juvenil. Ya lo había conseguido en una ocasión y ella no era el tipo de persona víctima de sus apetitos. Más importante aún, ya no era una adolescente deslumbrada, sino una mujer madura y sensata.

Su satisfacción ante esa conclusión fue más bien ambigua. Su cuerpo se sentía demasiado vivo y excitado para no experimentar una frustración que ella se negaba a reconocer.

–Me doy cuenta de que soy un cuerpo conveniente –dijo con sequedad–, pero hace falta algo más que esta soledad para que busque solaz en tus brazos.

Luke la escuchó con aparente interés.

–Pues hace unos momentos no pensabas lo mismo, pequeña. Y no es que me importe especialmente que me miren como a un objeto sexual… –la vio ruborizarse e hizo una mueca burlona.

Emily trataba desesperadamente de ignorar la verdad que contenía el comentario de él.

–Tienes una imaginación muy retorcida –dijo.

El hombre se levantó de la cama.

–Espero que Gavin esté encontrando consuelo en este momento en los brazos de la encantadora Charlotte –dijo–. Si te gustan las muñecas Barbie, ella debe de ser el ser ideal. Yo solo te estaba ofreciendo la oportunidad de encontrar el mismo consuelo.

–Es muy caballeroso por tu parte, pero no puedo aprovecharme de tu innata bondad –replicó ella con ironía.

El hombre la miró a los ojos.

–Una cosa más, Emily. Sugiero que te pongas algo, por si sufres otra pesadilla. Yo en tu lugar no confiaría tanto en mi bondad innata –dijo antes de salir.

Emily se sentó en la cama, asaltada por un torrente de dudas. Las últimas palabras de él conllevaban un toque de advertencia. En aquel terrible asunto, se había convertido de repente en el símbolo de una victoria y empezaba a comprender los peligros inherentes a esa posición.

Tal vez hubiera superado sus caprichos infantiles, pero sabía que no debía menospreciar una pasión juvenil. Tener que afrontar el absurdo de sus fantasías había sido la experiencia más dolorosa de su vida. ¿Pero en qué estaba pensando? El peor día de su vida era

aquel. ¿Cómo podía comparar una humillación sufrida cuatro años atrás con la traición de las dos personas más cercanas a ella?

Sin duda, su reacción ante Luke estaba relacionada con los recientes descubrimientos que habían perturbado su vida. Rechazó con firmeza cualquier otra explicación y, consolada por esa conclusión, intentó volver a dormirse, pero no antes de sacar un camisón de la bolsa de viaje que había preparado con tanta prisa. No obstante, admitió para sí que, si Luke había hablado en serio al sugerir que pasaran la noche juntos y ella hubiera estado lo bastante loca para aceptar, probablemente no se habría molestado en pensar mucho en Gavin. Abrió los ojos en la oscuridad. La verdad es que la afectaba más un disgusto de años atrás que la reciente ruptura con su prometido.

Cerró los ojos y comenzó a compadecerse por las traiciones de que era objeto.

–Té y tostadas.

Emily parpadeó, adormilada todavía. Luke se acercó a ella con una bandeja en la mano. La joven se aseguró de que los tirantes del camisón estaban en su sitio y se sentó en la cama.

El hombre le puso la bandeja sobre las rodillas.

–No he envenenado nada –le aseguró, al ver que miraba la bandeja con desconfianza.

Tomó el montón de ropa que ella había colocado en una silla y la dejó en el suelo. Luego, acercó la silla y se sentó a horcajadas sobre ella. Miró a la joven con curiosidad.

–Gracias –dijo esta.

–Es muy amable por mi parte, ¿verdad? –preguntó él con un guiño complaciente.

Emily frunció el ceño.

–Me gustaría desayunar sin espectadores.

Sería una acción amable si no tomaba en cuenta que se hallaba allí contra su voluntad. Aunque, cuanto menos pensara en lo ocurrido desde su llegada, mejor para ella; en cuanto a las revelaciones de la parte que había jugado su padre en la muerte de la madre de ella… suspiró y tomó un sorbo de té. Cualquier muestra de amistad había que tomarlo por lo que era: un medio de

perpetuar su venganza.

–¿Siempre te despiertas de tan mal humor? –preguntó él–. ¿O depende de cómo te duermes? Puedo recomendarte un tratamiento eficaz para la frustración.

Aquella referencia casual, y lo que implicaba, le hizo perder la compostura. Notó una mancha de humedad en el centro de la camiseta de él y tragó saliva.

–De no ser por ti, estaría en la cama de un hotel y no en esta cosa –dijo–. Eres directamente responsable de que haya dormido mal.

–Pues tú me has hecho lo mismo a mí y eso que mi cama es mucho más cómoda.

Emily decidió que aquello era ultrajante. Trató de hablar, pero ningún sonido salió de su boca.

–¿No vas a comer después de las molestias que me he tomado?

–¿De dónde has sacado la comida?

–Una amiga tiene la gentileza de buscarme provisiones cuando se entera de que voy a venir.

–Muy amable –observó ella con sequedad–. La nota de la mesa…

–Era de Beth. Una chica muy simpática –musitó él.

La joven se preguntó si aquella joya le llevaría también el desayuno a la cama.

–Ya que te interesa tanto, me hubiera gustado que la conocieras, pero se ha ido a Londres.

–Una tragedia –murmuró ella con sequedad.

–Supongo que estarás encantada de tenerme para ti sola.

La joven lo miró de hito en hito.

–Yo no quiero nada contigo; lo único que deseo es salir de aquí –le informó con un gruñido de furia. Parece que no te tomas esto en serio.

–Al contrario, Emmy; me lo tomo muy en serio. Tú, sin embargo, no pareces apreciar el honor de estar aquí. Nunca traigo mujeres aquí.

–Aunque no dudo que habrá muchas candidatas –replicó ella con amargura.

–¿Detecto cierta envidia, pequeña?

Emily se ruborizó y respiró hondo.

–Más bien compasión. Los últimos cuatro años que he pasado sin

verte han sido una bendición.

Olvidó mencionar las veces del primer año en que buscaba atentamente las noticias que pudieran estar relacionadas con él o se pegaba al televisor para escuchar sus informaciones sobre los refugiados kurdos.

–Sí, ya me fijé ayer en lo feliz que eras. Una pena que tuviera que aparecer yo para destruir tanta dicha.

La joven apartó el rostro.

–Supongo que lo dices por si había olvidado el lío que hay en este momento en mi vida.

–Emily, dime una cosa, ¿has pensado hoy alguna vez en Gavin?

La joven lo miró sorprendida.

–Desde luego que sí –los dos sabían que mentía, pero era importante mantener la ficción, retrasar el momento en que tuviera que afrontar las cosas que estaba evitando–. De todos modos, dudo mucho que al tipo de mujeres con el que sales les apetezca venir a un lugar donde no hay ninguna posibilidad de que os sorprenda un fotógrafo –dijo con sarcasmo–. Seguro que están contigo para avanzar en su profesión. En cualquier caso, no sabía que tuvieras la obsesión de comprar casas. ¿Para qué necesitas cuatro?

–A lo mejor odio los hoteles; o quizá es una reacción a los días en que no tenía un techo.

Aquella declaración la dejó confusa, y bajó la guardia un momento.

–No comprendo, Luke. ¿Cuándo estuviste tú sin techo?

El rostro de él se quedó inmóvil, hermoso pero sin vida, casi como una estatua, pero sus ojos mantenían una mirada intensa.

–Cuando ella murió, me metieron en una institución –dijo con brusquedad, sin apartar la vista de ella. La compasión que leyó en los ojos de la joven provocó una mueca de enfado en él.

Emily bajó los ojos, herida por el rechazo de su compasión instintiva. Parpadeó para reprimir las lágrimas y se preguntó si eran producto de la lástima o de un interés genuino por aquel hombre intenso e independiente. Si se trataba de lo último, debía andarse con mucho cuidado.

–Me marché antes de que localizaran a tus padres. Llevaba un año en la calle cuando me encontraron y me entregaron al seno amoroso de tu familia.

Emily digirió aquella información, horrorizada por los detalles nefastos que estaba segura se ocultaban tras ella. Eso explicaba la truculencia que recordaba en él. ¿El desafío y la calculada indiferencia con la que conseguía exasperar a los adultos de la familia eran producto de sus traumas anteriores y no solo de su personalidad rebelde?

Para el mundo seguro de clase media alta que ella conocía, él era una amenaza, alguien que no aceptaba el concepto de autoridad que a ella nunca se le había ocurrido poner en duda. Se preguntó qué tal le habría ido en la escuela, pero al menos en aquel campo poseía una inteligencia que, sin duda, podía disculpar su actitud inconformista.

–¿Por qué te escapaste? –preguntó.

–Quizá porque no me gusta la autoridad –se encogió de hombros–. No me apetecía ser analizado por un grupo de bienintencionados burócratas.

–Pero solo querían ayudarte. Ellos forman una red de seguridad para los chicos como tú.

–Yo era yo mismo, Emily. Prefería, y sigo haciéndolo, arreglar mis problemas a mi modo. No puedo decir que recuerde con afecto aquella época de mi vida, pero me enseñó cosas. Aprendí a confiar en mí mismo.

–¿Entonces no necesitas a nadie? Nunca dejaste que nadie se te acercara.

No había nada de compromiso en él. Siempre había sabido que vivía a su aire y que no hacía concesiones. La enfurecía pensarlo.

–¿Te refieres a cuando entré en tu familia? –hizo una mueca de desprecio–. ¿Crees que lo intentaron mucho? –preguntó con dureza–. Posiblemente me habrían perdonado el ser quien era si les hubiera agradecido las migajas que me daban. La realidad es que desde el principio lanzaron el mensaje sutil de que Luke jamás haría nada de provecho, un mensaje subliminal que estaba presente en todas sus miradas y palabras. Tenían que ocuparse de mí, claro, aunque solo fuera porque encajaba con la imagen altruista que tu padre se había hecho de sí mismo. Algo similar a lo que hace cuando da dinero a organismos benéficos y siempre se las arregla para que salga en la prensa –dijo con sorna.

A Emily no se le había ocurrido nunca considerarlo una víctima;

él era alguien que podía hacer lo que quisiera y siempre tenía éxito. Había envidiado su libertad. Lo había visto como el rival de su hermano, la espina clavada en el corazón de sus padres, pero nunca había mirado las cosas desde su punto de vista.

–Lo siento –musitó.

–¿Por qué, Emily? ¿Por tener un poni, un chófer y todo lo que pedías?

–El síndrome de niña mimada, lo sé –repuso ella con rabia–. ¿Tengo que sufrir algún tipo de degradación antes de ser considerada una persona aceptable por ti? Yo hubiera creído que estar aquí contigo sería ya degradación suficiente –en su agitación, tiró la bandeja al suelo y, entonces, sin previo aviso, comenzó a llorar en silencio.

Luke la miró de hito en hito. Negó con la cabeza.

–No tienes ni idea de lo que dices.

Emily le devolvió la mirada entre lágrimas e ignoró la furia que expresaban sus ojos.

–No soy tan tonta, Luke. Mi problema fue como un don para ti, ¿verdad? –lo acusó–. Mi único error fue no comprender lo poco que te importo como persona y hasta dónde estás dispuesto a llegar con tal de vengarte. Serías incluso capaz de hacerme el amor, ¿verdad? Aunque «amor» no sería la palabra apropiada en ese caso.

Guardó silencio un instante.

–¿Qué pensabas hacer? –continuó–. ¿Cerrar los ojos? Un gran sacrificio; seguro que tu madre se habría sentido orgullosa. Pero tu contacto me da escalofríos así que te sugiero que busques otro método de vengarte porque te aseguro que yo no voy a cooperar.

Luke se acercó a ella y le tomó la cabeza entre las manos. Estaba furioso y la fuerza de sus dedos la obligó a ponerse de rodillas.

–Adelante –prosiguió ella–. Ódiame también a mí por asociación. Al menos eso es sincero, en lugar de fingir…

–¿Fingir qué?

–Fingir que me encuentras atractiva –escupió ella–. No soy tan tonta, ¿sabes? Y resulta muy humillante que todo el mundo me utilice; me hace sentir sucia.

–Eres una embustera –musitó él–. No es eso lo que sientes cuando te toco.

Sus palabras la golpearon con intensidad. Cerró los ojos al

tiempo que los labios de él buscaban su boca. La respiración de él resonaba en sus oídos y oyó un gemido ronco cuando abrió la boca para dejar paso a la lengua de él. Aquel sonido, unido al beso, hicieron que se le doblaran las rodillas. Cayó con ella sobre la cama y allí yacieron muslo con muslo, pecho con pecho… corazón con corazón.

El deseo, en forma de hambre terrible, dominaba todo lo demás. Había encontrado una necesidad complementaria en la virilidad de él. Musitó una serie de súplicas inaudibles, apenas consciente de que lo hacía. La lengua de él invadía su boca al tiempo que sus manos recorrían el cuerpo de ella produciéndole una sensación intensa.

–¿Sucia, Emily? –susurró con voz ronca y casi irreconocible. Se tumbó de lado y, tras pasarse las manos por el pelo revuelto, se levantó del diván–. Si vas a atacarme con la verdad, pequeña, cerciórate primero de que se trata de la verdad. Y por si te sirve de consuelo, no pienso contestar a tus acusaciones –terminó. Se inclinó y tomó un mechón de su pelo, que acarició entre sus dedos con expresión abstraída.

Emily sintió placer; todos sus nervios ansiaban su contacto. El impulso no tenía nada de consciente, era solo una respuesta al erotismo que seguía envolviéndola. Tomó la muñeca de él con las dos manos y besó su palma.

Luke echó la cabeza hacia atrás como si lo hubiera golpeado.

–¿Qué es esto, pequeña? ¿Se intercambian los papeles?

Emily había apartado ya las manos. Bajó la vista.

–Quería… –se mordió el labio inferior.

–Dentro de una o dos horas me acusarías de acostarme contigo para satisfacer mi insano deseo de venganza.

La joven levantó la vista.

–No puedes negar que te resultaría muy conveniente –¿había sido aquella su intención al llevarla allí?–. ¿Con cuánto tiempo sueles planear tus estrategias, Luke?

–Eres tan predecible que casi puedo leerte el pensamiento –repuso él con cinismo.

–¿Predecible? –gritó ella–. ¡El predecible eres tú! Estarías dispuesto a cualquier cosa con tal de hacer daño a mi padre –su rabia se vio reemplazada por la tristeza–. No te importa nada la

gente, ¿verdad?

Se encogió de hombros y se recordó que ella no tenía importancia para él. Si quería sobrevivir, debía odiar a Luke.

–Si eso fuera cierto, Emily, te habría poseído a los dieciséis años. Me mirabas como si estuvieras muerta de ganas de que te tocara –le recordó él–. Piensa en ello y procura recordar que tienes los ojos más expresivos que he visto en mi vida –dijo en voz baja. Luego, salió de la estancia.

Capítulo 5

¿HACIENDO algo útil?

Emily no respondió, sino que siguió mecanografiando lo escrito en el cuaderno. Había oído los pasos de Luke, pero no se volvió.

–No quiero que me acuses de abusar de tu hospitalidad –dijo con sorna sin levantar la vista. La verdad es que le ayudaba hacer algo que la distrajera de sus pensamientos–. ¿O no te gusta que nadie vea el embrión?

–Eso no me importa, pero tu tono de voz sí.

–Pretendía ofender –dijo ella, animosa.

Luke detuvo los dedos de la joven en el teclado.

–Yo no te lo aconsejo.

Emily levantó el rostro y lo miró con burla.

–Yo no te pedí venir aquí. Si no te gusta mi compañía, devuélveme a la civilización. He recorrido un par de kilómetros en todas las direcciones y solo he visto una oveja.

–Tienes mucha iniciativa, pequeña. Si te hubieras molestado en preguntar, te habría dicho que Beth es nuestra vecina más cercana y vive en el castillo del barrio… a unos doce kilómetros de aquí.

–Tú no estabas aquí para preguntarte –repuso la joven, deprimida por su información.

Se había vestido con lentitud y, cuando al fin bajó, descubrió que estaba sola en la casa.

–Me conmueve que me hayas echado de menos.

Se levantó y se volvió hacia él. Aun de pie, apenas si le llegaba hasta el hombro.

–No puedes mantenerme prisionera.

–Lo que no puedes hacer es dedicarte a pasear por aquí, Emmy. Esto no es Hyde Park. Es muy fácil perderse si no lo conoces.

La joven lanzó un gemido de frustración.

–Me conmueve tu interés, pero aún no has respondido a mi pregunta.

–¿Qué pregunta? Eres mi invitada, no mi prisionera y estarás

aquí hasta que decida llevarte a otra parte.
Emily lo miró con rabia.
–Eso es terrible. Estoy aquí contra mi voluntad, lo que quiere decir que soy prisionera, no invitada.
–Mi querida Emily –repuso él–, si tanto te preocupa eso, llama a tu casa y pide un equipo de rescate.
La joven lo miró con fijeza.
–¿El teléfono?
–¿Quieres que te describa lo que es?
–¿Tienes teléfono aquí? –preguntó ella con incredulidad.
–Para emergencias.
–¿Dónde?
–En el dormitorio. ¿No lo has visto? –se burló él.
Emily se ruborizó; había cruzado su cuarto con la vista baja. La presencia de la cama doble y de los efectos personales le recordaban demasiado a su dueño.
–Quiero llamar a papá; estará preocupado.
–Cuando quieras.
Emily frunció el ceño; la cooperación de él no auguraba nada bueno.
–¿Qué te propones? –preguntó.
–Intento atraerte a mi dormitorio y hacerte el amor.
–No digas tonterías –se esforzó por suprimir las imágenes eróticas que las palabras de él suscitaban en su cabeza.
–Tienes razón –asintió él, pensativo. Sonrió–. No creo que consiguiéramos llegar al final de las escaleras –terminó con tono insolente.
Emily tragó saliva, odiando la sensación de calor que recorrió sus venas. Se sentía tan indefensa como una polilla atraída por el destino inevitable de una llama.
–Tienes una elevada opinión de ti mismo, ¿verdad?
–Alguien más débil habría sucumbido a manos de los Stapely –comentó él.
–Tú nunca intentaste adaptarte a nosotros –lo acusó ella.
–Solo hago concesiones a las personas que me toman en cuenta.
Aquello no era nuevo para ella.
–¿Por qué me animas a llamar a papá? –observó la sonrisa de él y se preguntó cómo habría podido ser tan estúpida–. Quieres que te

haga el trabajo sucio. Si lo llamo y le digo que me has secuestrado…

–La respuesta sería muy gratificante.

Emily se quedó inmóvil.

–Eres tan vengativo que me das asco –subió las escaleras con una sensación de dolor.

Encontró el teléfono en la mesilla. Apartó la pila de libros que casi lo ocultaban a la vista y marcó el número de su padre. Lo menos que podía hacer era decirle que seguía viva. Aunque se había enfadado con él nunca había tenido una naturaleza vengativa.

–Emily, ¿eres tú? –oyó un suspiro de alivio al otro lado–. ¿Dónde diablos te has metido? ¿Estás con él?

–Estoy bien, papá. Solo necesitaba tiempo para pensar.

–¿Sola?

–He visto a Luke –repuso la joven con cautela.

Su padre lanzó una serie de maldiciones y ella esperó a que terminara.

–Vuelve a casa. No es necesario que te cases con Gavin. No tienes por qué casarte con nadie, vuelve a casa.

Emily tragó saliva. Era la primera vez que su padre le suplicaba algo.

–Eso no es posible en este momento –contestó.

Esperaba que la riñera como a una adolescente; era lo que solía hacer siempre. Comprendió que debía hallarse muy preocupado. Movió la cabeza para tratar de despejar la niebla emocional que le impedía pensar con claridad.

Levantó la mano que sostenía el auricular y se la pasó por la frente. Lanzó un grito de sorpresa al ver que le arrebataban el teléfono de la mano. Se volvió, pero Luke lo sostuvo fuera de su alcance y la mantuvo a distancia con la otra mano.

Después de una breve lucha, se encontró apretada contra él, con las manos entre su cuerpo y el de él. Siguió debatiéndose a pesar de saber que su esfuerzo era fútil.

–Me has hecho sangre, gatita –observó él, cuando al fin ella desistió de su intento.

–Me alegro –vio la marca roja en la mano de él–. Devuélvemelo.

Los ojos de Luke estaban fijos en sus labios, que temblaban por efecto de la emoción. Apartó la vista con esfuerzo.

–Cada cosa a su tiempo –musitó–. Charlie, ¿sigues ahí? Sigue ahí –le confirmó a Emily, quien le dio una patada en la espinilla. Hizo una mueca y volvió a hablar por el auricular–. Hay interferencias en la línea, lo siento. No debes preocuparte por Emily. Yo la cuidaré bien. Veo que te has hecho una impresión equivocada, Charlie –añadió después de una pausa–. Mis intenciones son perfectamente honorables, si es eso lo que te preocupa. Para ser sincero, hace algún tiempo que pienso que debería asentarme.

Emily lo miró con incredulidad. Luke suspiró.

–El gran hombre ha colgado –anunció, devolviendo el teléfono a su sitio–. ¿Le habrá molestado algo de lo que he dicho?

La joven se soltó de su mano.

–Espero que estés satisfecho –dijo con los brazos en jarras–. El gran manipulador se pone manos a la obra. Estoy impresionada.

–No ha sido nada –repuso él con sorna.

–Supongo que lo habías planeado hasta la última sílaba.

–Solo en líneas generales. He improvisado un poco –contestó él con una sonrisa de complacencia–. Y debo admitir que no me molesta el resultado. Me encanta oír tartamudear a Charlie. Es algo nuevo.

Emily se sonrojó.

–Eres la persona más despreciable y odiosa que he conocido nunca.

–Dime qué es lo que te ha molestado exactamente –dijo él con calma.

La joven lo miró con incredulidad.

–¿Cómo puedes preguntar eso?

–Bueno, para haberte criado en Charlcot, me sorprende lo ingenua que puedes llegar a ser. Yo solo he dicho la verdad.

–¿La verdad? Tú no sabes lo que es eso. Ha sido un embuste completo de principio a fin.

–Recuerdo haberte oído decir que preferirías casarte conmigo antes que con Gavin.

Emily hizo una mueca de desprecio.

–Muy típico de ti sacar las cosas de su contexto y distorsionarlas a tu gusto.

–Eso me hizo pensar que sería buena idea casarse con una Stapely –prosiguió él, como si no la hubiera oído–. Creo que sería la

solución perfecta para todos.

La joven se estremeció y lo miró pasmada. No podía ser cierto. Ni siquiera Luke podía ser tan obsesivo y poco realista.

–No opino lo mismo –soltó una risita débil–. Puede que sea ingenua, pero no tengo vocación de mártir. Jamás me casaría contigo.

–Pero pensabas casarte con Gavin.

–Quiero a…

–Es mentira y lo sabes –la interrumpió él.

Emily no consiguió negarlo; nunca había amado a Gavin, pero eso no implicaba que pensara tomar en cuenta aquella horrible proposición.

–Puede que hayas conseguido traerme aquí, Luke, pero no lograrías casarte conmigo contra mi voluntad. Es una locura.

No podía creer que hablara en serio; debía de ser una muestra más de su retorcido sentido del humor.

–Yo no te encuentro aburrida, Emmy –dijo él con tono reflexivo e íntimo–. Y en términos sexuales, creo que eres una de las mujeres más atractivas que existen. Podríamos sacar mucho placer mientras durara.

La joven dio un respingo. Su voz… solo su voz había conseguido casi embrujarla, pero el pragmatismo de su última frase le había hecho comprender la locura que sería ceder a los deseos de su cuerpo.

–Entonces, sería un matrimonio temporal –observó.

–La mayoría lo son –dijo él con dureza.

–Y supongo que otras aventuras, discretas por supuesto, estarían permitidas. Mira, aunque Gavin y yo no hubiéramos durado eternamente, él era un amante muy… satisfactorio –anunció con seriedad–. Estoy segura de que podríamos llegar a un acuerdo civilizado.

Luke apretó los dientes y la miró con furia.

–Mi esposa no necesitará otro amante.

Tenía que admitir que él era increíble. Algo en ella respondía intensamente a su fuerza y agresividad.

–Y a mí nunca podría satisfacerme un hombre solo.

Estaba jugando con fuego, pero valdría la pena. ¿Cómo se atrevía él a asumir que podía hacer con ella lo que quisiera, que

sería lo bastante estúpida para tomar parte en un plan propuesto por él?

El hombre se echó a reír.

–Tienes razón, Emily; no ha sido una proposición muy atractiva; te he molestado.

La había molestado e insultado.

–Hablas en serio, ¿verdad? Serías capaz de casarte conmigo solo porque es la forma de tortura más sofisticada que se te ocurre.

Luke achicó los ojos al ver la mueca de disgusto de ella.

–¿Qué otras razones podía haber?

–Supongo que será una pregunta puramente retórica –dijo ella con amargura.

El hombre sonrió y ella comprendió de inmediato que no iba a gustarle lo que estaba a punto de decir.

–Me pregunto qué diría papaíto si supiera que su preocupación por su preciosa niñita llega con cuatro años de retraso. ¿Qué pensaría papaíto si supiera que su niña se había metido en mi cama hace todos esos años y bajo su mismo techo? –la observó palidecer, pero su expresión no cambió–. Creo que, en comparación, eso sería más humillante que el hecho de que te cases ahora conmigo. ¿Tú qué opinas?

La joven abrió mucho los ojos, horrorizada.

–Nosotros no… yo no… –movió la cabeza–. Luke…

–Yo lo sé, pequeña, y tú también. Pero los dos sabemos también que tú pensaste en ello –hizo una pausa–. Es la misma pregunta de siempre: ¿el adulterio es menos adulterio cuando se da solo en la imaginación de dos personas?

–¿Dos? –repitió ella, confusa.

–No puedes imaginar que no sabía lo que estabas pensando, Emily –dijo con dureza–. Toda esa conspiración y deseo acaba por construir una extraña intimidad; aun sin palabras, tus intenciones resultaban muy claras. Puede que te sorprenda saber que yo también imaginé cosas.

¡Aquello era increíblemente horrible! Hasta aquel momento no había sabido que la mortificación pudiera resultar tan dañina. Era evidente que, en aquel momento, él no había podido soportar la idea de acostarse con una Stapely. Dada su eterna búsqueda de venganza, esa era la única explicación posible de su rechazo.

Lanzó un gemido. Jamás había superado su fijación juvenil. Seguía enamorada de Luke y el negarlo mil veces no cambiaría jamás ese hecho. Y él la odiaba lo suficiente para casarse con ella. La ironía de aquello la hizo reír.

–¿De verdad caerías tan bajo?

–Para luchar con el lodo, tienes que ponerte a su altura –dijo él–. Creo que será mejor que consideres mi propuesta. Debes reconocer que la idea tiene sus méritos.

–Me estás chantajeando, Luke.

–Cuando quiero algo, estoy dispuesto a llegar hasta el final.

–¿De verdad me odias tanto o simplemente te soy indiferente?

La curva de los labios de él prometía delicias sensuales, pero sus ojos eran amargamente irónicos.

–Pequeña –murmuró con suavidad–. Creo que tú eres vital para mis planes.

–Quieres decir que necesitas mi colaboración para tu venganza final –lo acusó ella.

–Creo que deberías considerar mi propuesta.

–Di más bien ultimátum.

Luke la miró.

–Eso no te lo discutiré.

Hizo un movimiento circular con la cabeza, frotándose el cuello como para relajarse. Tensó el cuerpo y Emily vio su cintura desnuda y el comienzo de la cicatriz que le cruzaba la espalda.

Se lamió los labios recordando la ocasión en que le preguntó por aquella herida y él le mostró la línea aún púrpura, producto de una operación reciente para quitarle trozos de metralla.

Luke creyó que la reacción de ella era de horror, cuando, en realidad, la evidencia física de su dolor no le produjo ninguna repulsión. Lo que le daba miedo era el saber lo cerca que había estado de la muerte. El hecho de que él hubiera sufrido la hizo sentirse impotente por no poder ayudarlo. De repente, volvió a tener dieciséis años y sus sensaciones se repitieron.

Cuando al fin levantó la vista, había perdido el hilo de la conversación. La expresión de él le sorprendió: sus ojos mostraban un deseo ciego y primitivo.

–Jamás cederé al chantaje –dijo–. Ya no tengo dieciséis años, Luke.

Se acercó a la ventana para huir de él, pero el hombre la siguió.

–Ya he notado la diferencia, Emily. Y creo que es posible que sigas teniendo la misma fantasía de hace cuatro años. Podría resultar terapéutico afrontarla.

La joven respiró hondo y se volvió para mirarlo a los ojos.

–Creo que tu oferta llega demasiado tarde. Ya no me interesa.

Los ojos de él eran increíblemente fríos.

–Los dos sabemos que eso no es cierto –dijo con claridad.

Emily trató de volverse de nuevo, pero las manos de él se lo impidieron. Con una le tomó la barbilla, subiéndole la cabeza hacia arriba. Tragó saliva.

–No me des la espalda –dijo él con furia–. Ya sé que un caballero no menciona nunca estas cosas tan evidentes, pero tu indiferencia ha adoptado la forma de una combinación de agresividad mezquina y miradas de deseo combinadas con la tensión que se produce cuando dos personas están lejos de verse con indiferencia.

La joven abrió mucho los ojos.

–¿Qué quieres insinuar? –preguntó temblorosa.

¿Por qué tenía que decirlo, sacarlo a la luz? Era mucho mejor ignorarlo y confiar en que desapareciera solo.

–No insinúo nada –repuso Luke con voz tensa–. Solo digo que negar algunas cosas no hace que sean menos reales. Desde mi punto de vista, el que el hecho de estar juntos pueda ser un modo de vengarse de Charlie, no altera la realidad de que es lo que ambos queremos.

–Yo estoy enamorada de Gavin –protestó ella.

Era mentira. Tenía que admitir que nunca había amado a Gavin. Este le había ofrecido seguridad sin la necesidad de fuertes vínculos emocionales y eso la había atraído. Había querido evitar instintivamente una situación que pudiera hacerla sufrir.

–Lo que sugieres es una burla a lo que significa el matrimonio. Es algo puramente temporal –prosiguió con disgusto–. En cuanto hayas humillado a mi familia y perdido interés en acostarte conmigo, buscarás el divorcio.

–Lo que ocurre entre nosotros es una emoción primitiva –musitó él con voz sensual.

–Creo que te has dejado llevar por la ficción de tal modo que ya no distingues muy bien la realidad –musitó ella, con un temblor de

voz.

El aspecto relajado de él solo servía para confundirla aún más.

–Desde mi punto de vista, has conseguido aprovecharte de mi desgracia –comentó–. Tú planeaste esta pesadilla.

–No tuve que atarte y amordazarte para traerte aquí –le recordó él–. Me seguiste el juego porque, en el fondo, lo que deseas es estar aquí conmigo.

Su arrogancia era increíble.

–Aunque podría alegar que no sabía lo que hacía, lo cierto es que me secuestraste.

Luke sonrió con sorna.

–¿Qué pasa, Emily? ¿Has decidido que no quieres darle a probar su propia medicina?

La joven frunció el ceño, confusa.

–¿No era eso lo que tenías en mente, pequeña? ¿Devolverle el golpe para ver si le gustaba que tú te acostaras con otro? Me pareció que no te molestaba la idea.

Emily se ruborizó.

–¿Crees que pensaba acostarme contigo solo para demostrarle a Gavin que podía ser tan promiscua como él? –preguntó con incredulidad. Sabía que él tenía una baja opinión de ella, pero no se esperaba aquello.

–¿Quieres decir que tu hermana mayor no fue la única? –sonrió él.

–No juzgues al resto de la humanidad por lo que tú haces.

–Disculpa, pero te he oído llamarle promiscuo.

–Si crees que me rebajaría hasta ese punto para vengarme de Gavin, estás muy confundido –prosiguió ella, ignorando sus palabras–. Ya me doy cuenta de que te consideras irresistible, pero yo quedé inmunizada a los dieciséis años. Siento náuseas al pensar que tú… –se interrumpió. ¿Por qué había tenido que sacar a relucir el pasado?

–¿Te desabroché los botones de la blusa? –prosiguió él en su lugar. Emily se quedó inmóvil al ver que los dedos de él empezaban a hacer lo que acababa de decir, una acción tan íntima que no podía compararla con ninguna otra conocida. De haberse casado con Gavin, él habría tenido derecho a quitarle la ropa y tocar su carne con la certeza de que eso agradaría a ambos. Pero, ¿podría haberle

permitido ella esa y otras intimidades?

Observó fascinada los dedos masculinos. ¿Dónde estaba en ese momento el disgusto que se había apoderado de ella al imaginarse a Gavin haciendo lo que hacía Luke en ese momento? Movió la cabeza en un rechazo mudo de lo que él hacía, de lo que ella permitía. Sintió un calor intenso en el vientre que se elevó hasta bloquear sus pensamientos.

Había imaginado aquello tantas veces que no le parecía nuevo. En el verano de su dieciséis cumpleaños. Luke pasó más tiempo que de costumbre en Charlcot. Se estaba recuperando de una herida sufrida cuando informaba sobre un golpe militar en un país del Tercer Mundo, hecho que aumentó su valía a los ojos de ella. Estaba segura de que la diferencia de edad era lo único que le impedía a él declararse. Pasaba el tiempo soñando despierta, en espera del momento mágico en que él se dejara llevar por la pasión que estaba segura lo consumía. Solo tenía que pensar en él para que su cuerpo reaccionara de inmediato. El poder que su mente tenía sobre su cuerpo era increíble. Construía una fantasía tras otra y lo seguía con mirada anhelante. Aquel recuerdo la hizo avergonzarse de sí misma. Luke solo había visto a una adolescente insegura.

Ahora la fantasía se hacía realidad, pero nunca había sido así: una violación dulce de su cuerpo y su voluntad. Debía detenerlo de inmediato. Luke tomó uno de sus pechos en su manos y lo acarició brevemente a través del encaje del sujetador. Emily era consciente de que debía hacer algo, pero el hechizo hipnótico y sensual de él la había inmovilizado.

–Has madurado un poco desde los dieciséis años –musitó él con lentitud.

Emily se hallaba demasiado inmersa en el caos de su deseo para detectar el temblor de la voz de él. No vio la necesidad primitiva que cubría sus ojos. Echó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su garganta.

–¿Dieciséis? –repitió, deseando que su mente pudiera empezar a funcionar con independencia de sus sentidos; estos estaban saturados y le dolía sentir tanto cuando sabía que no debía hacerlo.

Una de las manos de él le acarició el cabello, la otra siguió a la altura de sus pechos.

–¿Recuerdas tu enamoramiento de entonces?

Los dos se habían echado a reír cuando los sorprendió. La rubia era mayor que él, una amiga de la madre de Emily que disfrutaba todo lo que podía de su viudedad. Aquello curó instantáneamente a la joven. Se sintió traicionada y asqueada, pero aliviada también de que sus tórridas fantasías no hubieran salido nunca de su mente. No fue accidental que Gavin fuera la antítesis de Luke. Aquella dolorosa lección le hizo eludir las cualidades que tanto atractivo le daban.

–¿Decías algo de inmunidad?

Emily sintió que la vida volvía a sus extremidades y se apartó de él.

–Me das asco –siseó, juntando ambos bordes de la blusa.

¿Aquello era una lección para demostrarle lo irresistible que era o necesitaba humillarla porque había cometido el gran pecado de ser una Stapely?

–Si pensara darle una lección a Gavin, elegiría a alguien que no me despreciara por ser hija de mi padre. Santo cielo, Luke, debes de creer que soy tonta. Eres tan retorcido que probablemente serías capaz de grabarlo todo y enviárselo a papá –lo acusó, disgustada consigo misma por su reacción–. Ya no soy una adolescente estúpida.

–Al menos entonces eras sincera –musitó él con calma–. Si tuviera tan pocos escrúpulos como tú pareces pensar, ¿no crees que me habría vengado mucho mejor de los Stapely poseyéndote entonces, cuando tú misma estabas dispuesta a entregarte a mí?

–Estabas distraído con la viuda alegre. La providencia me curó y me evitó ponerme aún más en ridículo. O quizá no soportabas la idea de tocar a una Stapely.

Luke hizo una mueca burlona.

–¿Todavía no te has dado cuenta de que aquella escena fue preparada con la sola intención de curarte de tu enamoramiento? Para un hombre de veintitantos años, no es fácil verse adorado por una niña en pleno desequilibrio hormonal. Solo había dos opciones: esa o hacer lo que tú tanto deseabas. Y creo que la realidad te habría hecho mucho más daño. Me parece que no estabas tan preparada como tú pensabas.

La joven se ruborizó.

–¿Esperas que me crea eso después de ver cuánto odias a mis

padres? Podrías haberme destrozado.

¿Por qué no lo había hecho? ¿Debía creer en sus palabras después de haber leído el odio en sus ojos, después de conocer cuáles eran sus planes para el futuro?

Luke la miró en silencio con expresión impenetrable.

–Naturalmente, tú crees que no habría pasado por alto una oportunidad así –se volvió ligeramente con disgusto–. En aquella época, pensaba que valía la pena proteger tu inocencia. Aunque eras una niña mimada, creía que habías escapado milagrosamente a la contaminación –rio sin alegría–. No podía adivinar que te convertirías en una mujer tan patética, pero supongo que en el fondo eres una Stapely. Eres tan superficial y egoísta como el resto de ellos.

Emily retrocedió un paso.

–Y supongo que tú eres la persona más indicada para juzgar a las mujeres –hablaba con voz dura, pero por dentro quería llorar como la niña que ya no era.

–Si buscas una vida insulsa, no seré yo el que te critique por ello.

La joven sintió deseos de golpearlo.

–Mírame. Tú no dejas de criticarme. ¿Qué te crees que te da derecho a ello?

–¿Se puede saber por qué nunca te emancipaste? –preguntó él con furia–. Después de la universidad, volviste a ese maldito mausoleo. ¿Es que no tienes agallas? Yo esperaba mucho más de ti. En otro tiempo, me pareció leer una cierta integridad en tus ojos.

Lo inesperado de su acusación la dejó sin aliento.

–Siento mucho haberte decepcionado –repuso con ironía, al tiempo que se esforzaba por reprimir la sensación de culpabilidad que sentía de repente.

–¿Qué es lo que te atrae tanto de Charlcot? ¿La compañía de la dulce Charlotte, la misma mujer que te ha arrebatado a tu prometido? ¿Qué pensabas hacer? ¿Llevártela contigo cuando te casaras? Estoy seguro de que a tu esposo no le hubiera importado. Las dos hermanas podríais haber duplicado sus oportunidades de ascenso.

¿Insinuaba acaso que lo único que podía atraer a un hombre de ella era el dinero de su familia? Miró el rostro de él, distorsionado

por las lágrimas que llenaban sus ojos.

–Eres un cerdo. No comprendo por qué te ofende tanto mi vida.

–Odio que la desperdicies de ese modo –la asió por los brazos con pasión–. Tu vida es demasiado aséptica, incluido un amante al que puedas controlar y con el que nunca pierdas el control. Ni siquiera eres capaz de ser sincera sobre lo que significaba ese hombre para ti. Insistes en que lo amabas, pero yo sé que en Charlcot no tienen cabida los sentimientos sinceros y no puedes inventar una vida que convenga a tus propósitos. Tienes que salir de allí, sufrir, probar cosas, vivir. La vida no puede planearse; ocurre si tú dejas que ocurra.

–Eres un cerdo retorcido. Supongo que tú has hecho todas esas cosas y que yo debería seguir tu ejemplo. El primer paso, naturalmente, es entrar en tu cama bendiciendo mi suerte y salir de ella sintiéndome mejor y más sabia. Como todas las demás mujeres que me han precedido. ¿A ellas también tuviste que chantajeadas? Yo te conozco bien, Lucas Hunt, y sé que no te importo un bledo yo ni mis sentimientos. Solo soy un modo de poder vengarte de mis padres. Pues, para tu información, a mí me gustan tan poco como a ti. Nunca he buscado un compañero del alma que me sacara de allí. Puede que me equivocara con Gavin, pero al menos no estaba cegada por una lujuria animal convertida en ideal romántico. Y no tengo intención de empezar a ser promiscua ahora –un sollozo repentino rubricó sus palabras–. Desde tu punto de vista, soy un fracaso. En eso al menos tienes mucho en común con mis padres.

–No puedes acusarme de defender las relaciones esporádicas; te estoy ofreciendo matrimonio –sus ojos reflejaban una mezcla de emociones que ella no supo identificar–. En cuanto a lo de meterte en mi cama, me gustan las mujeres asertivas a las que no tienes que inyectar continuamente seguridad en sí mismas. ¿Cuándo te volviste tan cínica, Emily? Te casarás conmigo porque tienes miedo de lo que pensará tu padre si cree que fuimos amantes hace cuatro años. Puedes hablar todo lo que quieras de promiscuidad, pero la verdad es que yo sé que no puedes lidiar con tu propia sexualidad. Quieres seguir siendo una niña pequeña –dijo con disgusto–. No te disgusta mi modo de besarte; estás deseando que lo haga. Te mueres porque te toque, pero, si te hace feliz pensar que no eres más que una víctima, muy bien.

–No sé lo que quieres decir.

–¿No se te ha ocurrido pensar que soy yo el que se sacrifica? Casarse con una Stapely no es precisamente la ambición de mi vida. A mí no me importa nada excepto pagar una deuda.

–¿Y crees que así vas a alentarme a seguir adelante con el plan? Si me caso contigo para impedir que mientas a mi padre, será un matrimonio puramente nominal. Teniendo en cuenta que llevo la sangre sucia de los Stapely, no creo que puedas rechazar esa condición.

Luke la miró con frialdad.

–Pediremos la licencia cuando vuelva a Londres. Eso te dará tiempo de sobra para reflexionar sobre ello.

–Yo no… –empezó a decir ella.

–Y cuando lo hagas –la interrumpió él con una sonrisa de malicia–, serás tú la que me lo pida.

Se alejó sin mirar atrás, con la espalda recta.

–Jamás, jamás, jamás… –murmuró ella para sí misma.

Capítulo 6

¿PIENSAS trabajar así toda la tarde o vas a cenar conmigo? No olvides que es una cena de celebración –le recordó Luke con burla.

Emily se había puesto tensa en cuanto lo vio inclinarse sobre ella para leer las palabras mecanografiadas.

–No dudo que para ti sea una celebración –repuso con frialdad.

Había dado su consentimiento tácito a aquella farsa de matrimonio, proporcionándole así su venganza, una oportunidad que llevaba años esperando.

–Y con una prometida tan diligente, no voy a necesitar una secretaria.

Emily flexionó el cuello.

–Aquí no hay mucho que hacer –murmuró.

Lo cierto era que aquella ocupación le daba ocasión de evitarlo; la casa era demasiado pequeña para escapar. Durante la tarea, había empezado a interesarse además por la historia que cobraba forma bajo sus dedos. Las historias de Luke siempre eran originales y, por debajo de la trama, se podía encontrar un gran conocimiento de las costumbres locales, sacado sin duda de sus viajes. Lo que atrajo su interés, sin embargo, fue la vulnerabilidad del protagonista, porque su exterior de hombre de acción ocultaba a una persona que intentaba recuperar un idealismo que sabía que su creador despreciaba.

Los dedos de Luke rozaron los músculos tensos de los hombros de ella, que se encogió ante el contacto. No obstante, él parecía localizar y eliminar sin esfuerzo sus nudos de tensión, produciéndole una sensación peligrosamente placentera.

–Se me ocurren otras actividades a las que podías dedicar esta energía –musitó él.

–Solo pretendía aliviar la monotonía de tu constante compañía –repuso la joven, poniéndose en pie para alejarse de él–. Si has cocinado algo, supongo que lo menos que puedo hacer es probarlo.

Y no me mires así. Me refiero a la comida.

–Yo solo te he ofrecido comida –replicó él–. Después de todo, tenemos que conservar las fuerzas.

Emily lo miró de hito en hito.

–Para la prueba que nos espera.

–Nervios prematrimoniales –observó él, comprensivo. La joven lo ignoró y se sentó a la mesa–. Son bastante comunes.

Se acercó a la zona de la cocina y empezó a servir una salsa de espaguetis.

–¿No te alegras de que sea un hombre moderno? Puedo cocinar, lavar, coser botones…

–La esposa perfecta –lo interrumpió ella–. No olvides el chantaje. Tienes muchos talentos. No dejo de felicitarme por mi buena suerte.

–Tengo otros talentos ocultos –musitó él con indiferencia.

Colocó un plato delante de ella.

–¿Queso? –preguntó.

La joven afirmó con la cabeza y lo observó sentarse frente a ella.

–Puede que me case contigo, Luke, pero créeme: no seré la esposa a la que te gustaría presentar a tus amigos. Te sorprendería lo indiscreta que puedo ser si me empeño en ello –le advirtió.

Quería dejarle claro que no iba a dejarse impresionar por sus tácticas intimidatorias.

–Eso me ganaría la comprensión de muchos hombres –repuso él con sequedad.

Después de eso, ambos se mostraron más discretos y la conversación se limitó básicamente a monosílabos. La comida era buena y Emily comprendió que estaba bastante hambrienta. El vino acabó por disipar un tanto su rabia.

–¿Escribes para ti mismo o para vender libros? –preguntó después de un largo silencio.

Luke levantó la vista de la mesa.

–¿Qué has dicho?

La joven comprendió con resentimiento que estaba pensando en otra cosa. Repitió la pregunta.

El hombre se arremangó, dejando al descubierto sus antebrazos morenos.

–¿Me estás preguntando por mi integridad artística? –preguntó

en su tono acostumbrado de burla–. La verdad es que estoy en posición de poder hacer ambas cosas sin necesidad de ceder demasiado –vio que la joven se servía más vino–. ¿Te parece buena idea?

Emily achicó los ojos.

–¿Necesito tu permiso?

–Por lo que a mí respecta, puedes emborracharte hasta que te columpies de la lámpara, pequeña –repuso él.

–Creo que puedo asegurarte que no haré eso –replicó ella, ruborizándose–. Creía que los autores se inspiraban en sí mismos para sus protagonistas, pero los tuyos son siempre tan… corrientes.

–¿No lo soy yo?

El brillo de sus ojos atraía la mirada de ella, haciéndole difícil apartar la vista. Su vitalidad masculina afectaba profundamente sus sentidos; pensó que lo único predecible de él era que siempre sería impredecible, jamás corriente.

–¿Te parece corriente combinar una carrera como reportero gráfico con otra de periodista y escritor? –preguntó de mal humor, como si considerara aquellos excesos una actividad criminal.

Luke se encogió de hombros.

–Muchas mujeres tienen un empleo, crían a sus hijos y llevan la casa. ¿Qué tiene de especial? Yo puedo ser egoísta, no tengo que preocuparme de complacer a nadie excepto a mí mismo.

–Pero ¿cómo te consideras tú? –insistió ella, sorprendida por su modestia; no encajaba con la idea que tenía de él. En casa había oído tantas veces describirlo como a un hombre arrogante, que en su interior había llegado a pensar lo mismo. Se preguntó cuántas de las ideas que tenía sobre él procedían en realidad de otras personas. ¿No sería tan prejuiciosa como él?

–¿A qué viene esta necesidad de preguntar, pequeña? No tengo ambiciones de escribir el mejor libro del mundo, así que no tengo miedo de diversificar mi talento. Cuando surge una oportunidad, la aprovecho. Siempre me ha parecido una chulería no hacerlo. He tenido suerte de estar a veces en el lugar adecuado –musitó–. Habría sido terrible arrepentirse de no haber hecho algo que podía hacer.

La joven pensó con resentimiento que hacía que todo pareciera demasiado fácil.

–Las personas solo son personas –prosiguió él, pensativo–. Lo que las diferencia es su modo de reaccionar en circunstancias extraordinarias; por eso la gente se identifica con mis personajes –hizo un gesto de abandono con la mano y tomó un sorbo de vino–. Al menos, eso es lo que dice mi agente.

–Luke, ¿cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

El hombre sonrió.

–¿Ya te has cansado de mi compañía?

–Esto es tan claustrofóbico que no puedo respirar –musitó ella.

Vio que la observaba con curiosidad y se llevó una mano a la garganta.

–¿Claustrofóbico cuando hay kilómetros y kilómetros de espacio abierto? ¿O soy yo el que te da ganas de escapar?

–Solo quiero terminar con esta farsa y reconstruir mi vida. Yo no tengo tantos talentos como tú, pero creo que puedo ser una buena profesora. Si tuviera idea del tiempo que has calculado que necesitas para castigar a mi padre, podría empezar a hacer planes para el futuro.

Casi envidió el pragmatismo de la persona que hablaba; desde luego, no tenía nada que ver con la inseguridad que la asediaba a ella por dentro.

Los ojos de él brillaron con fuerza.

–Ellos no querían que dieras clases, ¿verdad?

–Querían que fuera una jovencita de sociedad y me dedicara a ir de compras, como Charlotte –repuso ella, y se avergonzó de inmediato de la crítica implícita que conllevaba su comentario, a pesar de que su hermana se lo había ganado–. Pero no demostré mucho talento en esa dirección. Ya conoces a papá; su opinión del intelecto femenino no es ningún secreto. El hombre más estúpido sigue siendo superior a cualquier mujer, aunque esta haya ganado el Pulitzer.

Luke asintió pensativo.

–Pero, al final, hiciste lo que ellos querían. Supongo que Gavin tampoco te alentaba a seguir adelante con tu carrera. Volviste a casa como una niña obediente y te dejaste subastar al mejor postor. Si la casa hubiera sido otra, podría haberlo entendido…

–Cualquier cosa por una vida tranquila –repuso ella con calma.

–¿Por qué? –insistió él.

–Me gusta Charlcot –mintió ella–. Jamás podría haberme pagado nada tan lujoso.

No tenía intención de confesar las tácticas sucias de su padre, la estúpida trampa en la que había caído. Descubrió que no tenía deseos de reforzar la pobre opinión que tenía él de su padre por certera que fuera. Por alguna razón, se sentía extrañamente responsable de las acusaciones que él le hacía, como si fueran culpa de ella. Pensó con rabia que él actuaba como si así fuera.

–No me lo creo.

–Como quieras –se encogió de hombros–. Pero yo quiero saber cuándo podré volver a la civilización.

–Una persona susceptible podría inferir que mi compañía no te agrada. ¿O estás ansiosa por embarcarte en la dicha matrimonial? –su sonrisa se amplió–. ¿O tal vez no estás segura de poder resistir la tentación carnal que bulle en tu precioso pecho? Esa es una idea interesante.

–¿Se supone que es una broma? –preguntó ella.

El hombre echó la cabeza a un lado y se puso serio. Sus labios, tan sensuales como para hacer que se tensaran los músculos del vientre de ella, se curvaron en una mueca cínica.

–No necesariamente, como tú sabes muy bien. Creo que ya te lo dejé muy claro antes. Lo cual simplifica mucho esta cuestión, pequeña. Ahora solo tienes que preocuparte por tus instintos –le recordó con frialdad.

Emily sintió un zumbido en los oídos.

–Déjame marchar, Luke –suplicó.

¡Qué fácil le resultaba a él hacerle perder el control! ¡Cómo debía reírse de ella! Pero los ojos de él no reían, sino que parecían impregnados por la misma tensión que la hacía temblar a ella.

–Olvida esta estúpida idea –prosiguió la joven–. Papá nunca se creerá que nos acostamos juntos. Yo solo era una niña.

–Dieciséis años no es ser una niña, al menos no para lo que estamos tratando aquí. Y a los ojos de tu familia, yo soy el Anticristo, capaz de cualquier infamia –soltó una risita dura–. A tus ojos también –añadió con ironía–. Creo que soy capaz de convencer a Charlie de que fuiste una víctima muy dispuesta.

La tenía arrinconada y lo sabía.

–No hagas eso –le suplicó ella con voz ronca, al ver que le

lanzaba una mirada intensa.

–¿El qué?

–Mirarme así.

Se mostraba muy cruel y, sin embargo, podía hacerla temblar de deseo, producirle un anhelo agotador.

–Eres una mujer hermosa; yo pensaba que ya te habrías acostumbrado a estas miradas.

–¿Tengo que sentirme halagada por ese comentario? –preguntó ella con desprecio–. Puedo ver que me consideras una especie de trofeo.

Desgraciadamente, nada más explicaba la insistencia de él. Se despreciaba a sí misma por soñar lo que podría haber sido si él hubiera tenido otra motivación que no fuera la venganza.

–Una Stapely es un premio para ti. Eres un hombre atractivo y mi ego no está en su mejor momento, pero no soy lo bastante tonta para desear tomar parte en tu enfermizo juego. Si esperas que yo te lo pida, esperarás toda la vida.

Quería enfurecerlo, pero no lo suficiente para que la presionara más. Su voz sonaba tan fría como el sudor que cubría su cuerpo. No podía hacerle ver lo fácilmente que podía sucumbir al amor que la atraía hacia él a pesar de todo. Se despreciaba a sí misma por su debilidad.

–¿Eres masoquista, pequeña? –preguntó él con desprecio.

Toda su actitud mostraba que él no valoraba en nada el autocontrol.

¿Por qué no había sabido ver antes el peligro que él representaba? Era un hombre que podía informar bajo las bombas con la misma calma que si se hallara en un estudio. Su dureza y determinación eran tan hondas en él como su cinismo. La naturaleza de su trabajo en los medios de comunicación implicaba que estaba constantemente expuesto a los peores sufrimientos de la humanidad. Le había dicho que había visto la maldad sin sentir nada excepto un adormecimiento espiritual que ella, que había leído su trabajo unas horas atrás, no podía creer. En su libro brillaba un idealismo sorprendente que a veces chocaba con un cinismo corrosivo, como si ambas cosas lidiaran una batalla constante.

Sus ojos azules no tenían nada de pasivos en aquel momento.

–Me gusta ir despacio, anticipar lo que llegará después, pero no puedes llevarlo demasiado lejos.

–¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Luke? No quiero acostarme contigo –gritó ella, rechazando el instinto de entregarse a la pasión pasajera de él y olvidar que en el fondo la despreciaba.

¿Acaso no se lo había dicho él mismo? Pero no podía evitar la corriente eléctrica que recorría su piel y explotaba en flechas cargadas de deseo en el interior de su cuerpo. Trató de ignorar las exigencias de su carne; incluso sin su deseo de venganza, no había ninguna esperanza: sus vidas eran polos opuestos.

–Soy especial con la gente con la que me acuesto y, si he de ser sincera, encuentro todo esto bastante sórdido.

–¿Sórdido? –preguntó él con voz peligrosa.

Estaba furioso. Emily podía ver la línea blanca que bordeaba sus labios apretados. Un nervio latía de modo errático en su mejilla delgada y sus ojos brillaban de rabia.

–Estamos emparentados –repuso ella, arrinconada por su reacción.

El hombre enarcó las cejas con sarcasmo.

–Nuestros padres eran primos adoptivos. Somos parientes de nombre, no de sangre. Creo que podemos descartar por completo el incesto.

–Es inútil –comentó ella; se puso en pie–. No necesito disculparme por no querer acostarme contigo. Puedes chantajearme para que me case contigo, pero te despreciaré con todo mi corazón.

Su manga se enredó en la cafetera y lanzó un grito al notar su contenido sobre la mano. El dolor la ayudó a controlarse.

–¡No me toques! –gritó, al ver que se acercaba a ella. Un paso más, una palabra de preocupación y estaría perdida…

–Deberías cuidarte esa mano –dijo él, después de una pausa.

Curiosamente, la decepcionó que él la hubiera obedecido.

–Soy muy capaz de hacerlo de ser necesario.

–No te estaba ofreciendo ayuda –dijo él con rostro inexpresivo–. Y Emmy –dijo antes de que ella se alejara–, sí quieres acostarte conmigo.

La joven salió de la estancia sin responder y él no la siguió. Eso al menos podía agradecérselo. Lo irónico era que una parte de ella deseaba que hiciera justamente eso. Pero hubiera sido demasiado

fácil. No, él buscaba que ella capitulara. Su sumisión había de ser completa, parte de su venganza.

El agua fría del grifo le calmó el dolor de la mano, pero no hizo nada por enfriar la ardiente sensación que recorría su cuerpo como lava fundida. Un deseo tal… aquella desesperación… jamás había soñado que pudiera sentir algo así. Se metió en el pequeño cuarto de vestir lamentando con tristeza la pérdida de su inocencia. Se preguntó si la cómoda que colocó contra la puerta tenía por misión impedir que entrara él o que saliera ella.

La pesadilla se repitió y se despertó bañada en sudor y con la garganta dolorida por los gritos terribles que habían resonado en la noche.

El sonido de madera rota y el golpe de la cómoda al caer aumentaron aún más su confusión. Cuando la luz del cuarto de Luke entró en la pequeña estancia, parpadeó.

Los ojos del hombre observaron el mueble caído y la figura de rostro pálido con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Estás moviendo muebles, pequeña? –observó–. Nunca he pensado en violarte.

La joven no podía contrarrestar su rabia; seguía temblando.

–Pesadillas –tartamudeó–. Ya no las tengo casi nunca –apretó el saco de dormir contra sí–. Supongo que he gritado.

–Mi nombre.

Emily cerró los ojos. El terror de antes no era tan intenso como la aprensión que se apoderó de ella en aquel momento. Había gritado su nombre como una idiota… Debía esforzarse por conservar algo de dignidad.

–Siento haberte molestado –consiguió decir.

–¿Molestado? Eso no describe muy bien la situación, pequeña –ladró él.

–Luke…

–¿De verdad crees que vale la pena combatir algo que es inevitable, Emily? –preguntó con dureza.

La joven respiró hondo. ¿Qué había esperado? ¿Una declaración de amor? Algo en los ojos de él le había hecho por un momento concebir esperanzas. ¡Que estupidez!

–Yo no tengo tu dedicación y ambición, Luke. No saco placer haciendo sufrir a otros ni guardo mis rencores durante años –le informó, temblando a causa del sudor frío que cubría su cuerpo–. Lo único inevitable que conozco es lo mucho que te desprecio. Casarme contigo sigue siendo una pesadilla, no una realidad.

El hombre apretó los dientes y su cuello se tensó. Emitió un juramento y se lanzó hacia ella como una pantera.

–¿Qué haces?

–Tienes la costumbre de hacer preguntas cuya respuesta es obvia –gruñó él. La miró con exasperación–. Voy a llevarte a mi cama y, antes de que empieces a soltarme un discurso, déjame asegurarte que solo lo hago porque no tengo fuerzas para derribar más puertas con el objeto de rescatarte.

–No necesito que me rescates.

La curva de hombro de él resultaba tan invitadora que tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para mantenerse rígida en sus brazos mientras la llevaba a la cama.

–Si no te callas tú, te callaré yo –le prometió él, sombrío.

La dejó caer sobre la cama sin advertencia previa.

–No puedo dormir aquí –se bajó el camisón con dedos temblorosos.

–Querida, hasta el momento te he seguido la corriente todo lo que he podido –le advirtió él.

–Pues no lo he notado –replicó ella.

Era un verdadero bárbaro. Estaba en pie en un círculo de luz que caía en sombras al final del cuarto. La sombra sacaba brillos bronceados a su piel. Su rostro, iluminado, mostraba una belleza austera y casi siniestra. Apartó la vista. Para ella, simbolizaba la esencia de la pura virilidad. El efecto que le producía le hacía comprender lo optimista e irracional que había sido al imaginar que podría guardar su secreto.

–Necesito dormir, así que, ¿para qué hacer un drama de esto? Ya te he dicho que la iniciativa es tuya. Estoy dispuesto a dejarme seducir si la oferta es lo bastante buena.

Emily apartó el edredón con furia y se metió bajo él. Luke la miró con desdén.

–Te quiero donde sepa que no puede ocurrirte ningún daño.

–Compartir tu cama no es la idea que tengo yo de la seguridad.

El hecho de que el calor del cuerpo de él hubiera invadido ya el pequeño espacio que los separaba, de que solo tuviera que tender la mano para tocarlo, le daba escalofríos.

–Piensa en lo conveniente que será si vuelves a tener sueños eróticos –le dijo él, incorporándose para apagar la lámpara de la mesilla.

–Pesadillas –corrigió ella.

–Pesadillas eróticas, pues. Buenas noches, Emmy.

Se colocó de lado y su respiración no tardó en volverse profunda y regular.

Emily yacía tensa y miserable a su lado. El anhelo que atacaba cada átomo de su cuerpo era… agonizante. Sin embargo, él podía dormirse tranquilamente. Si sentía algún deseo por ella, era solo causado por su determinación de exhibir su relación ante su padre; era inútil que esperara algo más de él.

Al final se quedó dormida y, sorprendentemente, no tuvo pesadillas. Recuperó la conciencia lentamente. Vio luz y fijó los ojos adormilados en una viga de madera sobre su cabeza. Intentó darse la vuelta y frunció el ceño al darse cuenta de que un cuerpo muerto le impedía moverse.

La realidad no tardó en reemplazar su confusa sensación de bienestar. Paseó la vista por la estancia y confirmó que no tenía ningún derecho a mostrarse optimista. El peso muerto era el brazo de Luke. Se volvió para liberarse de él y se quedó inmóvil escuchando su respiración antes de mover con cuidado las piernas hacia el borde de la cama. En ese momento, se permitió mirarlo. El rostro dormido de Luke había perdido todo su cinismo. Parecía más joven y cercano. Sus ojos bajaron lentamente por el cuerpo de él.

Dio un respingo. La ropa no ocultaba la fuerza de su cuerpo, pero sí había servido para borrar los detalles. A la luz de la mañana, sus músculos resultaban bien definidos. No era el cuerpo de un muchacho. Miró con la boca seca el vello de su pecho y la cintura de sus calzoncillos. Sus muslos, cubiertos por el mismo vello suave, daban paso a unas piernas musculosas y atléticas.

El esfuerzo por no tocarlo le dolía físicamente. Un sinfín de imágenes eróticas se forjaron en su mente. Imágenes llenas de sensaciones táctiles que deseaba desesperadamente experimentar. Sentía la cabeza ligera y sabía que le ardía la piel.

–¿Has dormido algo?

Volvió a mirarle la cara. ¿Cuánto tiempo llevaría despierto observándola? Se sintió culpable. ¿Cómo podía permitir que tuviera ese efecto sobre ella?

Tenía que decir algo; él seguía mirándola con expresión impenetrable.

–Estás muy bronceado –musitó.

Luke se desperezó lentamente y se sentó en la cama. Su aspecto relajado solo sirvió para intensificar el horror de ella ante las sensaciones que la inundaban por dentro.

–He estado en las islas Seychelles.

–¿Y qué hacías allí?

–Entrevistar a Bernie Cavanaugh para un suplemento dominical –anunció él.

–¿El escultor? –preguntó ella, impresionada.

Luke asintió.

–¿Conoces su trabajo?

–Solo lo he visto impreso. ¿Cómo lo conseguiste? Creí que era un ermitaño. Hace años que no lo ve nadie.

–No fue fácil. Y no es un hombre, se llama Bernie.

–Comprendo –contestó la joven, con petulancia.

–¿Qué significa eso exactamente?

Emily no tuvo más remedio que confesarse que se sentía celosa.

–¿Cómo conseguiste convencerla para que te diera una entrevista? –se apresuró a preguntar–. Supongo que ya debe de ser bastante vieja –añadió con cierto alivio.

Luke la miró con sorna.

–La edad, pequeña, es algo relativo; y Bernie es una de las personas más abiertas y encantadoras que he conocido. Una mujer muy serena y tan cómoda con su feminidad que no siente la necesidad de explotarla. En cuanto a convencerla, leyó algo que publiqué el año pasado en el periódico *The Times* y me buscó ella a mí.

Emily lo miró con amargura.

–Me sorprende que consiguieras alejarte de ella.

Una extraña expresión pasó por los ojos de él.

–Aún no estoy seguro de que hiciera bien.

La joven saltó de la cama.

–Necesito… –empezó a decir.

–¿Qué necesitas? –preguntó él.

–Una taza de té –repuso ella.

Luke la miró a los ojos.

–Muy original, pequeña –la vio ruborizarse–. No tengas tanta prisa por huir; después de todo, estás dispuesta a casarte conmigo para ahorrarle a tu padre el dolor de saber que conocí a su hijita en el sentido bíblico.

–No lo hiciste.

–Él no lo sabría. Y tú estás preparada a hacer ese sacrificio supremo.

–Mi padre sufre del corazón –era cierto, aunque su estado no fuera tan caótico como había llegado a creer.

–Me sorprende saber que Charlie tiene corazón.

–Tú eres el que no tiene corazón –dijo ella con odio–. El matrimonio no puede ser una venganza.

–Es tan sagrado que ibas a casarte con Gavin sin más motivación que decorar una casa distinta –repuso él con ironía–. Pero como te decía, tu actitud me resulta difícil de entender. Estás dispuesta a portarte como una buena hija, pero cuando se trata de aceptar los beneficios de nuestra relación, no dejas de mentir. La verdad es que solo puedes pensar en tocarme, tu respuesta física a mi cercanía es increíble.

–¡Cállate! Por lo que a mí respecta, tú no eres más que un chantajista y me das asco.

Lo miró a los ojos y la expresión ambivalente de deseo y disgusto que leyó allí se parecía tanto a lo que sentía ella que soltó un grito y salió de la casa a pesar de ir solo ataviada con un camisón.

Luke la alcanzó en el patio.

–¡Déjame en paz! –gritó ella.

El hombre se apartó unos pasos y la miró. Emily notó que se había puesto unos tejanos y zapatillas; su torso seguía desnudo.

–Eso no es fácil si al despertarme te veo mirándome con esos ojos grandes y hermosos.

–Una chica puede mirar sin que eso implique que desee ir más allá.

–Supongo que eso es cierto… en algunos casos.

La joven echó la cabeza hacia atrás con desafío.

–Si significa tanto para ti, me fingiré esclavizada por tus encantos masculinos. Admito que eres muy atractivo, pero la vida sería más sencilla para los dos si dejaras de disimular. La única razón de que me desees es para torturar a mi padre y él ya se ha tragado tus mentiras, así que, ¿para qué molestarte? ¿Por qué contaminarte con mi sangre y todos mis defectos?

–Puede que tengas razón en eso –dijo él muy serio.

–Muy bien –repuso ella.

Se volvió para marcharse, pero Luke la tomó por el brazo y le dio la vuelta.

–Yo te diré cuándo puedes marcharte –dijo con voz tensa.

Emily dejó de debatirse y se quedó inmóvil, percibiendo el peligro, excitada por él a pesar del miedo que la embargaba. El hombre le levantó la barbilla.

–¿Qué te crees que estás haciendo? –preguntó ella, temblorosa.

Los ojos que la observaban eran casi incandescentes, iluminados por un deseo intenso que la dejó sin aliento. En aquel momento, él parecía capaz de cualquier cosa. Lo había visto conservar su sangre fría ante las provocaciones de su padre e incluso bajo las bombas, pero ella parecía haberlo empujado hasta el límite.

–Ya te lo he dicho otras veces. No seré un peón al que sacrificas –dijo con voz trémula–. Creí que tenía que ser yo la que te lo suplicara –le recordó.

El hombre apretó los dientes y la palidez en torno a sus labios se acrecentó.

–Insistes en actuar como si no fueras más que una observadora. Si quisiera, solo me llevaría unos segundos hacerte suplicar y menos aún hacerte admitir que me deseas tanto como yo a ti. Si no fuera porque soy quien soy, seguirías en la cama conmigo. Ahora irás a decirme que has hecho voto de castidad –la miró con intensidad–. Gavin no pudo ser el primero en probar tus encantos… –se interrumpió con la frente cubierta de sudor.

La joven trató de soltarse, pero las manos de él la inmovilizaron. Le apartó un mechón de cabello de la mejilla.

–Yo no reúno las cualidades sociales que busca una Stapely, ¿verdad? Ese es el problema. La razón por la que siempre elegirás a alguien como Gavin, quien no te despeinará en público ni arruinará

los esfuerzos de tu padre por convertirte en una mujer puramente decorativa. Eres una hipócrita por nacimiento y por educación –prosiguió–. ¿A cuántos hombres has mirado con deseo para luego salir corriendo? Antes o después, uno de ellos tenía que aceptar el reto, pequeña. No debí ser tan tonto. Pensé que lejos de tu maldita tribu podrías…

Si Emily lo hubiera mirado en aquel momento, habría visto una angustia genuina en sus ojos, pero no levantó la vista hasta que él no la soltó con una mirada de odio. Se volvió y echó a correr una vez más. Unos cien metros más allá, el suelo se hundió bajo sus pies descalzos y cayó al agua.

El frío del agua la dejó sin aliento y se hundió en ella. Se levantó y volvió a hundirse una vez más antes de hacer pie.

Luke la observaba impasible desde la orilla.

–¡Vete de aquí! –gritó ella.

–Sal de ahí.

–No.

Empezó a temblar y Luke lanzó una maldición y entró en el agua. La tomó en brazos y la sacó del lago. Emily cerró los ojos con fuerza; estaba prisionera, no solo por los brazos de él, sino también por las sensaciones eróticas que la recorrían. El sudor se mezclaba en su piel con el agua fría y ella se sentía indefensa bajo el peso del deseo que el contacto de él suscitaban en su cuerpo.

El hombre no dijo nada cuando ella le echó los brazos al cuello, aunque la joven oyó que su respiración se aceleraba. Apoyó la cabeza contra el pecho de él, consciente de que, probablemente, lamentaría más tarde aquella debilidad.

Luke la depositó en el suelo de la cocina y un charco de agua comenzó a formarse a sus pies. Lo contempló con interés.

–Una estupidez –musitó él.

La joven levantó la vista de mala gana. Luke se pasó una mano por el pelo; estaba empapado y los tejanos se le pegaban al cuerpo. Emily apartó la vista.

–El agua es mucho más profunda más abajo –dijo el hombre.

–Sé nadar –musitó ella.

–Estás congelada –observó Luke–. Tienes que quitarte eso.

Emily no se movió; no podía. Esperó sin aliento. No quería huir, quería… Luke dio un paso hacia ella sin apartar la vista de su

rostro.

La joven estuvo a punto de pronunciar las palabras, tenía la súplica en la punta de la lengua. Luke se inclinó, tomó una manta que había sobre el sofá y se la lanzó.

–Ve a secarte –se echó una mochila al hombro–. Volveré antes de que oscurezca –dijo antes de salir.

Emily apretó la manta contra su cuerpo, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se echó a llorar.

Cuando terminó, se sentía tan mal como antes. Aquel deseo era como una forma de locura; era tan intenso y ciego que ignoraba cualquier instinto de supervivencia.

Se quitó lentamente la ropa mojada y se frotó con fuerza el cuerpo. Luke se había marchado empapado y a medio vestir. Sin embargo, debía estar agradecida a su marcha. ¿Había notado que estaba a punto de rendirse? Pensó que eso era lo que él quería: no tanto el resultado final como oírselo admitir en voz alta. Entonces, recordó la mirada intensa de él y ya no estuvo tan segura.

Capítulo 7

HABÍA sido el día más miserable de su vida. Tuvo que soportar otra conversación telefónica con su padre, que se las había arreglado para conseguir el número, a pesar de que estaba segura de que no aparecía en la guía. Al igual que Luke, él también podía ser testarudo hasta la obsesión, lo cual era probablemente una de las razones de que la hostilidad entre ambos continuara indefinidamente.

Contestó a sus preguntas con cautela y soportó como pudo sus súplicas y regañinas alternativas. Cuando le preguntó si era consciente de que Luke la estaba utilizando, estuvo a punto de echarse a llorar; pero lo que más la sobresaltó fue oírle preguntarle si lo amaba. Incapaz de fingir más, admitió que así era.

–Dile que, si te hace sufrir, lo mataré –respondió su padre antes de colgar.

No le mencionó la llamada a Luke, entre otras cosas porque, desde el regreso de él, solo se habían comunicado mediante miradas. La trató como si fuera parte del mobiliario y ella se retiró al fin a su pequeño dormitorio antes incluso de que oscureciera. Se llevó consigo un libro, pero no consiguió concentrase en la lectura.

Vio luz bajo la puerta que indicaba que Luke se había retirado también. Cuando la luz se apagó, se quedó dormida, pero se despertó unas horas después; la mano que se había quemado dos noches atrás volvía a escocerle. Era una quemadura superficial, pero dolorosa. Recordó haber visto un botiquín en el aparador y decidió ir a buscar un analgésico.

Pasar por la habitación de Luke le resultó traumático, pero intentó ignorar el bulto de su cuerpo en la cama. Una vez abajo, fue directamente al aparador y encontró un frasco de analgésicos.

–¿Se puede saber qué haces?

Emily dio un salto y el frasco cayó al suelo, esparciendo su contenido sobre el suelo de piedra.

–Mira lo que has hecho –lo acusó, al borde de las lágrimas.

Luke recuperó el frasco y la miró pensativo.

–¿Para qué necesitas esto? –la vio esconder la mano a la espalda–. ¿El café? –le tomó la mano–. ¿Te ha estado doliendo todo este tiempo?

–No es nada.

–Es superficial –asintió él–, pero dolorosa.

Emily tragó saliva.

–Un poco –admitió.

–Podías haberlo evitado.

La miró con preocupación y ella luchó por apartar la vista del rostro de él.

–Sigues vestido.

Acababa de darse cuenta de que llevaba unos pantalones vaqueros y una camisa azul pálida.

–No esperaba dormir –musitó él.

Su voz parecía cansada y la joven comprendió que estaba agotado. Levantó la mano ilesa como para tocarle el pecho y se detuvo a medio camino. Respiró hondo y apartó la mano.

La inmovilidad de Luke resultaba casi amenazadora; respiraba con lentitud, como si controlara lentamente el proceso.

–Siéntate ahí. Extiende la mano. Tengo vendas en el coche.

Emily se estremeció cuando el agua fría entró en contacto con su piel, pero aminoró el dolor de su mano. Luke dejó la puerta abierta y la fragancia nocturna entró en la estancia. La joven respiró hondo y se relajó un poco.

Cuando entró él con una caja en la mano, levantó la cabeza de la mesa y lo observó en silencio sacar algunas cosas.

–¿Has tomado ya un analgésico?

–No lo necesito.

La presencia de él le provocaba sensaciones más dolorosas que la herida superficial… había heridas más profundas.

–Ahórrame tu vena de mártir y tómate esto –le tendió un par de pastillas–. Ahora vamos a ver esa mano –se inclinó para examinar la quemadura–. Tiene ampollas.

La miró con rabia.

–Si hubieras tenido el sentido común de sumergirla en agua fría en su momento, esto no sería necesario –la riñó; sacó una venda de la caja–. Voy a cubrírtela; estarás más cómoda. ¿Se puede saber en

qué estabas pensando?

–La mojé –protestó ella, pero él la ignoró.

Lo observó vendarle la mano y se preguntó qué diría si le contaba exactamente en qué había estado pensando. La venda blanca y los dedos marrones se superpusieron unos a otros nublándole la visión.

–Luke…

La sensación de verse transportada contra su torso resultaba agradable. Sabía que debía abrir los ojos, pero le parecía una lástima romper aquel instante placentero.

–Emily, ¿estás despierta?

Su tono airado borró la fantasía de ella de estar experimentando un abrazo amoroso.

–Creo que sí –admitió con aire culpable.

–Entonces, abre la maldita puerta.

La joven abrió los ojos.

–No hay necesidad de ponerse así.

–Si te dejo en el suelo, puedo abrirla yo mismo.

–Lo preferiría.

Luke obedeció. Emily, sentada en el suelo, lo miró atónita.

–¿Cómo te atreves?

Se puso en pie y entró en el cuarto.

–¡Eres un bárbaro! –gritó. Se quedó inmóvil–. ¿Qué haces?

No podía apartar la vista: a sus ojos, él era la esencia de la sensualidad. Volvió la cabeza al ver que se desabrochaba el cinturón, pero oyó el sonido que hizo al quitarse los pantalones.

Deseaba huir del cuarto, pero también deseaba quedarse. Se sentía atraída en dos direcciones distintas con una fuerza igual de intensa.

–Te dejo ya.

–¿Para qué? ¿Para otra noche de insomnio? –preguntó él con ironía–. ¿Para preguntarme qué se te ocurrirá a continuación? ¿Quizá meterte con el coche en el lago más cercano? –sugirió–. Te creo capaz de cualquier estupidez. Si yo no hubiera estado aquí, ¿qué habrías hecho con la quemadura y quién habría impedido que te golpearas la cabeza contra las piedras? Te arrojaste literalmente al lago. He visto gatitos con más instinto de supervivencia que tú.

–Si no fuera por ti, yo no estaría aquí y no me habría quemado.

Y me caí al lago, no me arrojé a él. No tengo tendencias suicidas. Escucha, no pienso agotar mis energías en el odio –continuó con más calma–. Tú estás dominado por él, controla todo lo que haces, incluso acostarte conmigo. Dime, ¿qué incentivo tienes para levantarte por las mañanas aparte de planear tu próximo movimiento de venganza?

–Mañana ya está planeado –repuso él con voz fría–. Nos iremos a Londres, donde podrás anunciar a tu familia la noticia de tu próxima boda.

Emily se estremeció.

–No creo que papá se sorprenda mucho. Ha llamado hoy.

–¿Se lo has dicho? –preguntó él con incredulidad.

La joven sonrió.

–No te privaría de ese placer –dijo con amargura–. Pero le he insinuado… algo –se encogió de hombros–. ¿De verdad le contarías esas mentiras sobre nosotros? –preguntó con voz trémula.

–Sería una gran humillación, ¿no crees? –musitó él–. Imaginar que seduje a su niñita y la abandoné luego… y en su propia casa. Creo que sería una buena noticia. Y podía haberlo hecho, Emily, ¿no es cierto? Es una decisión difícil, pero en conjunto, creo que puede ser más divertido abrirse paso hasta el círculo interior y ser aceptado entre dientes como su yerno. Estoy deseando que llegue el día.

–Ese matrimonio será una farsa –protestó ella con voz ronca.

Todo aquello era demasiado sórdido, pero seguía amándolo contra toda lógica y sospechaba que siempre lo querría.

–¿Y qué habría sido tu matrimonio con Gavin? Al menos este matrimonio nos da a los dos lo que queremos.

La joven soltó una risita irónica.

–Te refieres al sexo.

–Hay que reconocer que a ese nivel respondes a mí, y parece estar siempre en tu mente, pequeña –dijo con suavidad.

–Te odio y me gustaría que no te acercaras a mí. Cuatro años… creí que no volverías nunca.

–¿Por eso ibas a casarte con Gavin?

–Sigue soñando –se burló ella.

Comprendió horrorizada que en parte era cierto. ¿Cuánto tiempo lo había esperado inconscientemente?

–Dices que el sexo es sórdido; yo creo que, con nosotros, puede ser bastante hermoso –comentó él–. ¿De qué tienes miedo, Emmy?

–Soy una Stapely –le recordó ella con voz ronca.

–No necesito que me lo recuerdes –vio lágrimas en los ojos de ella–. ¿Por qué lloras? ¿Te duele el brazo?

Su interés estaba oculto bajo un tono impaciente, pero la joven lo percibió de todos modos. Luke dio un paso hacia ella y le secó una lágrima con el pulgar.

–No, los analgésicos han hecho efecto –dijo ella.

–¿Por qué lloras, pues?

Uno de sus dedos siguió el curso de una de las lágrimas. Emily lanzó un grito de protesta, que él ignoró. La joven se tapó instintivamente el rostro con los brazos, temerosa de que sus emociones la traicionaran.

–Apágala –suplicó con voz ronca, indicando la lámpara.

Seguía temblando por el contacto de sus manos y solo Dios sabía lo que habría visto él en su rostro y sus ojos.

–No quiero que te escondas en la oscuridad, Emmy; esta noche no.

Algo en su voz la hizo abrir los ojos. Su rostro tenso y su mirada enfebrecida le hicieron perder el poco control que llevaba dos días manteniendo. No tenía ni la fuerza mental ni el deseo de combatir la necesidad física que la atormentaba día y noche. En aquel momento, Luke la deseaba y ella tenía que aceptar que eso era lo único que le ofrecería.

Levantó una mano para tocarle la mandíbula, endurecida por una sombra de barba.

–¿Luke?

–¿Sabes lo que me estás haciendo? –preguntó él con voz ronca.

Su deseo la empujó más allá del límite. Emitió un gemido suave y se abrazó a él. Juntos cayeron sobre la cama.

–Por favor, Luke, te deseo –susurró, transformada por su repentina rendición a aquel torrente de necesidades físicas y emocionales.

El hombre estaba sobre ella, cerca pero sin tocarla. Emily sabía que debía decir algo más coherente sobre su rendición, pero sentía la garganta oprimida. La falta de respuesta de él la asustó; se había equivocado. La mortificación la dejó fría. Solo el súbito peso del

cuerpo de Luke le impidió salir corriendo. De todos modos, empezó a debatirse.

–Basta, por favor –la voz de él sonó muy cerca de su oído. Sus manos la obligaron a mirarlo a los ojos–. ¿Qué diablos te crees que voy a hacerte? –preguntó.

–Me he equivocado –repuso ella.

No podía. La estaba utilizando. Se hallaba tan cerca que no podía empezar a…

Sintió los labios de él sobre el rostro, el cuello y la parte superior de los pechos y se quedó sin aliento; se sentía débil, embargada por un deseo agotador.

–¿Luke?

El hombre le quitó la única prenda que llevaba sin dejar de mirarla a los ojos. El brillo de pasión de su mirada fue una revelación.

–Quiero mirarte mientras te hago el amor –murmuró con voz ronca.

La acarició desde el cuello hasta el muslo, donde apoyó la mano con ademán posesivo. La visión de la mano de él sobre su carne le resultó increíblemente erótica. Se preguntó cómo era posible que todos sus movimientos resultaran tan excitantes.

Luke acarició su cuerpo con paciencia, con precisión, como si quisiera memorizar cada curva de él. Contempló sus pezones rosas y endurecidos y los saboreó antes de recorrer el resto de sus pechos con la lengua.

Sus ojos se encontraron en silencio. El hombre jadeaba tanto como ella y Emily acarició lentamente su piel sudorosa. Bajó la mano tímidamente hasta su vientre plano y permitió que sus labios y su lengua saborearan el aroma de su piel. El gemido que salió de los labios de él liberó algo primitivo en su interior y le clavó las uñas al tiempo que le mordisqueaba uno de los pezones.

–Yo también quiero verte –dijo de repente.

La carcajada de Luke contenía una mezcla embriagadora de orgullo masculino, satisfacción y ternura. Se dio la vuelta y ella recibió con placer el peso envolvente de su cuerpo.

–¿Quieres que te diga lo que pienso hacerte, Emmy? –le murmuró al oído.

La joven lo miró con ojos enfebrecidos y él aceptó aquello como

una afirmación.

Sus palabras deberían haber escandalizado los oídos virginales de ella, pero sintió una excitación incontrolable. Sus caricias mutuas y sus besos se volvieron menos mesurados, más arrebatados, a medida que la pasión subía como una reacción en cadena violenta e imparable.

–Emmy, no podré soportarlo mucho más –musitó él contra el cuello de ella.

Hundió su mano con gentileza en el vello púbico de ella y empezó a acariciarla rítmicamente.

–Tómame, pues –le suplicó ella, abriéndose instintivamente a él.

Su penetración fue rápida y fiera, pero calculada. Por un segundo, los músculos de ella se tensaron en protesta por el dolor.

–¡No! –gritó, abrazándolo con las piernas para impedir una retirada que preveía inminente–. Yo lo quiero –dijo con ferocidad primitiva, asumiendo por un instante el papel dominante.

Luego, a medida que se entregaba a su ritmo y se dejaba llevar por él, ya no hubo papeles, sino solo una armonía de entrega y aceptación. La emoción que la embargaba era tan grande, que sentía deseos de llorar.

Justo cuando creía que iba a morir de placer, las exigencias del cuerpo de Luke cambiaron de modo sutil. Recibió encantada la nueva fuerza elemental que le ofrecía.

Luke le repetía su nombre al oído como un mantra. Emily sollozó en voz alta al sentir la primera contracción de placer intenso. El grito que brotó de la garganta de él se mezcló con su voz hasta que ambos quedaron abrazados e inmóviles sobre la cama.

Cuando Emily se despertó, la luz del sol se filtraba por las cortinas iluminando el cuarto. Recordó en el acto todo lo ocurrido y se volvió para encontrarse con dos ojos azules que la miraban. ¿Qué podía decir? En su interior, su instinto la impulsaba a confesar el amor que la embargaba, pero no se atrevió.

Para ella, la noche anterior había sido una expresión física del amor que sentía por aquel hombre; pero él no quería lo que ella podía ofrecerle. Para él, había sido un encuentro casual aunque intempestivo; y no podía soportar la humillación de que él

conociera su amor, de que se burlara de él y lo utilizara como un arma más en su batalla de venganza.

Había cometido el mayor error de su vida y, sin embargo, sabía que, si volvía a encontrarse en el mismo lugar y con el mismo hombre, obraría del mismo modo. No quería mirarlo, ver el triunfo en su rostro atractivo y bien cincelado. ¿Se apresuraría a aprovecharse de la situación que había creado? Ella era una Stapely, un miembro de la familia responsable de la muerte de su madre, de la misma familia que había intentado domar su carácter anárquico.

Se dijo que tenía que haber algo más, pero se apresuró a borrar aquel optimismo. No podía permitir dejarse embrujar por su habilidad como amante; para ella, había sido una increíble revelación: había descubierto cosas de ella misma que no creía que existieran. Había perdido la arrogancia que le había hecho asumir que podía ignorar sus instintos básicos femeninos, pero también sabía que solo un hombre podría despertarlos: jamás podría conformarse con una pálida imitación de él.

–¿Qué hora es? –preguntó con voz prosaica.

–Emily, ignora las cadenas de la civilización por una vez. ¿Acaso importa qué hora sea? –preguntó él con sequedad.

Se incorporó sobre un codo y la manta cayó hasta su cintura. La joven se ruborizó.

–No podemos quedamos todo el día en la cama –murmuró, bajando los ojos.

–¿Por qué no?

Emily lo miró sobresaltada.

–No es normal –dijo nerviosa–. Yo solo he preguntado la hora. ¿Por qué tienes que diseccionar todo lo que digo?

Luke se colocó de espaldas, pero no dejó de mirarla.

–¿Perversidad innata?

–Sí, tienes algo de eso.

–Supongo que vamos a evitar cualquier referencia a lo de anoche –comentó implacable.

–Mi mano está bien, gracias.

Luke lanzó un silbido.

–Emily… –dijo con tono de advertencia.

–No quería dar demasiada importancia a un incidente aislado –

repuso ella con cautela.

–Y supongo que ahora irás a decirme que estás habituada a las relaciones esporádicas y de una noche –replicó él.

–Yo no diría eso.

–Nunca me había acostado con una virgen, pero todavía puedo reconocer a una –se volvió y pasó un brazo en torno al cuerpo de ella al tiempo que le acariciaba el cabello con la otra.

–Perdona que no estuviera a tu altura –repuso ella con tristeza.

–¿Interpretas mal deliberadamente todo lo que digo o es una tara genética? –explotó él exasperado–. Tienes veinte años, estabas prometida; había asumido que…

–Era razonablemente competente –lo interrumpió ella con amargura.

Luke lanzó un juramento.

–Podía haberte hecho daño. De haberlo sabido, podría haberme mostrado más gentil, más controlado.

La joven parpadeó, confusa.

–La experiencia no me ha dejado cicatrices físicas ni morales –dijo con acritud–, así que supongo que habrás hecho algo bien.

Luke la miró con una chispa de humor en los ojos.

–Eres muy amable al decir eso.

–No creo que… –empezó a decir ella.

Luke la inmovilizó con su pierna. El contacto de su piel resultaba abrasador y el aroma masculino de él borró de su mente lo que pensaba decir.

–Un hombre se siente halagado de ser el primero en saborear la dulzura de una mujer, ¿pero por qué esperaste? ¿Por qué yo, Emmy? –preguntó con voz profunda y sensual.

Lo había esperado sin saberlo. El destino la había empujado en aquella dirección. Lo miró con una sonrisa contemplativa y luego, se preguntó qué estaba haciendo. Un espasmo de terror inmovilizó su cuerpo. Se portaba como si creyera que su amor era algo recíproco y no un secreto que había que guardar celosamente.

–Confieso que sentía curiosidad –dijo con voz fría–. No voy a decir que hiciera voto de castidad deliberadamente; las circunstancias fueron así. Gavin respetó mi deseo de no adelantar los votos matrimoniales, aunque ahora comprendo que había cierto grado de hipocresía por su parte –añadió con sequedad–. Decidí que

mi inexperiencia sería un obstáculo más que un atributo para otra posible relación. Y después de ver lo histérico de tu reacción, supongo que no me equivocaba.

Soltó una risita seca.

–Para ser sincera, esta ha sido la oportunidad ideal. Entre nosotros no puede haber malos entendidos; no tenemos que fingir que ocurrió algo profundo y lleno de significado.

–No recuerdo que anoche te mostraras tan pragmática y fría –repuso él.

La atrajo hacia sí hasta que quedaron muslo con muslo, pecho con pecho. La miró con furia, que ella atribuyó a su ego herido. No le gustaba que hubiera sido ella la primera en decirlo.

–Eso fue anoche, Luke. Ahora es otro día –repuso con frialdad–. Te agradecería que me soltaras; quiero tomar un baño.

El hombre le acariciaba el costado y le resultaba difícil mantener la compostura cuando sus entrañas se fundían en un mar de deseo.

–Cada cosa a su tiempo. Yo te prepararé la bañera e incluso te enjabonaré la espalda –apartó las mantas con una mano y miró el cuerpo blando de ella–. Y posiblemente, también otras partes.

Emily cerró los ojos.

–Esto es ridículo, Luke. No puedes violarme.

Abrió los ojos; los de él brillaban con cinismo. Su mirada expresaba que aquello no sería necesario.

–Yo no quiero… –empezó a decir ella–. No cuando estás enfadado.

–¿Enfadado por haber oído que solo te interesa mi cuerpo?

–¿No es eso lo que buscas tú en las mujeres?

–El que tú seas tan incapaz como el resto de tu clan de mantener una relación no te da derecho a asumir que yo tenga el mismo defecto. Las mujeres con las que me he acostado eran bastante completas, y no me refiero solo a la parte física –musitó con desprecio–. Estoy hablando de personas estimulantes tanto intelectual como emocionalmente. No compañeras para toda la vida, pero tampoco aventuras de una noche.

–Entonces, ¿por qué yo, si no soy ninguna de ambas cosas? –lo miró desafiante–. Más aún, soy una Stapely.

Luke soltó una risita seca.

–Lo creas o no, eso no es lo que más me importa en este

instante; y yo también me he preguntado por qué tú, por qué Emily cuyos ojos pueden ser seductores e inocentes, con esos ojos inocentes y esa boca erótica… por qué sabes tan bien –dijo con amargura.

Emily apenas la percibió; sus sentidos estaban nublados por la presencia de él. Su boca era imposible de ignorar y dejó de sentir deseos de hacerlo. La lengua de él se movía a un ritmo acorde con el de su cadera contra el vientre de ella. Lanzó un gemido y se rindió a lo inevitable.

–Quiero oírtelo decir –le musitó el hombre al oído–. He esperado demasiado tiempo, Emily; quiero volver a oírlo.

–Te deseo, Luke –murmuró ella, completamente rendida–. Quiero sentir tus manos sobre mí –prosiguió entre gemidos.

Su determinación de no permitir que aquello volviera a ocurrir quedó olvidada entre sus caricias. La mano que rozó la parte interior· de sus muslos era suave y delicada y producía un movimiento sensible que la hacía estremecerse, pero se detuvo y ella levantó la vista con aire interrogante.

–Después de lo de anoche, he pensado que quizá estés dolorida –dijo él con franqueza.

–¿Y te importaría?

–¿Aún sigues jugando a la víctima, Emmy?

La joven negó con la cabeza, avergonzada de repente de su exabrupto. Como amante, se había mostrado en todo momento sensible, erótico y apasionado.

–No estoy dolorida –repuso con voz ronca–. ¿Qué harías si te dijera que me duele? –preguntó con curiosidad. Debía de poseer un control de acero si era capaz de echarse atrás en aquel momento.

–¿Quieres que te lo demuestre, mi gatita curiosa? –preguntó él, al tiempo que le separaba los muslos.

La contestación de ella fue la que esperaba oír.

Capítulo 8

DEBERÍA ponerse el vestido verde o era demasiado formal? Con un suspiro de desesperación, Emily arrojó el vestido sobre la cama, la misma cama que había compartido con Luke durante tres semanas. Su apartamento de Londres ocupaba el piso entero de un antiguo almacén reconvertido; era elegante, con suelos de madera brillante decorados con alfombras orientales y una mezcla de objetos antiguos y muebles modernos. Y resultaba bastante ordenado, si se exceptuaban las pilas de libros que ocupaban casi todas las superficies posibles.

–¿No deberías ducharte antes?

Se volvió al oír el sonido de su voz.

–¿Es tu modo de insinuar que huelo mal? –preguntó con calma.

–Hueles a mí.

Se acercó y le acarició los pechos a través de la fina bata. La joven lo miró a los ojos.

No necesitaba que le recordara la tarde que acababan de pasar. Se estremeció al revivir en su mente las imágenes eróticas de lo acontecido y lo abrazó. Una sonrisa curvó sus labios al ver la ropa revuelta de la cama. Luke bajó la cabeza y le besó el cuello.

Las semanas que llevaban juntos le habían hecho descubrir en sí misma un lado sensual que le resultaba embarazoso y placentero al mismo tiempo. Se había entregado a él por entero; lo único que seguía ocultándole era la confirmación de su amor. Aquello era doloroso, pero necesario. Pasara lo que pasara en el futuro, siempre tendría sus recuerdos y se abrazaba a ellos decidida a no dejárselos robar.

–¿Estás nerviosa? –preguntó él.

–¿Qué te importa eso?

Luke no intentó retenerla cuando se apartó y ella lo miró con resentimiento; sus palabras habían estropeado la dulzura del momento.

–Tienes que verlos alguna vez.

–Desde luego que sí; para eso estoy aquí, ¿no? –lo acusó con amargura–. Al menos, será en un territorio neutral. Debería alegrarme de esa pequeña merced. Supongo que ni papá ni tú os pondréis a gritar en público.

Aquella noche era la primera vez que vería a su familia desde que Luke les había informado del compromiso. Estaba segura de que, a pesar de las recriminaciones y amargura que sintieran en privado, los Stapely guardarían las apariencias en público.

–No he notado que tú te quejaras –observó él.

–Quizá he decidido sacar el mejor partido de lo que, después de todo, solo es algo temporal –repuso ella con frialdad–. Alguien como tú es fantástico para una pasión esporádica, pero no creo que estés preparado para algo más duradero. Tienes demasiada sangre nómada.

–Querrás decir sangre desconocida –repuso él con voz dura–. ¿Se puede saber qué te pasa? Siempre pareces mucho más cómoda cuando nos dedicamos a insultamos.

Emily respiró hondo.

–¿No crees que insultarnos es lo que mejor se nos da?

–Yo no diría eso –repuso él con voz sensual–. ¿Me defendías alguna vez delante de tu familia?

–¿Por qué iba a hacerlo? –replicó ella–. Ellos son mi familia, tú eres…

–El pariente pobre al que se podía exhibir en ciertas ocasiones para demostrar la generosidad de los gloriosos Stapely.

–Siempre has parecido muy capaz de cuidarte solo –musitó ella, desafiante.

¿Acaso le había ido mejor a ella? Tenía un hermano con el que no la unía nada, una hermana que le había robado el novio y unos padres que nunca habían ocultado lo mucho que los decepcionaba su comportamiento. Padres para los que sus deseos no habían sido jamás más que una inconveniencia.

–La familia no es algo tan maravilloso. Quizá yo te envidie a ti; creo que solo te mueve la autocompasión. El gran Lucas Hunt se deja consumir por la lástima hacia sí mismo.

Luke la miró con un brillo extraño en los ojos.

–Puede que tú hayas perdido más –asintió–. Dudo mucho que jamás hayas recibido un cariño auténtico. Al menos, yo tuve a mi

madre durante una parte de mi infancia y, aunque éramos pobres, aprendí a dar y recibir cariño –se encogió de hombros–. Tú, por otra parte, jamás has recibido esa lección y suelen decir que una persona que nunca ha tenido amor no puede realizarse nunca por completo. Después de todo, da que pensar que una mujer siga siendo virgen a los veinte años.

–Era –le recordó ella, herida por sus palabras. Precisamente era su capacidad de amar lo que le infligía tanto tormento en ese momento.

–Acepto la corrección.

–Y yo no describiría una tarde de sexo contigo como una experiencia altamente emocional –gritó ella.

–¿En serio? ¿Y cómo lo describirías tú exactamente?

–Una experiencia de aprendizaje técnico.

Luke la sujetó con rabia.

–Cuando quieres, puedes ser una verdadera arpía.

–Culpa a mis genes –repuso ella–. Parece ser una de tus fijaciones.

Luchó por soltarse de él. Luke la despreciaba tanto que, siempre que empezaba a pensar que podrían ser amigos, sus prejuicios subían a la superficie como el aceite en una piscina.

–Te culpo a ti, bruja vengativa –gritó él–. ¿Por qué te permito que me hagas esto?

Parecía haber hablado a su pesar. Emily no podía creer la frustración que reflejaban sus palabras. Lo miró confusa. ¿Qué le hacía ella? ¿A qué se refería? En su rostro no leyó la respuesta, sino solo una rabia que se transformó ante sus ojos en deseo sexual.

–Eres una bruja increíblemente sensual –observó él.

La joven se estremeció y se dejó abrazar, aceptando el beso, que era al mismo tiempo apasionado y rabioso. Cuando abrió los ojos, vio que la miraba con deseo.

–¿Qué puntuación técnica alcanza esto? –preguntó con voz ronca. Sonrió al ver la mirada de ella–. En una escala del uno al diez, por favor.

–Vuelve a preguntármelo cuando tenga más elementas de comparación –musitó ella, ultrajada por la facilidad con que conseguía excitarla.

Luke achicó los ojos.

–Suprime ese deseo de experimentar hasta que haya acabado contigo –le advirtió sombrío.

No fue la arrogancia de sus palabras lo que la inmovilizó, sino el recuerdo de lo temporal que era su necesidad de ella. Había admitido prácticamente que tenía intención de dejarla. La licencia de matrimonio con fecha del día siguiente solo sería legalmente vinculante hasta el divorcio. Se recordó que ya lo sabía y que no podía permitir que eso le doliera.

–Creo que descubrirás que eso es elección mía, Luke.

Se juró en silencio que huiría antes de que se cansara de ella.

–¿Y qué dices tú, Emmy? –preguntó él con desprecio.

La tomó por la cintura y la levantó en vilo hasta apoyarla contra la pared. Echó la cabeza hacia atrás. Emily lo miró con aire sumiso. En aquella posición, era imposible ignorar la excitación de él y la fricción entre ellos comenzaba a debilitarla de deseo. ¿Decir? Apenas si conseguía respirar. La cabeza le daba vueltas y los pulmones no le respondían. ¿Era necesario que demostrara una y otra vez que tenía el control de la situación y ella no era más que la víctima de una pasión ciega?

–Luke, la puerta –dio un respingo al oír el timbre.

–Que se vayan al infierno –repuso él.

–Tengo que vestirme –le recordó ella, apartándose.

Los ojos azules de él la miraron con frustración.

–Ponte el azul –dijo sobre su hombro antes de salir.

Emily eligió instantáneamente el verde.

–Mi querido Luke, es una maldad por tu parte no haberme dicho que estabas aquí.

El sonido de aquella voz femenina atrajo a Emily hacia la sala de estar. Allí se detuvo al ver a una rubia elegante. Su largo cabello, echado hacia atrás, dejaba al descubierto un cuello de cisne y tenía los brazos en torno a Luke. Su ropa, de diseño, proclamaba claramente el estatus económico y social de su dueña.

Emily hizo un sonido inarticulado con la garganta; una oleada de rabia se apoderó de ella.

–¿No vas a presentamos, Luke? –miró con frialdad la figura en bata de Emily–. He descubierto que estaba en Londres. Es mi vecino más próximo en Escocia –le explicó–. A veces me encargo de que su casa no se derrumbe del todo mientras está fuera. Creí que no nos

veríamos esta vez y resulta que estabas aquí.

Emily le dedicó una sonrisa tensa.

–Seguro que Luke te lo agradece mucho.

–Cuando le apetece, puede ser un ángel, ¿verdad? El resto del tiempo está perdido en su mundo –le tendió una mano–. Veo que ha olvidado sus modales. Soy Beth Urquhart; puedes llamarme Beth. Emily le estrechó la mano.

–Emily Stapely.

Buscó alguna muestra de reconocimiento en los ojos de la otra, pero no detectó ninguna.

–Bueno, Emily, ¿te vas a quedar mucho tiempo con Luke o solo es una visita? –su tono de voz implicaba perfectamente que consideraba aquello una relación trivial.

Luke miró impasible el rostro ruborizado de Emily.

–Vive aquí –dijo.

–¿Una cuidadora de la casa? ¿Qué será lo próximo que se te ocurra, Luke?

La mujer era estúpida o ciega, y estaba obviamente encaprichada con Luke. Sus insultos, pronunciados con un tono de voz exquisitamente modulado, le dieron ganas de gritar a Emily. ¿Qué clase de mujer aceptaba que un hombre al que quería para sí se acostara con otra?

–Eres muy amable al limpiar para Luke –repuso con calma–. La casa estaba muy ordenada –ella también podía jugar a lo mismo. Vio con placer que la otra se ponía tensa.

–Tenía entendido que no admite distracciones mientras trabaja en Escocia –dijo la rubia con tono agudo.

Pero cuando miró a Luke, en sus ojos solo había adoración. Emily sintió náuseas. Se sentía totalmente excluida, lo que sin duda era la intención de la otra. Evidentemente, Beth consideraba a Luke como propiedad suya en Escocia y la presencia de Emily allí no le había caído muy bien.

–Emily me ha ayudado con la mecanografía.

–Así soy yo, competente en todos los aspectos –asintió ella con una sonrisa brusca.

La mirada que lanzó a Luke prometía venganza por aquella presentación. La sonrisa blanda que le lanzó él le hizo apretar los dientes.

–Yo podría haberme encargado de eso, Luke.

–Pero ya haces demasiado por mí, querida –musitó el hombre. Miró a Emily con desafío–. No podía pedirte más.

Emily lo miró furiosa. La atracción que encontraba en el norte de Escocia le resultó de repente mucho más clara. Se maldijo por ser una estúpida y no haber comprendido que Luke siempre tendría una mujer a mano dondequiera que fuera.

–Ya lo conoces; es todo encanto y caballerosidad –dijo.

–¿Y eso te molesta, Emily?

Emily era consciente del modo en que Luke contemplaba aquel intercambio de palabras.

–Para nada, Beth. Y ahora que recuerdo, mañana tenemos una boda y te agradecería eternamente que pudieras ocupar mi lugar.

Beth podía pensar lo que quisiera. Aquella mujer alta y elegante simbolizaba a todas las demás mujeres hermosas con las que había visto a Luke y, como tal, no le inspiraba ninguna simpatía. Confió en que a él le resultara muy difícil explicarle todo aquello.

Beth se puso rígida; su rostro clásico palideció y miró a Luke, esperando que él negara sus palabras.

–Espera en el dormitorio, Emily.

La joven había interpretado ya las señales que lanzaba la otra: miedo… sintió una extraña solidaridad. ¿No era lo mismo que sentía ella? Se avergonzó de disfrutar con el daño que acababa de infligir, pero se puso tensa cuando oyó la orden de Luke.

Se retiró en silencio, con la cabeza alta. Se quedó detrás de la puerta con el corazón latiéndole con fuerza. Eso era lo que le esperaba. Luke no tenía intención de alterar su estilo de vida; tal vez incluso llevara a aquella mujer allí, como si ella no existiera. ¡Le había ordenado que se marchara! La puerta no estaba bien cerrada y no tardó en oír sus voces por encima del tumulto de su corazón.

–No te estarás aprovechando de esa niña, ¿verdad, Luke?

–Voy a casarme con Emily, Beth.

–Comprendo, Luke. Has sido muy paciente conmigo.

Emily contuvo el aliento, esforzándose por no perder palabra.

–La paciencia no tiene nada que ver con esto, Beth.

–Después de la muerte de Martin, no habría podido sobrevivir sin ti. Estaba furiosa con él por… haberme dejado así.

–Es perfectamente natural.

–Tardé mucho tiempo en llorar su pérdida.

–Tienes que pensar en el futuro, Beth, y dejar de culpabilizarte por una reacción normal. Tienes muchas cosas por las que vivir.

–¿Te has dado cuenta de que me he quitado el anillo? –preguntó ella con emoción.

–Lo he notado y me alegro por ti.

–Por nosotros, Luke. ¿No lo comprendes? Podemos construir un futuro juntos. Al fin he enterrado a Martin; puedo empezar a vivir de nuevo. Es culpa mía que te hayas vuelto hacia esa chica.

El silencio se prolongó durante una eternidad. Emily cerró la puerta con cuidado.

Cuando Luke volvió, ya había empaquetado una pequeña bolsa. Se sentía fría, tranquila y solo un poco vacía.

–¿Qué demonios pasa aquí? –preguntó él.

–Me marcho.

Mientras se ponía la chaqueta vaquera, pensó que aquello era lo que se sentía cuando se perdía la esperanza.

–No voy a casarme contigo, Luke –se encogió de hombros y se acercó a la pequeña maleta.

El hombre se le adelantó. Vació deliberadamente su contenido en el suelo.

–No irás a ninguna parte –dijo con voz remota y peligrosa.

–Puedes quedarte con eso –repuso ella, ignorando sus palabras–. Me iré con lo puesto. Consuélate con la idea de que papá sufrirá mucho cuando le cuentes tus mentiras. Eso te calentará las noches en que no tengas a Beth. Espero que me disculpes con ella.

–Ya se ha marchado –dijo él.

–Este intercambio de mujeres debe de ser agotador –contestó ella con simpatía.

–Yo no quiero a Beth, Emmy. Escucha…

–¿Querer? Ni por un momento he pensado que lo hicieras. Dudo que seas capaz de ello, pero ella te quiere a ti.

–Martin, su marido, era amigo mío. Yo estaba a su lado cuando lo mataron en Beirut hace tres años.

–¿Por eso se siente tan culpable? Supongo que ya erais amantes entonces. ¿No te resulta conveniente que ahora quiera hacerlo oficial? Te gusta que tus relaciones sean temporales, ¿verdad? ¿Quieres usarme como excusa para mantenerla a distancia?

–Los celos te ciegan –comentó él rabioso–. No suele compensar escuchar solo la mitad de una conversación. Confía en mí, Emmy.

La joven soltó una risita seca.

–¿Confiar en ti? Eso no es posible, Luke. Ya no puedo seguir soportando tus estúpidos planes. En cuanto a lo de celosa, pareces olvidar por qué estoy aquí. No pensarás que te habría elegido como amante si tú no me hubieras chantajeado, ¿verdad? Tu problema es que sigues pensando que soy una colegiala ingenua y casi me convenciste a mí de lo mismo. Mira, esto era un farol, Luke, y cualquier cosa es preferible a casarse contigo. Cometí un error al acostarme contigo, pero no pienso quedarme.

Sus ojos estaban secos, pero una gran emoción bullía en su pecho.

–Si ese es el caso, no creo que haya mucho más que decir, ¿verdad? –los ojos de él se habían apagado; seguían siendo igual de azules, pero sin brillo–. Tú no crees que yo tenga principios, ¿verdad, Emily?

Sus ojos se encontraron y la joven se estremeció al ver el frío desprecio de su mirada.

–Creo que reservas tus cruzadas morales para la televisión. Tu vida personal parece entregada completamente a tu cruzada de venganza.

–Me conmueve profundamente esa muestra de confianza –dijo él con disgusto–. Siempre me ha causado placer perturbar la perfección del hogar de los Stapely, ¿pero de verdad crees que soy tan inseguro como para convertir eso en lo prioritario de mi vida? Además, hay pocas cosas que no puedan cambiarse por una mujer –su voz tenía la textura de la seda y la joven lo miró fascinada–. Por una mujer especial, capaz de dar y confiar; claro que es posible equivocarse y otorgar un gran poder a una mujer que no lo merece, pero los hombres también tienen sus debilidades –la miró con fervor.

La joven palideció. Beth Urquhart era la mujer que quería. Le estaba diciendo que ella, Emily, no había sido más que un suceso menor, como sus intentos por reparar la injusticia sufrida por su madre. Beth era su principal atracción, la mujer capaz de suscitar aquella intensidad. Deseaba decir algo; era patético y lo sabía, pero en aquel momento, una palabra de él, una muestra de

arrepentimiento y ternura, habría bastado para impedir su marcha. Deseaba quedarse allí y tenerlo en exclusiva.

Le expresión de Luke seguía siendo remota, inflexible. No la quería, ni con exclusividad ni de ningún otro modo. Si lo hubiera hecho, la habría detenido. Salió por la puerta con el corazón roto.

Capítulo 9

EMILY se alisó el sencillo vestido de seda azul que llevaba; la cadena antigua de oro que le colgaba del cuello parecía demasiado elaborada para la sencillez de la prenda, que sacaba todo su impacto de la esbeltez de ella. Pensó con cansancio que esa esbeltez no duraría mucho y observó la curva de sus pechos. Permitió que Gavin le quitara la chaqueta y sacudió la cabeza para liberar unos mechones de pelo que suavizaran el elegante moño alto que llevaba.

–Estás fabulosa.

La joven aceptó el cumplido con una sonrisa cálida. Se alegraba de que volvieran a ser amigos y Gavin parecía haber aceptado que nunca podrían ser nada más. Se había tropezado literalmente con él en unos grandes almacenes, pero su aceptación de la situación acabó con la tensión de su relación. Desde que ella se había mudado a su pequeño apartamento, habían comido juntos en varias ocasiones.

Su mejor amiga, Martine, la acogió en su casa cuando dejó la de Luke. El ruido y el calor de aquel hogar, en el que había una niña de seis meses, la hicieron anhelar todo lo que había perdido. Pasó las primeras semanas en una especie de nube que no quería volver a recordar, ya que ahora tenía un incentivo para enfrentarse a la vida de nuevo: un hijo del que no pensaba informar a Luke. Estaba completamente decidida: aquel niño no sería un arma más en sus manos. Puede que la felicidad le hubiera sido negada, pero aún podía llevar una vida fructífera; su hijo era una parte de Luke que nadie podía arrebatarle. Cuando recibió la confirmación de su embarazo, sintió una gran alegría.

Su primer instinto fue alejarse todo lo posible de allí, pero los consejos de Martine le hicieron comprender los beneficios de tener cerca a los amigos; y aunque no tenía intención de regresar a Charlcot, tampoco quería perder por completo el contacto con su familia.

La fiesta era un acontecimiento benéfico y estaba segura de que en algún momento se encontraría con alguien de su familia. Era el tipo de evento que se sentirían obligados a honrar con su presencia.

–¿Vendrá Charlotte? –preguntó con aire inocente.

–No lo sé.

Sonrió para sí. A pesar de su última pelea, sospechaba que Gavin y su hermana volverían a juntarse antes de mucho tiempo. Recorrió con la vista la habitación atestada y se contentó con observar a la gente. Los diamantes de las presentes rivalizaban con el brillo de las arañas y se preguntó qué pensarían de aquello los millones de personas hambrientas a los que se pretendía ayudar aquella noche.

Al atravesar la estancia, palideció y su mano derecha buscó apoyo en el brazo de Gavin.

–No puedo quedarme aquí. ¿Lo sabías tú? Creo que voy a vomitar.

Su acompañante miró a su alrededor para ver si su comportamiento había atraído la atención de alguien.

–¿Estás enferma? ¿Quieres que busque un médico?

Al ver la expresión predadora con que Luke se acercaba a ella, Emily pensó que quizá no fuera tan mala idea.

–Luke –le explicó al oído.

¿Qué hacía allí? Él nunca asistía a ese tipo de fiestas.

En cuanto vio su figura distinguida, comprendió que su recuperación era solo de boquilla. La horrible sensación de pérdida que la impulsaba a pronunciar a veces su nombre en voz alta había sido controlable, pero aquella emoción desbordante no lo era.

–Hola, Luke –se sintió obligada a ser la primera en hablar–. Beth.

Odiaba a aquella mujer con tal vehemencia que casi le producía un dolor físico. Los dos estaban muy guapos, altos, elegantes; ella rubia y él moreno: una pareja perfecta. Se sintió como un poni al lado de dos pura razas, aplastada por el peso opresivo de tanta perfección.

–Vaya, esto es una verdadera reunión familiar; creo que Charlie también está por aquí –dijo Luke.

Había dirigido a Gavin una mirada asesina antes de volver su atención a Emily. La intensidad azul de sus ojos la golpeó como un láser. Ella habría esperado más bien indiferencia y aquella

agresividad manifiesta la desequilibró aún más.

–¿Emily y tú sois familia? –preguntó Beth, sorprendida.

–Somos primos.

–Soy la oveja negra de un clan muy respetable, Beth. Pero Emily exagera nuestros vínculos de parentesco. Mi madre era la prima adoptiva de Charlie Stapely; por mis venas no corre ni una gota de esa sangre sagrada.

–¿Tú una oveja negra? –se rio la mujer–. No tenía ni idea de que fueras tan peligroso, querido. ¡Qué emocionante!

Emily apretó los dientes con fuerza. ¿Practicaba aquella sonrisa en el espejo o era una coqueta innata? Fuera como fuera, estaba segura de que ella jamás podría estar a su altura.

–Luke puede no llevar el apellido Stapely, pero posee el rasgo familiar de utilizar a los demás para potenciar sus ambiciones –sonrió.

El aludido la miró con rabia y ella levantó la barbilla con un gesto de desafío que estaba muy lejos de sentir. Apretó con fuerza el brazo de Gavin.

–Nuestra canción, Emily.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Luke la separara de su acompañante y la sacara a la pista, donde otras parejas bailaban ya al ritmo de una melodía nostálgica y lenta.

–¿Cómo te atreves? –preguntó con furia, sin levantar la vista de la camisa de él–. Nosotros no tenemos una canción.

Le resultaba muy difícil pensar con claridad con el cuerpo de él aplastado contra el suyo.

Luke le acarició la espalda antes de apretarla aún más contra sí, sin molestarse en disimular el efecto que ella producía en él.

–Un detalle técnico, querida. La tendríamos si tú no hubieras salido huyendo.

La joven levantó la barbilla en señal de protesta. ¿Qué derecho tenía a hablar con amargura?

–Mi recuerdo de lo que ocurrido difiere del tuyo. No me interesaba un triángulo amoroso.

–Llevas un vestido muy provocativo –afirmó él–. ¿Gavin te ha dado su aprobación? Eres una criatura de costumbres, ¿verdad, Emily? ¿Habéis vuelto a vuestros planes de boda?

–Tú serías el último en saberlo si así fuera.

Un gemido escapó de sus labios al notar que la mano de él se movía lenta y sensual sobre su trasero.

–Generas calor suficiente para iluminar una ciudad, pequeña –dijo él, apoyando la barbilla en la cabeza de ella–. ¿Sabe Gavin que hemos sido amantes, que puedo hacer que me supliques que te toque? Tu piel tiene una textura especial, Emily –le susurró al oído–, una piel translúcida de satén. Me gusta tocarte. ¿Puedes sentir lo mucho que deseo tocarte?

La joven levantó lentamente los ojos; su corazón latía al ritmo de la música mientras sus cuerpos se movían completamente sincronizados.

–Basta, Luke –suplicó con voz ronca.

El hombre le tomó la mano y se la llevó a los labios, en un gesto aparentemente cortés, pero increíblemente erótico. Emily estaba mareada por la fuerza de su excitación.

–No quiero dejarlo. Soy un hedonista, por si no lo recuerdas, y la autonegación no va conmigo. En un mundo perfecto, un hombre acaba por conseguir aquello que espera con paciencia, pero este mundo está lejos de ser perfecto.

–Entonces, es el mundo ideal para ti.

Recordó que Beth los observaba y que era a ella a quien Luke quería; él mismo se lo había dicho. Estaba enfadado porque ella le había arrebatado la iniciativa y lo había dejado.

–Yo he venido con Gavin y tú con Beth. No veo motivos para cambiar ese arreglo. ¿Por qué no se lo has dicho a papá?

–¿El qué? –preguntó él con ojos enigmáticos.

–Las mentiras…

–¿Tienes el valor de hablar de mentiras cuando tú has vuelto a la tediosa seguridad de ese niño bonito?

–¿Quieres dejar de llamarlo así? Tiene un nombre.

–Dudo que hayas sido sincera con él. ¿O no le importa ser un sustituto porque no tienes agallas para mantener una relación adulta? Si lo que buscas es un nido de lujo, estoy seguro de que puedo ofrecerte tanto como él.

–La idea de ser la amante de un hombre no me atrae demasiado, pero la idea de ser la tuya me parece absurda. Ya sé que Beth está loca por ti, pero incluso ella… –se separó al terminar la música–. Acabo de recuperar mi libertad; hace muy poco que me he librado

de mi padre y de todos vosotros.

–¿No has vuelto a Charlcot? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Tengo un apartamento propio.

–¿Con Gavin?

La joven ignoró su pregunta.

–Un empleo, aunque temporal.

La herencia de su abuela materna le resultaría útil en los próximos meses, cuando no pudiera trabajar.

Los ojos de él seguían fijos en su rostro.

–Hay algo más… algo diferente.

Emily lo miró horrorizada. Luke parecía capaz de adivinarlo todo.

–Vosotros dos estáis dando un buen espectáculo a los aburridos y curiosos.

La voz de su padre la sacó de su mundo privado. Se ruborizó y miró a su alrededor; la pista estaba medio vacía y algunas personas los miraban con curiosidad. La expresión de Luke era tan fiera que hasta Charles Stapely vaciló un momento.

–No te metas en esto –dijo Luke–. No sé cómo has podido atreverte a advertirme que no viniera.

–Era el único modo de asegurar tu presencia.

La música empezó de nuevo y los tres quedaron aislados entre los bailarines. Emily observó que las enigmáticas palabras de su padre habían atraído la atención de Luke. Desapareció entre la multitud antes de que ninguno de los dos se diera cuenta.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo de madera de roble, el mismo en el que había gastado tantas energías en restaurar. Le consolaba ocupar el tiempo con tareas agotadoras que la distrajeran de sus anhelos.

La velada había sido una pesadilla. Encontrarse con Luke sin preparación previa la había asustado. Tuvo que tomar un taxi de vuelta a su pequeño santuario. Se quitó los zapatos y se deshizo el moño en un estado de trance y luego se sentó en el suelo. Solo el sonido estridente del timbre la sacó de su abstracción. Pensó ignorarlo, pero siguió sonando una y otra vez.

Los Smith, la pareja anciana que le había alquilado el piso

superior de su villa victoriana, eran bastante duros de oído. Las escaleras que conducían a su entrada privada eran empinadas, así que las bajó con cuidado, consciente de la vida que llevaba en su interior.

Cuando abrió la puerta, dio un respingo.

–¡Luke!

¿Cómo la había encontrado? Le había hecho jurar a Gavin que no se lo diría a nadie.

–Veo que recuerdas mi nombre.

Entró en el pequeño vestíbulo. Se había quitado la corbata y llevaba el pelo revuelto. A Emily le daba vueltas la cabeza. Se negó a levantar la vista y fijó los ojos en la camisa blanca de él.

–No sé lo que haces aquí, pero me gustaría que te marcharas –dijo con toda la calma de que fue capaz–. Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

Pensó que quizá había contado al fin sus mentiras a su padre y había ido allí a presumir, a castigarla con los detalles.

–Pues es una lástima, porque me importa un bledo lo que tú quieras.

–¿Quieres hacer el favor de bajar la voz? Esto es un vecindario respetable.

No había cambiado nada; seguía igual de arrogante y dominante, tan seguro de sí mismo como siempre. ¿Cómo había podido enamorarse de él?

–Entonces, ¿cómo es que admiten a madres solteras aquí?

Emily lo miró completamente pálida.

–¿Cómo…? Marty no… Marty no haría eso –tartamudeó, sorprendida.

Martine le había prometido guardar el secreto y aún no se lo había dicho a nadie más.

–Me alegro de que al fin me prestes atención –su expresión era muy agresiva–. ¿Quién es Marty? ¿Otro amante nuevo? ¿Gavin no está a la altura?

–Si prefieres llamarlo así –dijo ella, desafiante.

–¿Es cierto que estás embarazada?

La observó con atención.

Emily parpadeó, pero aquella pesadilla no se desvaneció. Una sonrisa provocativa iluminó sus labios.

–La verdad solo conseguiría confundirte más, Luke.

El hombre respiró hondo y apretó los dientes.

–Arriba –ordenó.

–Soy muy selectiva con mis visitas…

Luke la levantó en vilo, se la echó al hombro y la transportó escaleras arriba. Ignoró sus furiosos insultos y abrió la puerta de una patada.

Cuando la dejó sobre el pequeño sofá, la joven le dio una patada en la espinilla.

–¿Crees que puedes entrar aquí por la fuerza?

Se sentó muy recta, indignada por todo aquello. Su miedo había estado bien fundado. Luke sabía lo del niño, aunque no conseguía comprender cómo se había enterado; pero el hecho de que lo supiera ponía en peligro sus planes. Su instinto maternal, recién adquirido, estaba en alerta máxima; si creía que podría arrebatarle a aquel niño… un gemido brotó de su garganta.

Luke miraba a su alrededor, pero volvió la vista hacia ella al oír el gemido.

–Tú me consideras un bárbaro, Emmy. ¿Por eso huiste de mí?

–Creí que no te darías cuenta. ¡Estabas tan ocupado! –repuso ella con frialdad.

Así que era eso lo que le había molestado, ¿eh? Pero no lo suficiente para intentar buscarla. No, seguro que había estado demasiado ocupado con alguna de sus viudas alegres y rubias.

Luke se sentó en el sofá a su lado; le pasó un brazo en torno a los hombros para sujetarla. La joven se mantuvo rígida y tragó saliva cuando él apretó deliberadamente su muslo contra el de ella.

–Volvamos a mi primera pregunta. ¿Vas a tener un hijo nuestro?

Mientras hablaba, le tomó la barbilla con la mano libre y la obligó a mirarlo a los ojos.

–Mío –corrigió ella–. ¿Cómo te has enterado?

Luke guardó silencio un instante.

–Por una de esas ironías de la vida, pequeña. Tu padre se aseguró de que yo asistiera esta noche a la fiesta.

–No comprendo…

–Tú no eres la única –replicó él con rabia–. Tu querido papaíto se cercioró de que asistiría esta noche porque he ignorado sus recientes llamadas de teléfono. Quería echarme un discurso sobre

responsabilidad paterna, ¿puedes creerlo? ¡Como si fuera el más indicado para predicar sobre el tema! Me ha acusado de haberte abandonado como la basura que soy. Hemos intercambiado algunas palabras amables y luego nos hemos separado.

Emily pensaba en lo que acababa de oír. ¿Cómo se había enterado su padre?

–No le has pegado, ¿verdad? No lo comprendo. Yo no se lo he dicho.

–No le he pegado, aunque admito que la idea se me ha pasado por la cabeza. Siempre has infravalorado a tu padre, pequeña. Te ha estado siguiendo desde que volviste a Londres. Una visita a la clínica de maternidad bastó para hacerle sospechar.

–¡Eso es terrible! –se estremeció la joven.

–En estas circunstancias, creo que aplaudo sus medidas.

–Eres tan malo como él –musitó ella con incredulidad.

–Solo quiere cuidar de ti, Emily.

–¿Estás disculpando a mi padre? –preguntó ella, atónita.

–Comprendo su motivación –corrigió él–. Debes de estar embarazada de tres meses –añadió, calculando mentalmente.

–Suponiendo que el niño sea tuyo.

Luke la tomó por los hombros y la miró a la cara con una combinación de rabia y tristeza.

–¿Vas a decirme que no lo es? –bajó la vista hasta el vientre de ella–. Eso me parecía –dijo con satisfacción al ver que la expresión de ella confirmaba lo que ya sabía–. ¿Tenías intención de contármelo?

–No.

El hombre hizo una mueca de rabia.

–Supongo que creías que no tenía nada que ver conmigo.

–Eres muy perspicaz –dijo ella con fingida admiración.

–Y tú vives en un mundo de fantasía. ¿Crees que tu familia, que habita a menos de veinticinco kilómetros de aquí, no iba a notar que tenías un hijo? ¿Cómo crees que te he localizado aquí? –soltó una risita seca–. Y para ser justos, tu padre está sinceramente preocupado por ti. Creo que tu reacción ante su pequeño engaño lo asustó de verdad. Probablemente, es la primera vez en su vida que se siente culpable –añadió con brusquedad.

Emily guardó silencio.

–El hecho de que a tu madre le daría un ataque si la gente supiera que su hija es madre soltera puede haber contribuido a su interés –chasqueó la lengua y movió la cabeza–. No es bueno para la imagen. Un problema con drogas de diseño habría sido más aceptable. Es algo bastante usual en su círculo –su expresión mostraba claramente lo que pensaba de ese círculo–, pero la pobreza es poco interesante.

–Esto no es una desgracia.

–Depende de cómo lo mires. Da la casualidad de que yo no quiero que mi hijo se críe en un ático de una habitación.

–Fue lo bastante bueno para ti –comentó ella.

¿Acaso pensaba robarle todo, no solo su amor, sino también la vida nacida de aquel amor? No permitiría que la dejaran a un lado. Estaba confusa. Luke parecía querer el niño y ella no había imaginado que fuera a ser así. Su estilo de vida no era el más adecuado para un padre y, además, suponía un obstáculo más entre Beth y él.

–Una situación que no tengo intención de perpetuar –repuso él con frialdad–. Y la razón por la que vas a casarte conmigo.

Emily dio un respingo. No solo la habían sobresaltado sus palabras, sino también su modo de decirlas, como si fuera un tema cerrado.

–Creo que eres tú el que vive en un mundo de fantasía –lo miró con dureza–. ¿Qué pasa? ¿Te ha dicho mi padre que te cases conmigo o te ha advertido de que no lo hagas? Supongo que, desde tu punto de vista, será una proposición atractiva, pero no pienso dejarme sacrificar por ninguno de los dos. No me importa si mi madre es la comidilla de su club de bridge; este es mi hijo y no me preocupa que sea ilegítimo. Sé mucho de matrimonios sin amor y yo no quiero uno. Además, ¿no te has olvidado de la encantadora Beth?

Luke había palidecido al oírla. Emily notó que había adelgazado; los huesos de su rostro parecían más pronunciados. Se pasó la mano por el pelo y a la joven le sorprendió ver unas canas en sus sienes. Se preguntó si habría estado enfermo.

–Si crees que voy a permitir que mi hijo sea educado por otro hombre… –dijo con voz ronca.

–¿Tiene que haber necesariamente un hombre?

Luke le colocó una mano en el vientre y ella se encogió, pero no podía moverse. Sintió deseos de llorar.

–En estas condiciones, sí. Siento mucho que te repugne tanto la idea del matrimonio, pero no me conformaré con menos. Además, me necesitas. Lo sé. ¿Por qué tienes que negarlo constantemente?

–Tu arrogancia es patética –sus ojos se llenaron de lágrimas–. ¿Qué me dices de Beth? ¿Cómo puedes hacerle esto?

La expresión de Luke se volvió impaciente.

–¿Se puede saber por qué sigues hablando de Beth? ¿Te importa explicarme adónde quieres ir a parar con tantas insinuaciones?

–Os oí hablar en el apartamento –dijo con los ojos bajos–. Sé que estabas esperando a que superara la muerte de su esposo para estar juntos. Oí lo que dijo –levantó la vista–. Sería horrible que te casaras conmigo si sientes eso por ella.

Lanzó un gemido y apoyó la cabeza contra el respaldo del sofá.

–Todo esto es muy confuso. Ya sé que debería haberte dicho lo del niño –admitió–. Marty no dejaba de presionarme, pero….

–¿Quién es Marty? –preguntó él con ferocidad.

La joven parpadeó.

–Voy a tener un hijo de ambos. Eso no te da derecho a interrogarme sobre mis amigos.

–¿Ha estado aquí contigo? –miró a su alrededor.

–Marty es una mujer –repuso ella con cansancio.

Luke pareció de repente satisfecho.

–Creo que serás una buena madre. Creo que tienes un corazón generoso que está deseando amar, pero no has encontrado a quién querer y te has habituado a encerrar tu amor de tal modo que casi habías olvidado entregarlo hasta que…

La miró con pasión y ella se ruborizó.

–¡No! –suplicó. Sabía que lo amaba. Su última defensa empezaba a derrumbarse a sus pies.

–Emmy, querida pequeña –habló con tal ternura que la joven lo miró sorprendida–. Huiste de mi casa porque creías que Beth y yo estábamos enamorados.

–Oí…

–Oíste una parte de la conversación –la interrumpió él–. Y como siempre, creíste lo que te interesaba creer de mí. Si hubieras seguido escuchando…

–Tú la besaste –explotó ella–. Yo te vi.

–Lo que viste fue cómo me besaba ella.

–Y supongo que vas a decirme que lo hizo a la fuerza.

Una sonrisa extraña curvó la boca de él.

–Estos celos son una especie de revelación, Emmy. Ahora cállate y escúchame un momento.

Apretó un dedo contra los labios de ella, que se quedó inmóvil.

–Conozco a Beth desde que se casó con Martin hace años. La suya fue una relación tempestuosa pero, a pesar de sus peleas, fueron muy felices. Cuando mataron a Martin, Beth se quedó destrozada. Durante semanas, se negó a creer que había muerto. La rabia y los remordimientos posteriores fueron terribles. Yo era su amigo, nada más –la miró con cierta incomodidad–. Parece ser, y me culpo por no darme cuenta de ello, que Beth confundió nuestra relación. Yo llevo un año alentándola a reanudar su vida y volver a Londres. Dirigió una agencia de publicidad hasta que se mudó al norte. Me complació que fuera capaz de reconstruir su vida, pero no había anticipado que quisiera incluirme en ella.

Emily sintió una oleada de alivio. Lo que decía era cierto; de eso no le cabía duda.

–Esta noche estabas con ella.

–Y tú con Gavin –le recordó él con rabia.

–Hemos aclarado nuestras diferencias –asintió la joven–. Somos amigos y nunca seremos otra cosa… a menos que se convierta en mi cuñado. Esta noche he sustituido a Charlotte en el último momento. Se habían peleado.

–Y yo he ido porque tu padre me envió una carta en la que me prohibía expresamente que apareciera por allí –sonrió con satisfacción–. Beth tenía que asistir porque trabaja con la organización benéfica que daba la fiesta. Dadas las circunstancias, se lo ha tomado todo muy bien. Creo que el verte en mi apartamento sirvió para aclararle las ideas; simplemente le costaba trabajo renunciar a su fantasía. Nunca hubo chispa entre nosotros y eso no se puede improvisar. Y en el fondo, ella lo sabía. Fue una media hora delicada, pero creo que conseguimos salvar nuestra amistad –le tomó la mano y la atrajo hacia sí–. Y luego, entré en el dormitorio y te encontré preparando la maleta.

–Luke, ¿por qué me dejaste marchar?

Los ojos de él brillaron con pasión.

–Me dolía pensar que, a pesar de lo unidos que parecíamos estar a veces, siguieras confiando tan poco en mí. Esta noche no te he seguido por el niño ni porque me lo haya pedido tu padre. He venido porque… porque tenía que hacerlo.

Le acarició los brazos hasta llegar a los hombros. Bajó la cabeza para apoyarse en su seno y respiró contra el cuello de ella.

–Dios, esto es…

Lanzó un grito y la besó en la boca. Emily empezó a temblar. Lo abrazó, primero con timidez y luego con más confianza, al tiempo que repetía su nombre una y otra vez.

Luke levantó la cabeza.

–¿Cómo pudiste pensar que estaba enamorado de Beth si acababa de hacer el amor contigo? –preguntó con enfado.

–Tú no dejabas de hablar de lo temporal de nuestro matrimonio. No ocultaste en ningún momento que parte de la atracción que sentías por mí se debía a que querías utilizarme para vengarte. Luego, después de la visita de Beth, me restregaste por la cara el gran poder que esa mujer especial tenía sobre ti.

–Me refería a una mujer especial: a ti –dijo él–. A ti, Emily Ruth Stapely, la única mujer a la que he querido nunca –soltó una carcajada al ver la expresión de incredulidad de ella–. Ahora vas a decirme que todo esto es muy repentino.

–Tú odias a mi padre, desprecias a mi familia –protestó ella.

Luke no intentó negarlo.

–Esa es una de las razones por las que me esforzaba tanto por negar lo evidente. ¿Crees que no intenté despreciarte, creer que eras tan mala como yo te acusaba de ser? ¿Yo enamorado de una Stapely? Ya cuando eras niña sabía que eras distinta y no tienes ni idea de lo seductora que resultabas a los dieciséis años. ¿Por qué crees que me mantuve alejado durante cuatro años? Me recordaba que, a pesar de tu apariencia externa, seguías siendo una niña y solo podría controlarme a distancia.

Le sonrió con ternura y pasión.

–Tengo la sensación de que, de algún modo extraño, todo esto estaba destinado a ocurrir desde el principio.

Le acarició la mejilla con suavidad.

–¿Por qué crees que volví a tiempo para tu fiesta? No fue una

coincidencia. Quizá ya estaba enamorado de ti –reflexionó–. No quería enamorarme de una Stapely. Mi odio por tu familia me ha acompañado toda mi vida. No quería verte como a un ser individual que era tan víctima de su nacimiento como yo.

Secó con el pulgar una lágrima solitaria que rodaba por la mejilla de ella.

–Estaba en un paraíso tropical cuando una carta de un amigo de Inglaterra acabó con mi paz mental. Me anunciaba tu boda. Ya sé que es ilógico, pero estaba furioso. Me pasé la semana siguiente intentando olvidarlo, pero no podía sacármelo de la cabeza. Cuando Bernie Cavanaugh, que es una mujer muy lista, me preguntó si lo que me molestaba tanto era el matrimonio en general, el novio o la idea de que ya no siguieras soltera, no tenía respuesta, así que me dijo que sería buena idea que lo descubriera antes de que fuera demasiado tarde.

»Cuando entramos en tu casa, no pensaba en nada; monté aquella farsa por puro instinto. Sabía que, si quería llegar a alguna parte contigo, tenía que alejarte de tu familia. Si te hubiera dicho la verdad, habrías salido corriendo o te habrías reído en mi cara. Solo sabía que tenías que ser mía y, si eso implicaba hacerme pasar por un bastardo sin escrúpulos, lo haría. Para ser sincero, aún tenía esperanzas de superar mi obsesión por ti, pero no tardé en admitir mi derrota. Me consolaba pensar que tu respuesta física a mí no era ninguna ilusión. Pensé que, si pasábamos suficiente tiempo juntos, podría enseñarte a amarme. Ya sé que mis métodos no fueron muy escrupulosos…

Emily sentía una alegría desconocida y completa.

–Me alegra que no encontraras cura para tu obsesión –dijo con firmeza–. Yo te quiero, Luke, y me avergüenza no haber tenido el valor de decírtelo. Te juzgué mal, pero cuando has oído hablar toda tu vida sobre una persona de un modo específico, te resulta difícil alterar tus ideas –lo miró con angustia–. Tú nunca me dijiste nada; pensé que solo querías vengarte, que era un simple peón en un juego terrible.

Luke la miró angustiado.

–Emily, te lo dije de todos los modos posibles.

–Excepto con palabras.

El hombre asintió con la cabeza.

–Excepto con palabras. Quizá los dos teníamos miedo al rechazo.

La idea de que él se sintiera tan vulnerable e inseguro como ella le resultaba desconcertante.

–Siempre seré la hija de mi padre; eso no podrás olvidarlo nunca –dijo con nerviosismo.

–Primero mi esposa –repuso él con arrogancia–. No voy a casarme con tu padre. ¿Te das cuenta de que, a su modo, hoy ha hecho de casamentero? En realidad, ha admitido algunas cosas que casi pueden explicar… no disculpar, pero sí explicar. Estaba enamorado de mi madre.

Sonrió al ver que Emily abría mucho los ojos.

–Esa ha sido precisamente mi reacción. Al parecer, ella no quiso saber nada de él, pero él mantuvo la esperanza hasta que apareció mi padre. Fin de la historia.

–Eso no es excusa –protestó ella–. Si este niño –se tocó el estómago– fuera de otro hombre, tú no pagarías tu frustración con él.

–No, no lo haría –asintió él–. Veo que empiezas a confiar en mí. Pero yo no permitiría que te fueras con otro –le advirtió.

–No me buscaste –le recordó ella.

–Orgullo. Pero estas semanas han sido un infierno. Saliste huyendo y creí que no podías soportar verme. Por otra parte, sabía que no te habrías mostrado tan dulce y apasionada cuando hacíamos el amor si no hubiera habido algo. Me aferraba a eso y esperaba tercamente a que tú dieras el primer paso. Ha sido una pesadilla desearte, intentar convencerme de que no merecías toda esta agonía. Creí que habías encontrado a otra persona. Emmy, me conmovió y halagó saber que era el primero, pero lo que de verdad quiero ser es el último.

La joven se apretó contra él.

–¿Qué piensas del niño? –preguntó Luke.

–Cuando creí que sería lo único que tendría de ti, lo era todo para mí; ahora los dos sois mi mundo. ¿Y tú?

–Me encanta la idea de verte embarazada de mí. Emmy, cuando estábamos en Escocia, pensé que quizá te molestaba mi forma de vida, mi trabajo… las zonas de guerra…

–Guerras civiles, hambrunas –añadió ella–. No quiero cambiarte ni atarte aquí.

–No soy adicto al peligro, querida. Para ser sincero, creo que había llegado ya al límite; he limitado mis actividades en ese campo.

La joven lo miró con ternura.

–¿Qué pasó?

Luke negó con la cabeza.

–Ahora no, cariño. No quiero que nada triste enturbie este momento. Baste con decir que tuve pesadillas durante seis meses y un montón de imágenes jugando sin cesar en mi cabeza. Como periodista, sientes mucha impotencia. A veces, ayudamos atrayendo la atención mundial sobre un problema concreto, pero en el fondo somos meros observadores. Y eso es terrible –le rozó los labios con ternura–. Solo te lo digo por si temes que haga algo que ponga en peligro lo que tenemos.

–No tengo miedo, Luke –dijo ella despacio, conmovida por sus palabras–. Contigo no.

–¿Sabes lo mucho que te necesito? –preguntó él con voz ronca.

–Demuéstramelo –le ordenó ella, imperiosa.

Una orden que él no tuvo ningún reparo en obedecer.